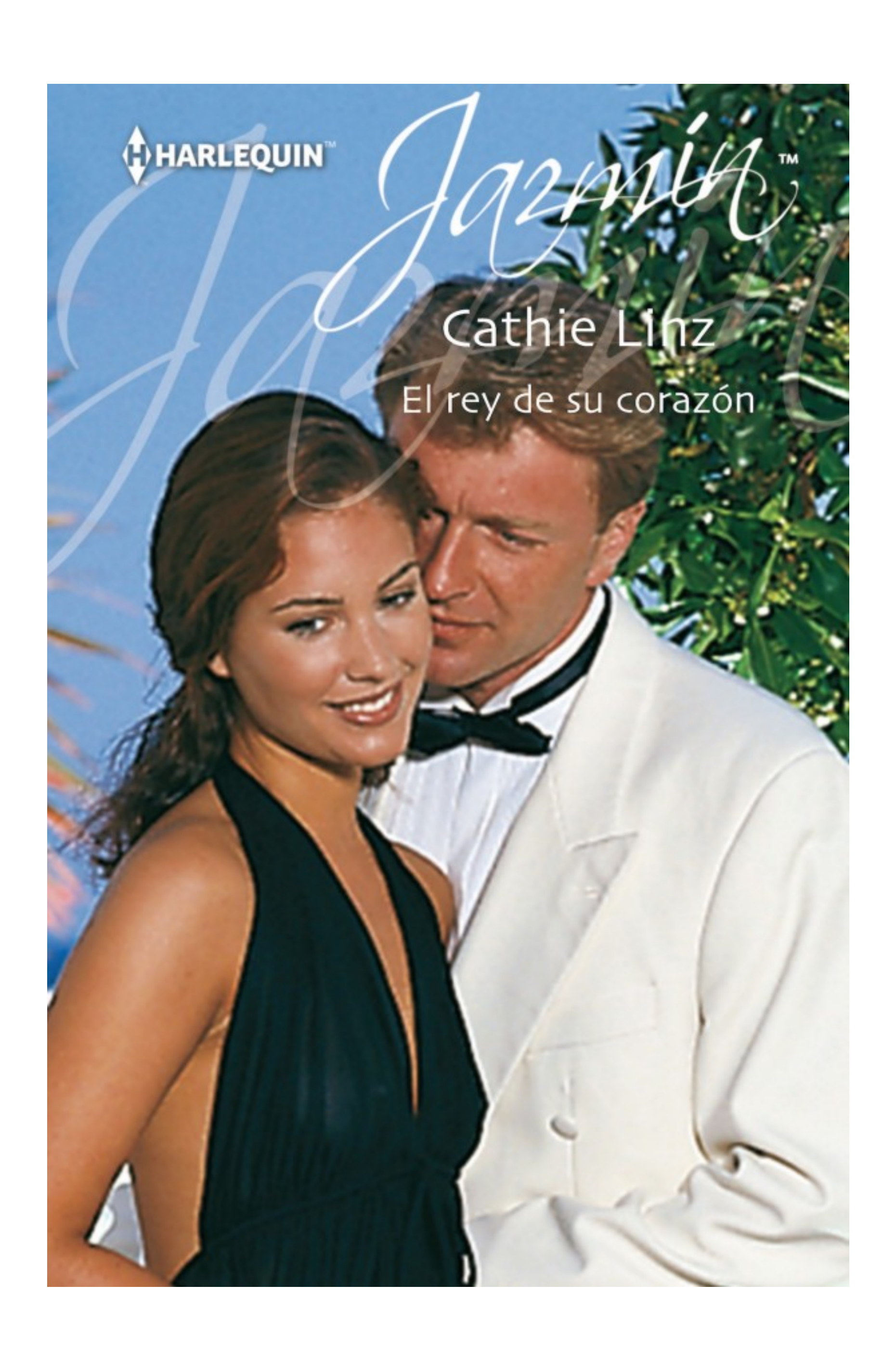

HARLEQUIN
Jazmín
Cathie Linz
El rey de su corazón

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El rey de su corazón, n.º 1716 - diciembre 2015
Título original: A Prince at Last!
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-7322-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Hoy va a ser un mal día –anunció Luc Dumont, entrando en el despacho de Juliet Beaudreau.

–¿Qué ha ocurrido? –quiso saber Juliet, quitando un montón de papeles de una silla para que la ocupara el inesperado visitante.

Pero Luc ignoró la silla y prefirió pasear de un lado a otro, a pesar del reducido tamaño de la habitación que servía a Juliet de despacho en la planta baja del palacio de Bergeron, en St. Michel. La presencia de Luc la hacía parecer más pequeña aún, ya que era un hombre impresionante.

A Juliet ya la había impresionado al conocerlo, tres años antes. Desde entonces, cada vez que lo veía, se le iluminaba la cara. Alto y delgado, de pelo castaño y facciones marcadas, tenía los ojos azules más vivos que había visto jamás. En lugar de su atuendo normal de trabajo: traje negro, camisa de color azul claro y corbata de color rojo oscuro; ese día llevaba una camisa negra y pantalones normales. Juliet pensó que seguramente acababa de volver de su último viaje y había ido a palacio directamente.

Era un hombre de muchas facetas. Profundamente serio algunas veces y con gran sentido del humor otras. Debajo de la fachada educada y culta, siempre parecía arder una especie de llama.

En ese momento, estaba sencillamente guapísimo… y muy enfadado.

–¿Que qué ha ocurrido? –repitió Luc–. No te lo creerías si te lo contara.

–Claro que sí. ¿Has encontrado finalmente al heredero?

Juliet sabía que a Luc, como jefe de seguridad de St. Michel, le había sido encomendada la misión de encontrar al desaparecido heredero al trono.

–Parece que sí.

–Pues no pareces muy contento con el resultado.

Juliet rodeó la mesa de roble que le servía de escritorio y se colocó en la parte delantera. Mientras lo hacía, deseó haberse

puesto algo más femenino que el top y la falda negra que llevaba.

–¿Quién es? Sabemos ya que no es Sebastian LeMarc. Lo que dijo resultó ser falso.

–La que mintió fue su madre, no él. Las madres a veces son muy mentirosas –dijo él con amargura.

Juliet, preocupada, puso una mano sobre el brazo de Luc, y eso hizo que este dejara de deambular.

–Cuéntamelo, Luc. Dime lo que está pasando. Sabes que puedes contar conmigo.

A Juliet le dolía su falta de confianza. Pero Luc, tras unos segundos, comenzó a hablar.

–Acabo de volver de visitar a mi padre.

Eso tal vez explicaba su mal humor. Quizá estuviera enfadado por asuntos familiares y no por algo relacionado con el heredero.

–¿Fue mal la visita?

–Depende a quién se lo preguntes –replicó Luc crípticamente.

–¿Qué ocurrió?

–Primero tengo que ponerte en antecedentes. Mi madre murió cuando yo tenía seis años y mi padre se volvió a casar después.

–Tu madrastra era horrible –continuó Juliet–, hizo que te enviaran a un internado en Inglaterra. Primero estuviste en Eton y luego en Cambridge.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Luc frunciendo el ceño.

–¿No me lo has dicho tú?

–No, yo no hablo de mi familia a nadie.

–De acuerdo, leí tu currículum vitae. Antes de morir, el rey Philippe me concedió acceso libre a los archivos reales.

–Pero para hacer tu tesis sobre la historia de St. Michel no necesitas meter la nariz en mi archivo personal. Y no estoy seguro de que ponga que mi madrastra fuera horrible.

–Eso lo deduje yo. ¿Te has enfadado? –preguntó ella con la mejor de sus sonrisas.

Luc sacudió la cabeza.

–No. Esta vez te perdono. De todos modos, desde que me fui a estudiar a Inglaterra, mi padre y yo no hemos tenido apenas contacto. Quizá, si nos hubiéramos visto más a menudo, las mentiras habrían salido antes.

–¿Qué mentiras?

–Mentiras sobre muchas cosas. Mentiras sobre el hombre que yo pensaba que era mi padre, sobre mi madre y sobre el hombre que soy hoy –la voz de Luc expresaba emoción.

Juliet nunca había visto a Luc tan enfadado. No sabía si era por el internado en Inglaterra o por haber trabajado tanto tiempo para la Interpol, pero Luc siempre había sabido controlar sus sentimientos. Era un hombre discreto, que solía mantener cierta distancia con los demás.

Juliet sospechaba que era debido a su educación. Una educación en un internado que lo había apartado de su familia. Ella conocía bien ese sentimiento. Como hijastra del rey fallecido, nunca se había sentido parte de la familia real. Sus hermanastras, que en el pasado habían sido princesas, nunca la habían hecho sentir deliberadamente que no fuera parte de la familia, pero se sentía diferente a ellas. Para empezar, era morena, y también tímida y estudiosa, a diferencia de las otras, que eran rubias, simpáticas y extrovertidas.

Siempre había sentido que aquel no era su hogar. La única persona que le había ofrecido su amistad era Luc. Aunque él tenía treinta y dos años y ella solo veintidós, era muy madura para su edad y se sentía muy unida a Luc. Pero, por miedo a arruinar su amistad, nunca se había atrevido a analizar por qué se sentía tan unida a él.

Sabía que Luc la veía solo como una amiga y eso estaba bien. Se conformaría con lo que tenía. Sería la mejor amiga que Luc hubiera tenido nunca.

–No sé qué mentiras son esas sobre tu padre o tu madre, pero sí puedo hablar del hombre que eres hoy. Eres una persona sincera y honrada.

–¡Juliet, no sabes lo que es descubrir que tu vida entera está basada en una mentira!

–Y no lo voy a saber nunca si no me dices lo que ha pasado –contestó ella con un ligero tono de impaciencia.

–Estoy hablando de un modo incoherente, ¿verdad?

–No, no te preocupes. Pero, ¿por qué no me lo cuentas desde el principio?

–¡Ah, el principio! Bien, pues eso nos lleva al matrimonio de Philippe con Katie. El matrimonio que aseguraron al joven príncipe

que no era válido porque Katie era menor de edad.

–Sí, pero nosotros sabemos ahora que no era cierto –le recordó Juliet–. El matrimonio era totalmente legal. Por eso has estado todos estos meses buscando al hijo que nació de su unión.

–Bueno, pues la búsqueda ha terminado.

–Y por eso es por lo que tienes un mal día, ¿verdad?

–Exactamente.

–Todavía no me has dicho quién es.

–Lo sé. Pero es porque me resulta bastante difícil aceptar todo este asunto.

–¿Todo este asunto?

–Bueno, descubrir que mi padre no es mi padre, en primer lugar.

La impaciencia de Juliet se disipó momentáneamente.

–Oh, Luc.

ÉL trató de quitarle importancia con un gesto, pero no lo consiguió, y se notaba que estaba más nervioso de lo que quería dejar ver.

–Mi vida se está convirtiendo en una de esas telenovelas americanas.

–¿Te lo confesó tu padre?

–Fui a verlo para llegar al fondo de todo este lío.

–¿Qué lío?

–Tenía motivos para creer que Albert Dumont quizá no fuera mi verdadero padre y él me lo ha confirmado. Mi madre había estado casada con otro hombre antes de conocerlo a él.

–¿Sabía Albert quién era tu padre?

–No lo supo al principio. Lo único que sabía era que mi madre no era feliz con Robert Johnson, su anterior marido, y que se divorció de él. Al parecer, la engañaba. Albert hacía negocios con las empresas para las que trabajaba Robert Johnson y conoció a mi madre en un acto oficial.

Luc hizo una pausa.

–Albert también estaba divorciado y, cuando mi madre se divorció, se casaron y se instalaron en Francia. Yo tenía entonces dos o tres años. Sé que el padre de mi madre murió poco después y mi madre se quedó sin familiares en América.

–¿Así que Albert creyó que tú eras hijo de Robert Johnson?

–Bueno, no exactamente. Al parecer, Albert sabía que mi madre

estaba embarazada de otro hombre cuando se casó con Robert. Mi madre le pidió a Albert que fuera un padre para mí. Incluso le pidió que hiciera un certificado de nacimiento falso con el nombre de Luc Dumont. En él, aparecía Albert como mi padre y Katherine como mi madre.

Juliet comprendió entonces por qué Luc se sentía traicionado. El hombre al que siempre había querido como a un padre, resultaba que no lo era. Y para ocultarlo habían sido necesarias muchas mentiras.

–Luc Dumont en realidad no existe.

–Por supuesto que existes. Ahora mismo estás delante de mí, caminando de un lado para otro como un león enjaulado.

–¿Por qué te han puesto aquí? –se dejó caer en la silla vacía y clavó en ella una mirada grave–. Te podían haber puesto un despacho mayor en la zona norte.

–Me encanta esta habitación –aseguró ella.

Las paredes de piedra databan del siglo XVI. En su irregular superficie estaban todavía las marcas del cincel.

Aparte de la mesa de roble, había recuperado del almacén de palacio dos sillones tapizados con seda china, una estantería de caoba y un armario de estilo victoriano, forrado con cretona y que ocupaba una de las esquinas. Finalmente, también había puesto una alfombra oriental.

–Además, se ve el jardín desde la ventana –añadió.

Juliet se detuvo brevemente a mirar las rosas silvestres que subían por los muros de la torre, los arbustos que crecían un poco más allá y junto a los que había rododendros y algunas azaleas tardías, sobre las cuales revoloteaban tres mariposas blancas.

Nunca se cansaba de mirar la naturaleza. Eso alimentaba su alma. Aunque nunca se lo había dicho a nadie. Los demás pensaban que era un poco rara, una persona ensimismada y solitaria.

–La torre es una de las partes más antiguas del palacio –añadió–. Y como estoy haciendo la tesis sobre la historia de St. Michel, es el lugar ideal para trabajar.

–Y está tan cerca de la caldera, que en invierno oyes el ruido que hace.

–Sí, pero ahora es primavera y no me molesta –dijo, volviéndose hacia él–. No trates de convencerme, soy muy tozuda. Una vez que

se me mete una idea en la cabeza, tengo que llegar al final. Así que volvamos a tu familia. Me has dicho que todo empezó con el matrimonio del príncipe Philippe y Katie. ¿Por qué? ¿Conocía Katie a tu madre?

–¿No lo entiendes? Katie era mi madre.

Juliet se quedó pálida.

–Pero… pero… eso significaría que tú eres…

–El príncipe heredero –asintió Luc–. Bingo. Ahora ya entiendes por qué he entrado diciendo que este es un mal día. Yo rastreando América y Europa en busca del heredero, y resulta que soy yo. ¿No te parece una ironía?

Ella no sabía si era irónico, pero desde luego era un suceso bastante extraño.

Cuando él había dicho que su padre no era en realidad su padre, a ella no se le había ocurrido relacionarlo con la investigación que estaba llevando a cabo. Luc siempre le había parecido, igual que ella, un marginado dentro del círculo de la realeza.

Pero ya no lo era. Así que la unión que existía entre ellos iba sin duda a romperse.

–Eres el heredero desaparecido –repitió ella despacio–. Tu padre era…

–El rey Philippe, quien, cuando todavía era príncipe, se casó con Katherine, mi madre, a quien llamaba Katie. Yo debería haberlo relacionado –se había puesto en pie y estaba caminando de nuevo por la habitación–. Soy un investigador con experiencia, ¡por el amor de Dios!

Luc soltó un suspiro.

–Pero nunca se me habría ocurrido –añadió–. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño y apenas la recuerdo. Lo único que tengo es un libro que ella solía leerme. Un libro que conservo por motivos sentimentales.

–¿Quién más lo sabe?

–Algunas veces me parece que todos me conocen.

–¿Qué vas a hacer?

–¿Cómo voy a saberlo? Todavía estoy intentando asumirlo.

–La reina Celeste no va a alegrarse mucho.

La reina Celeste era la cuarta esposa del rey Philippe. Cuando el rey había muerto de un infarto, todo el país lo había sentido, pero

para los habitantes del palacio había sido una verdadera catástrofe.

Según las leyes de St. Michel, solo podían acceder al trono los varones, así que cuando la reina madre había reunido a todos para decirles que el rey se había casado en secreto con dieciocho años y que había tenido un hijo… el palacio entero había temblado.

–Celeste sigue manteniendo que el hijo que está esperando es un varón –dijo Juliet.

–Y supongo que sigue negándose a hacerse pruebas para comprobarlo, ¿me equivoco?

–Exacto.

–¡Vaya desastre!

–Pero ahora tú eres el heredero –repitió Juliet–. El varón primogénito. El futuro rey de St. Michel. Voy a tener que acostumbrarme a hacerte reverencias.

–Si me haces una reverencia, te dejo de hablar –le advirtió él.

–Pero es el protocolo.

–¿Y qué se yo de protocolos y de ser rey?

–Bueno, por lo menos sabes dar órdenes –señaló ella con una sonrisa.

–Cierto, dar órdenes es fácil. Pero decirle a la reina madre y al primer ministro lo que he descubierto no lo va a ser.

–¿Por qué no?

–¿Quién va a creer que yo soy el futuro rey? No soy muy diplomático. No sé cómo se gobierna un país.

–Puedes aprender. Estoy segura de que el primer ministro y la reina madre se alegrarán de la noticia.

–He traído pruebas –dijo bruscamente–. No tanto para convencerlos a ellos, como para convencerme a mí. Mi madre dejó la llave de una caja fuerte a cargo de Albert, por si yo alguna vez preguntaba por mi nacimiento. Como yo no sabía que Albert no era mi padre, era improbable que alguna vez preguntara algo. Dentro de la caja estaba mi certificado de nacimiento.

Luc se quedó pensativo unos instantes.

–Al principio –continuó diciendo–, pensé que podría ser también falso, pero lo comprobé, esta vez utilizando el nombre de mi madre, y resultó ser verdadero. Antes de ello, yo buscaba a Katie Graham, que es el nombre que aparece en el certificado de boda con el príncipe Philippe. También había seguido el rastro de Katie hasta

Tejas y descubrí que se había casado con Ellsworth Johnson.

–Pensé que habías dicho que se llamaba Robert Johnson.

–Los americanos tienen la horrible costumbre de no usar el primer nombre, especialmente los de Tejas. Robert era su segundo nombre. Todo estaba en la caja fuerte: los certificados de matrimonio, mi certificado de nacimiento y una carta de mi madre.

–¿De verdad? ¿Y qué decía?

–Todavía no la he leído.

–¿Por qué no?

–Porque no sé si la voy a poder perdonar –afirmó Luc–. Y no creo que haya en la carta nada que pueda justificar que me engañara o que permitiera que viviera en una mentira continua.

–Quizá tratara de protegerte. Era muy joven cuando te tuvo. Apenas dieciocho años. Estaba embarazada y sola. Se casó con Albert para darte un hogar y un padre.

–Se casó con un hombre sabiendo que estaba embarazada de otro –replicó Luc, apretando los puños–. ¿Qué honorabilidad hay en ese comportamiento?

–No lo sabrás hasta que no leas la carta.

–No necesito leerla para saber que lo que hizo no es propio de una persona íntegra.

–Entiendo que te sientas así, pero tienes que leerla, Luc.

–Si te interesa tanto, léela tú –dijo, sacando un sobre del bolsillo y tirándolo sobre la mesa–. A mí no me importa lo que diga. Y ahora, si me disculpas, tengo que preparar la reunión con el primer ministro y la reina madre. Pero, antes de nada, quiero dar un paseo para ordenar las ideas.

Dicho lo cual, Luc salió tan bruscamente de la habitación como había entrado.

Capítulo 2

Juliet se quedó mirando el sobre que Luc había arrojado encima de la mesa como si de una serpiente se tratara. Con dedo tembloroso, dibujó las letras de elegante caligrafía escritas en el dorso: *Luc*.

¿Qué había pensado su madre al escribir su nombre? ¿Había confiado en que Luc nunca se enteraría de que era el heredero al trono de St. Michel? ¿Lo habría imaginado siquiera? Por lo que le había dicho Luc, a Katie le habían asegurado que su matrimonio con Philippe no tenía ninguna validez.

Eso significaba que Katie había pensado que su hijo era ilegítimo y por eso había hecho todo lo posible por ocultárselo.

Juliet sabía la importancia que tenía la legitimidad. Las princesas lo habían sufrido en sí mismas. Sobre todo Lise, cuyo primer marido, Wilhelm, había vendido la exclusiva a un periódico sensacionalista. Cuando salió a la luz que el rey Philippe había tenido una primera mujer, de la que no se había divorciado, los *paparazzi* habían irrumpido en el palacio de Bergeron como un puñado de buitres buscando el escándalo.

Las princesas ya se habían ido del palacio. Marie-Claire se había casado con Sebastian, Ariane se había ido a Rhineland y se había casado con el príncipe Etienne y Lise finalmente había encontrado la felicidad al lado de su cuñado, el bondadoso Charles Rodin. Su hermana Jacqueline estaba visitando a unos parientes en Suiza y su hermano Georges se había ido a esquiar a Perú.

Por lo menos, la historia había acabado bien para las tres princesas, que habían encontrado finalmente al hombre de sus sueños.

Juliet se dio la vuelta y se miró el pequeño espejo que había sobre la estantería de la pared opuesta. Lo había colocado allí para que reflejara la vista del jardín, más que por vanidad.

No tenía mucho de qué presumir. Sus ojos verdes eran bonitos, suponía, pero su pelo oscuro era muy rebelde. En ese momento, estaba luchando por escapar del recogido que se había hecho

utilizando un lápiz. Sus cejas eran muy pobladas, o eso le había dicho una vez su compañera de habitación del internado, y su boca era demasiado grande para resultar bonita. Hasta tenía pecas, algo que las princesas nunca tenían.

Por otra parte, no era ninguna princesa. Solo era la hermanastra fea, inteligente y estudiosa, que estaba más interesada en el pasado que en el futuro.

Aunque eso sí, las pocas veces que pensaba en lo que este podía depararle, se veía al lado de Luc. Su mirada se apartó entonces del espejo y se volvió hacia el sobre.

El hecho de que Luc fuera el heredero al trono lo cambiaba todo.

Ella no tenía ninguna de las cualidades que podían hacer feliz a un rey. Ni siquiera había podido satisfacer a Armand Killey, el hijo de un millonario de St. Michel. Tres años antes, Armand le había dicho que amaba su belleza silenciosa y ella se lo había creído todo. Su madre había muerto poco antes y se sentía muy sola.

Pero Armand en realidad no la había querido. Solo la había utilizado para acercarse al rey. Juliet había oído la conversación entre el rey y él y se había quedado destrozada. También se había enfadado consigo misma por haberse creído todas las mentiras de Armand y por haberse enamorado de él.

–¿Has leído ya la carta? –le preguntó Luc, interrumpiendo sus pensamientos.

Luc había vuelto a entrar de improviso.

–No –contestó ella.

Se quitó el lápiz del moño y el cabello cayó suelto sobre sus hombros. Luego se volvió hacia Luc.

–No la he leído y no voy a leerla hasta que tú no lo hagas.

–Entonces vas a tener que esperar mucho tiempo –replicó él–, porque no tengo ninguna intención de leerla.

–Luc –al decirlo, cubrió la mano de él con la suya–, ahora estás enfadado. No tomes ninguna decisión hasta que no te tranquilices.

–¿Que no tome ninguna decisión? Tengo que tomarla. En primer lugar, he de contarles al primer ministro y a la reina madre lo que he descubierto. Tengo una reunión con ellos en menos de media hora.

Juliet trató de no sentirse ofendida cuando Luc se apartó de ella. Era normal, Luc tenía en esos momentos muchas cosas que

solucionar.

–Como ya te he dicho, estoy segura de que se alegrarán de la noticia.

–Te repito que yo no sé nada de reyes.

–Pero hay algo bueno, ¿sabes? Por lo menos no tendrás que preocuparte por llevarte bien con el nuevo rey.

–Sabía que tú encontrarías el lado bueno.

–Me haces sentirme como una adolescente ingenua que cree en los finales felices.

–¿Es que no crees en los finales felices?

–Mi madre nunca encontró un final feliz –recordó Juliet con tristeza–. Se casó con Philippe por su sentido del deber, para proteger a sus hijos, a Georges y a mí. No creo que llegara a amar a Philippe como amó a mi padre. Y eso quizá fue lo mejor, porque el rey solo quería de ella una cosa: que le diera un hijo varón. Y ella murió precisamente tratando de darle ese varón.

–¿Sientes amargura por ello?

–Trato de que no me afecte, pero a veces es difícil –admitió–. Después de que el primer hijo naciera muerto, los médicos le advirtieron a mi madre que otro embarazo conllevaría muchos riesgos. Pero el rey no hizo caso y mi madre continuó tratando de cumplir sus deseos. Jacqueline nació un año después. Aquel embarazo transcurrió sin problemas y me imagino que Philippe y mi madre se relajaron.

Juliet se quedó en silencio unos instantes, sintiendo un nudo en la garganta.

–Dos años después –continuó diciendo después de tragar saliva–, mi madre volvió a quedarse embarazada. Esa vez las cosas no marcharon tan bien. Todavía la echo de menos. Por eso quiero que leas esa carta de tu madre, Luc. Porque sé la influencia que una madre puede tener sobre uno y cómo duele su pérdida.

–Mi situación es completamente diferente a la tuya. Mi madre murió cuando yo tenía seis años y no me acuerdo casi de ella.

–Quizá la carta te haga recordar cosas.

–No quiero recordar nada –afirmó Luc, comenzando a caminar de nuevo por la estancia–. Ya tengo suficientes problemas con tratar de solucionar el presente, como para hurgar en el pasado más de lo necesario. Y más cuando pronto voy a tener que hablar de ello con

el primer ministro y la reina madre.

–La reina madre siempre te ha tenido mucho cariño.

–Es que le gustan los hombres jóvenes.

–¡Luc! –exclamó Juliet antes de soltar una carcajada–. No deberías decir esas cosas.

–¿Lo ves? Nunca podré ser un buen rey. Ya estoy diciendo lo que no tengo que decir –su voz era seria, pero había un brillo especial en sus ojos.

–Bueno, la reina madre es tu abuela, así que supongo que puedes permitirte hacer ciertos comentarios.

–¿Mi abuela? –en ese momento, le tocó a Luc sorprenderse–. No había pensado en ello.

–Y Marie-Claire, Ariane, Lise y Jacqueline son tus hermanas.

–Hermanastras –la corrigió él–. De las cuales tres se han casado en los últimos meses. Seguro que el agua de palacio tiene algo que hace que a todo el mundo le entren ganas de casarse.

–Tus hermanastras seguro que no estarían de acuerdo contigo. Todas ellas se han casado por amor.

–Hay que ser muy romántico para estar tan seguro.

–¿No crees en el matrimonio por amor?

–No es algo que se dé mucho entre la realeza, ¿no te parece? –replicó Luc, deteniéndose al lado de la mesa con la mirada fija en el sobre, todavía sin abrir–. Supón que mi madre y el rey Philippe se casaran por amor, mira adónde los llevó. Parece que eso les arruinó la vida.

–No tiene por qué ocurrir siempre así.

–Ah, o sea, que eres una experta en amores reales, ¿no? –Luc se volvió para mirarla a los ojos–. Pensaba que tu tesis se basaba en el papel que las mujeres de sangre real han tenido en la historia de St. Michel.

–Es que su papel a veces las ha llevado a enamorarse.

–¿Y tú? ¿Te has enamorado alguna vez?

–Una vez pensé que sí –pero cuando Luc apareció en palacio, cambió de opinión. Sus sentimientos hacia Armand habían palidecido en comparación con lo que la unía a Luc–. ¿Y tú?

–El amor te hace débil y yo no quiero convertirme en una persona débil.

–Si eres tan fuerte, no deberías ponerte nervioso por tu reunión

con el primer ministro. Tendrías que estar tranquilo y relajado, como siempre.

–¿Es así cómo tú me ves?

Ella asintió. Era más fácil que añadir que era una de las cosas que veía en él, pero que también veía algo más profundo.

–Bueno, entonces me lo tomaré como un cumplido. Aunque eso no impida que siga estando nervioso ante la reunión.

–¿Quieres que te ayude en… ? –comenzó a decir Juliet antes de darse cuenta de que ya no era simplemente a Luc, sino también al futuro rey, al que le estaba ofreciendo ayuda–. Bueno… en realidad, no importa.

–Sigue, sigue. ¿En qué ibas a ofrecerme ayuda?

–En la reunión. Yendo contigo. Pero es una tontería.

–No es una tontería. Tú tienes algo que hace que la gente se ponga de tu parte. Pero esta batalla tengo que librarla yo solo.

–Claro, claro –dijo educadamente, retrocediendo–. Lo entiendo y estoy de acuerdo.

–¿Por qué estás haciendo esto? –preguntó Luc, notando el cambio en ella.

–¿Haciendo el qué?

–Comportante de un modo tan educado y formal conmigo. Te siento lejos de mí.

–Este despacho no es tan grande como para que me vaya muy lejos –contestó ella, intentando bromear.

Pero no engañó a Luc, que la miró seriamente.

–No te atrevas a comportarte de diferente manera conmigo ahora que voy a ser… –no terminó la frase.

–Rey –añadió ella–. La palabra que no te salía era «rey». Y no puedes esperar que me comporte como si no hubiera pasado nada.

–Espero que continúes siendo mi amiga como lo has sido desde que llegué a palacio, hace tres años.

–Siempre seré tu amiga, Luc, pero esto va a cambiar las cosas entre nosotros.

–No, si no lo permitimos. Yo, desde luego, no voy a permitirlo y quiero que me prometas que tú harás lo mismo.

Ella sacudió la cabeza.

–Creo que no te puedo prometer nada.

–¿Por qué no?

–Porque el que tú seas rey lo cambia todo.

–Te aseguro que trataré de mantener el control de la situación –le aseguró Luc.

–Algunas cosas son imposibles de controlar –aseguró ella con voz triste.

Algunas cosas… como estar enamorada del futuro rey.

–Luc, espero que nos hayas reunido para darnos alguna buena noticia –dijo el primer ministro, René Davoine, con su dignidad habitual.

Delgado, con un cabello gris espeso y un bigote a juego, era la viva imagen del hombre de estado distinguido.

–Tengo noticias que daros, pero no sé si son buenas.

–Deja de murmurar, Luc –contestó la reina madre.

Luc, en pie delante de ambos, se sentía como un insecto bajo un microscopio. Y en cuanto a la reina madre, nunca había conocido a una mujer tan intimidante.

Delgada y regia, poseía una presencia que llenaba por completo la estancia… y considerando que estaban en la sala del trono, eso era bastante significativo. A pesar de sus setenta y cinco años, la mujer no tenía una sola cana.

Aparte de su porte real, sus ojos eran la cualidad más reseñable de ella. Eran de un azul penetrante, no tan oscuros como los de él, sino un poco más claros. Y tenían la capacidad de atravesar a la persona que en algún momento causaba su enojo, cosa que al parecer él acababa de hacer.

La reina Celeste había intentado convencer a todos de que la reina madre estaba chiflada, pero, aunque la anciana había olvidado algunos detalles del primer matrimonio de su hijo, no se podía negar que tenía una mente bastante lúcida.

En ese momento, lo estaba mirando con gran intensidad.

–Supongo que en esos colegios ingleses a los que fuiste te enseñarían a hablar con propiedad.

–Puedo hablarle en francés, alemán o italiano, si lo prefiere, señora –replicó Luc.

Ella hizo un gesto con la mano, en la que llevaba todavía el anillo que su marido, el rey Antoine, le había regalado hacía

cincuenta años.

–En inglés me vale.

–Por favor, siéntate, Luc –le pidió el primer ministro.

Luc se sentó en una silla de estilo Luis XIV como si estuviera a punto de derrumbarse. No era normal que le pasara eso. Llevaba tratando con el primer ministro y la reina madre mucho tiempo sin problemas. Pero siempre había sido como empleado, como jefe de seguridad de palacio, trabajo con el que disfrutaba y para el que era muy capaz.

¡Maldita sea! Tenía que haber aceptado el ofrecimiento de Juliet de acompañarlo. Ella habría sabido cómo explicar aquello mejor que él. Aunque era tímida cuando estaba entre un grupo de desconocidos, tenía una forma especial de llegar a la gente con su sonrisa y su sinceridad.

–Bueno, ¿qué? –dijo el primer ministro–. ¿Has encontrado al heredero?

–Creo que sí.

–¿Crees que sí? –repitió la reina madre–. ¿Quieres decir que no estás seguro?

–Sí estoy seguro. De hecho, he encontrado el certificado de nacimiento del hijo de Katie Graham.

–¿Es un varón? –preguntó el primer ministro.

–Sí.

–Ya te dije que Luc lo conseguiría –dijo el primer ministro.

–¿Cómo es? ¿Es la persona adecuada? No estará viviendo en una caravana en alguna parte de los Estados Unidos, ¿verdad? –quiso saber la reina madre–. ¿O alguien indigno del apellido Bergeron?

–No creo que sea indigno, no –replicó Luc–. Pero desde luego sí que está muy sorprendido ante el descubrimiento.

–¿Dónde está? –añadió Simone inclinándose hacia él.

–Delante de usted.

La mujer parpadeó.

–No te entiendo.

–Katie Graham era mi madre.

Luc se fijó en la cara de perplejidad del primer ministro. Él había sentido lo mismo al enterarse. De hecho, todavía no terminaba de creérselo.

Sin embargo, era difícil adivinar qué estaba pensando la reina

madre.

–Y si sabías que Katie Graham era tu madre, ¿por qué llevas dos meses buscando a su hijo? –preguntó el primer ministro.

–Yo siempre pensé que el nombre de mi madre era Katherine Dumont –dijo Luc–. Nunca se me habría ocurrido relacionarla con la primera mujer del rey. Pero cuando comencé la investigación, empecé a albergar sospechas y fui a hablar con mi padre… bueno, con la persona que creía que era mi padre.

Luc hizo una pausa.

–Él entonces me dio la llave de una caja de seguridad que dejó mi madre, con órdenes expresas de abrirla solo en caso de que yo descubriera la verdad –abrió el sobre que había llevado con él–. Aquí está todo. El certificado de matrimonio, mi certificado verdadero de nacimiento y no el que Albert Dumont falsificó.

–Parece que está de moda eso de falsificar documentos –comentó Simone.

Luc hizo una mueca.

–La reina madre no quería insinuar que tú también estés tratando de engañarnos –le aseguró el ministro rápidamente.

–Entendería que se mostraran escépticos ante la noticia –dijo Luc–. De hecho, incluso llegué a pensar en ocultar las pruebas.

–¿Por qué ibas a hacer algo así? –le preguntó el primer ministro.

–Porque esta situación me incomoda tanto como a ustedes.

–Creo que me has malinterpretado –afirmó Simone, apoyando su mano en el brazo de él–. ¿Es posible que sea cierto? ¿De verdad eres mi… nieto?

–Eso parece, a juzgar por estos documentos. En cualquier caso, me gustaría que alguien corroborara su validez.

–Parece que no estás contento con el descubrimiento –comentó el primer ministro–. Pues yo desde luego sí lo estoy. No se me ocurriría ningún hombre más honrado para ocupar el trono.

–¿Y sabes lo que significaría esto? –le preguntó Simone en un tono alegre–. Que Celeste no tendrá acceso al trono. Su hijo, suponiendo que sea un varón, ya no será el futuro rey.

–De hecho, no creo que Celeste se vaya a tomar esta noticia nada bien –añadió el primer ministro.

–Por el momento, solo lo sabemos nosotros tres y Juliet –dijo Luc.

–¿Juliet? –repitió Simone, arqueando una ceja–. ¿Se lo has contado a Juliet antes que a nosotros?

Luc trató de mantener la compostura. Al fin y al cabo, era un agente formado en la Interpol y no un colegial al que estuvieran reprendiendo su maestras.

–Sí –afirmó él–. ¿Le parece mal?

–Por supuesto que no –aseguró Simone–. Siempre le he tenido mucho aprecio a Juliet. Es una chica muy inteligente. ¿Y qué te ha aconsejado ella que hagas?

–No me aconsejó nada. Se limitó a escucharme –señaló Luc.

Simone se reclinó en su asiento, sonriendo satisfecha.

–Sí, estoy segura de que vas a ser un buen rey. Vas a ser un rey estupendo.

–Y ahora, me gustaría que los dos me juraran que mantendrán esto en secreto hasta que se demuestre que todos los documentos son verdaderos –dijo Luc–. Por otra parte, tenemos que hablar de la situación con Rhineland.

El primer ministro, que había estado examinando los documentos, levantó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos.

–Todos estos documentos parecen auténticos.

–Conozco a alguien muy discreto en la Interpol, que podría comprobar la veracidad de la historia –insistió Luc.

–Por lo que parece, naciste en Tejas –comentó Simone–. Gracias a Dios que Katie te trajo a Europa. Imagínate que hubiéramos ido a buscarte a Tejas y nos hubiéramos encontrado de bruces con un vaquero.

–Bueno, no todo el mundo es vaquero allí –contestó Luc, que había ido a Tejas siguiendo el curso de su investigación.

–Sí, claro, también hay hombres de negocios despiadados, como J. R. Ewing, el de esa serie de televisión –replicó Simone–. ¿Cómo se llamaba? ¿«Houston»?

–«Dallas» –la corrigió Luc.

–Además, no tiene sentido pensar en lo que podía haber sido –intervino el primer ministro–. Sería mejor pensar en lo que vamos a hacer. Yo debería informar al menos a mis consejeros.

–Insisto en que, antes de nada, deberíamos comprobarlo bien –dijo Luc.

–Pero yo creo que ya hay suficientes pruebas –replicó el primer

ministro.

–Podría ser que yo las hubiera falsificado para ser rey.

–Un test de ADN sería una prueba irrefutable –afirmó el primer ministro–. ¿Estás dispuesto a someterte a uno?

Luc se quedó pensativo y luego asintió.

–Me parece que ahora lo entiendo –dijo Simone–. En realidad, no es que quieras que nos aseguremos de que eres el heredero. Lo que pasa es que tú no estás seguro de querer ser rey. ¿No es así, Luc?

Luc pensó en silencio en lo perspicaz que era la reina madre, que, evidentemente, le había leído el pensamiento.

–¿Su Majestad? –susurró el camarero que le subió a Celeste la comida a su suite–. Tengo que comunicarle cierta información.

Celeste había redecorado sus habitaciones al poco de casarse con Philippe, haciendo que dominaran el mármol y el color dorado. Elementos que casaban perfectamente con su físico. El mármol porque recordaba a su piel y el dorado porque hacía juego con su cabello.

–¿Qué información? Espero que sean buenas noticias –le advirtió–. El niño lleva todo el día dándome patadas, así que no estoy de buen humor, Henri.

–Oí cierta conversación. Estaba retirando el servicio de té del salón Rubí, justo detrás de la sala del trono…

–Conozco perfectamente cómo está distribuido el palacio –aseguró Celeste–. Ve al grano.

–Pues estaba, como ya he dicho en el salón Rubí cuando oí la conversación que estaban teniendo en la sala del trono el primer ministro, la reina madre y Luc Dumont.

–¿Ha vuelto ya Luc?

–Ha llegado esta tarde.

–Y trae noticias, supongo.

–Sí, señora, unas noticias sorprendentes.

–Bueno, cuéntame de una vez de qué se trata. No tengo todo el día. Creo que estoy de parto –gritó Celeste, agarrando de las solapas al hombre.

–Luc ha asegurado que él es el legítimo heredero al trono.

Celeste estaba agarrando con tanta fuerza al hombre, que este parecía a punto de asfixiarse.

–Pero yo no lo he creído por supuesto. Usted es nuestra única reina.

–Y voy a dar a luz a un niño –aseguró Celeste–. Un niño que será el futuro rey. Y ahora, ve a buscar al doctor Mellion.

Henri asintió.

–Y no le digas a nadie más lo que has oído –continuó diciendo Celeste–. Estoy segura de que se trata de una mentira, sin duda planeada por esa vieja chiflada –Celeste soltó al hombre y le sonrió–. Y recuerda, Henri, que sabré recompensar tu lealtad.

–Gracias, Majestad. Yo solo aspiro a serviros en lo que me sea posible.

Su sonrisa desapareció cuando notó otra contracción.

–Y ahora ve a buscar al doctor Mellion. Date prisa.

Capítulo 3

Te has enterado? –le preguntó Juliet a Luc a la mañana siguiente.

Había ido a verlo a su despacho nada más levantarse. Como estaban solos y la puerta estaba cerrada, ella pensó que podía hablar con total tranquilidad.

Al contrario del estudio de ella, el despacho de él era muy espacioso y estaba lleno de todo tipo de aparatos: ordenador, fax, varios teléfonos…

Juliet se sentó en una silla, frente al ordenado escritorio.

–¿De qué? –preguntó Luc, sin levantar la vista del informe que estaba estudiando.

–Celeste ha dado a luz un bebé a las cuatro de la mañana.

–Ah, eso –dijo él, distraído–. Sí, algo había oído.

Luc había vuelto a vestir su indumentaria habitual: traje negro, camisa azul y corbata roja. Juliet no pudo evitar excitarse ante lo guapo que estaba. Aunque en seguida se dijo que debía controlarse.

–¿Y has oído que está proclamando que el niño será el futuro rey de St. Michel?

–Celeste ha proclamado muchas cosas en los últimos meses. Pero eso no quiere decir que ninguna de ellas sea verdad.

Juliet se levantó, nerviosa, y se sentó en la esquina del escritorio. Era evidente que Luc no se había fijado en su falda de flores, ni en el top color rosa; había tenido que hacer acopio de valor para ponérselo. Al fin y al cabo, iba a ver al futuro rey.

–¿Es que no le has dicho que tú eres el legítimo heredero al trono?

–No –respondió Luc, cerrando el informe–. Ella estaba muy ocupada anoche.

–¿Y cuándo tienes planeado decírselo?

Luc se levantó y rodeó el escritorio.

–Lo más tarde que pueda.

Juliet asintió.

–No se va a poner muy contenta, ¿verdad?

–Eso imagino.

–¿Sabes ya cuándo se hará oficial el descubrimiento? ¿Y qué tal se tomaron la reina madre y el primer ministro la noticia? ¿Y… ?

–No tantas preguntas –dijo Luc, posando un dedo sobre los labios de ella.

Juliet se calló mientras su corazón comenzaba a latir a toda velocidad. La piel de él era cálida y tuvo que contenerse para no meter aquel dedo en su boca y averiguar a qué sabía.

En lugar de ello, se apartó de él como si su contacto la hubiera quemado. ¿Cómo podía pensar algo así? ¡Especialmente tratándose del futuro rey! Nunca debería haberse puesto aquel top, que parecía provocar en ella ideas tan lascivas.

–¿Te pasa algo? –le preguntó él.

Ella sacudió la cabeza, haciendo que varios mechones de pelo se le metieran en los ojos. Aquella mañana no había tenido paciencia para recogérselo en un moño, como era habitual.

–No, no me pasa nada –respondió, deseando sentarse, pero sin atreverse a hacerlo. No podía olvidarse de que él iba a ser el futuro rey–. Por favor, continúa con lo que estabas diciendo. No quería interrumpirte.

–No me importa que me interrumpas.

–Pero no es de buena educación.

–Eso me recuerda que quería pedirte una cosa.

–Haré lo que pueda encantada.

Luc sonrió.

–Confiaba en que respondieras eso, porque quiero pedirte que me ayudes a educarme para ser rey.

Ella se le quedó mirando fijamente.

–¿Cómo?

–Que quiero que me enseñes cómo tiene que comportarse un rey. Me gustaría que me explicaras el protocolo y las costumbres de la familia real.

–Estoy segura de que el experto en protocolo podrá ayudarte a…

–No quiero ver a ese estúpido –la interrumpió él–. Ya traté con él cuando llegué a palacio por primera vez y tuvo el descaro de decirme que no mascara chicle delante del rey.

–De tu padre –comentó ella.

–No puedes imaginarte lo mucho que me cuesta pensar en

Philippe en esos términos.

–Sí que me lo imagino. Sé que esto no debe de estar siendo nada fácil para ti.

–Y lo que me espera va a ser más difícil aún. Por eso quiero que me ayudes.

Ella pensó en lo mucho que le gustaría que la necesitara en otro sentido. Como mujer. Pero para eso tendría que ser más guapa y estar más segura de sí misma. Y tener unos pechos más grandes.

–¿Qué me respondes entonces? –insistió Luc.

–Me siento muy honrada de que me lo pidas, pero no creo ser la persona más adecuada para ese trabajo.

–Pues yo sí lo creo.

–Eso ha sonado tan autoritario como si ya fueras el rey. ¿Lo ves? No necesitas mi ayuda.

–Ya estás volviendo a hacerlo.

–¿A hacer el qué?

–A mostrarte de un modo educado y distante.

–Siento haberte ofendido.

–Oh, por favor –Luc la miró entornando los ojos–. Antes te lo pasabas muy bien ofendiéndome.

–Eso no es cierto –protestó ella–. Recuérdame una sola vez en que yo me haya alegrado de haberte ofendido.

–Cuando te dije que los hombres estaban más preparados para mandar que las mujeres y tú me contestaste que era un machista.

–Es que lo eras. Pero, en cualquier caso, eso fue antes de…

–Pues eso es lo que quiero. Que nuestra relación sea igual que antes.

Y aquello era parte del problema, porque era evidente que él estaba contento con su relación. Estaba contento con que solo fueran amigos mientras que ella quería una relación que fuera más allá. Aunque esa esperanza era ya del todo inútil, porque, como rey, él tendría que casarse con una mujer que tuviera la seguridad y la elegancia de una princesa, y no con un patito feo como ella. Así que estaba claro que debía empezar a verlo lo menos posible si no quería sufrir.

–Venga, Juliet, tienes que ayudarme.

Él clavó en ella sus increíbles ojos azules con tanta intensidad, que no pudo negarse. Ninguna mujer habría podido negarle nada a

un hombre que la mirase de aquel modo.

–Así que quieres que te enseñe el protocolo, ¿no?

–¿Aceptas entonces?

–Sí –respondió ella.

–Muy bien. Pero hay otra cosa que quiero pedirte y es que no le cuentes a nadie que me estás enseñando.

–¿Por qué?

¿Lo avergonzaría que lo vieran con ella? Solo de pensarlo, Juliet se sintió muy herida.

–Todavía no quiero que nadie se entere de que voy a ocupar el trono. Primero quiero verificar bien mi certificado de nacimiento y otros documentos. Y supongo que eso llevará de una semana a diez días.

–¿Y no piensas decírselo a Celeste hasta entonces?

–Exactamente. ¿Qué te parece si nos reuniéramos por la noche, después de que todo el mundo en palacio se haya acostado?

¿Que qué le parecía? Pues mal… si él no iba a ser nada más que su amigo. Pero no podía decirle eso y sabía que debía ayudarlo.

–De acuerdo.

«Bond, Juliet Bond». Así se sentía ella; como si estuviera participando en una operación secreta.

E iba vestida como requería la ocasión… de negro. Así podría perderse entre las sombras sin que nadie la viera por los pasillos de palacio, débilmente alumbrados.

Por otra parte, la mayoría de los sirvientes se iban a dormir a sus casas, así que era improbable que nadie la descubriera.

Sin embargo, Juliet iba tan abstraída en esos pensamientos que no se dio cuenta de que había alguien delante de ella hasta que casi se chocó con él.

Dos brazos rodearon su cintura y ella supo de inmediato que era Luc, así que disfrutó de su aroma a jabón.

Cuando levantó la mirada, vio que él estaba sonriendo. Luego se fijó en sus ojos y recordó que una vez se había pasado horas tratando de averiguar de qué color exacto eran. Incluso había estado mirando una tabla de colores de un juego de acuarelas que conservaba de su época escolar.

Pero entonces era más joven. Y más tonta.

Tan tonta como para creer que un hombre como él iba a fijarse en una chica como ella. Pero en esos momentos sabía que no iba a ser así. Sobre todo después de enterarse de que él sería el futuro rey de su país.

–Bonito vestido –dijo él–. Solo te falta pintarte la cara para camuflarte totalmente.

–Como en St. Michel no hay jungla, no me ha parecido necesario camuflarme. Sería distinto si hubiéramos quedado en el salón de las palmeras –comentó ella mordazmente.

–Nunca quedaría contigo allí, con todas esas palmeras y helechos. Además, sería demasiado fácil espiarnos.

–¿Y ahora quién está jugando a James Bond? –se burló ella.

–Bueno, ya te comenté que no quiero que nadie se entere de nuestras reuniones.

–Y yo ya te dije que deberías hablar con el experto en protocolo.

–No te lo tomes así. ¿No estarás pensando que me da vergüenza que me vean contigo o algo así? –le preguntó Luc–. Porque te aseguro que no es así.

–Si lo dice Su Majestad…

–No hace falta que me des ese tratamiento.

–Tendrás que acostumbrarte a él –aseguró ella.

–Pero no contigo.

–Claro que sí. Cuanto antes te acostumbres a que te hablen así, mejor. Debes aprender a sentirte cómodo cuando la gente te dé ese tratamiento.

–También puedo aprender a fingir –replicó él.

–Eso te será muy útil, desde luego –asintió ella–. Y ahora, una de las primeras reglas es que nadie puede hablarte sin tu consentimiento. Y eso quizá sea un problema, dado lo reservado que eres.

–Yo no soy reservado –dijo él, haciendo un gesto con la boca.

Ella no pudo apartar la mirada de sus sensuales labios. Sin duda, la mayoría de las mujeres se quedarían fascinadas ante una sonrisa de él.

«Oh, Dios mío, concéntrate», se ordenó. «Pero no en él. En el protocolo. ¿Qué estabas diciendo? Ah, sí, le estabas diciendo que es muy reservado. No te fijes en sus labios».

–Debes aprender a ser el primero en hablar para comenzar una conversación –continuó diciendo ella, comportándose como si no hubiera pasado nada–. Adelante. Haz como si yo acabara de entrar en la sala del trono para una audiencia contigo. ¿Qué me dirías?

–¿Qué hay de nuevo, viejo? –bromeó él, imitando al conejo Bugs Bunny de los dibujos animados.

Ella contuvo una carcajada y trató de dirigirle una mirada de reprobación.

–¿Qué pasa? –preguntó él, arqueando una ceja–. ¿Es que no te parece adecuado?

–Nada adecuado.

–Bueno, en primer lugar tengo que saber si te conozco de antes. ¿Eres algún viejo amigo o algo así?

–No me conoces de nada –le explicó Juliet.

–¿Eres de St. Michel?

–No.

–Entonces te preguntaría de dónde eres y qué has venido a hacer a St. Michel. ¿Qué te parece?

–Te he dicho que debes empezar una conversación, no un interrogatorio.

–Bueno, te recuerdo que he estado ocho años trabajando para la Interpol. Así que estoy más acostumbrado a los interrogatorios que a las conversaciones.

–Pues conmigo no has tenido nunca ese problema –comentó ella–. Te recuerdo que hemos mantenido algunas conversaciones maravillosas.

–Es que contigo es diferente.

Le entraron ganas de preguntarle por qué, pero la respuesta le llegó antes de que pudiera hacerlo.

–Tú eres mi amiga.

Lo que se temía, claro. Ya sabía que solo la veía como una amiga. «Será mejor que te vayas acostumbrando», se dijo.

–¿Cómo le hablarías a un desconocido?

–Como ya te he dicho.

Juliet soltó un suspiro. Estaba claro que le iba a costar mucho cambiar sus hábitos de la Interpol.

–De acuerdo, ya retomaremos después lo de la conversación. Por ahora, vamos a concentrarnos solo en el protocolo. Como monarca,

cuando entres al comedor con algún alto dignatario extranjero, lo haréis juntos.

–¿Qué papel estás interpretando tú ahora?

–¿Qué?

–¿Eres una alto dignatario extranjero o mi esposa?

El pensar que era la esposa de Luc hizo que se derritiera por dentro, pero pensar en que era la esposa del rey hizo que se le encogiera el estómago.

–Soy un dignatario extranjero.

–Bien. Eso quiere decir que entraremos juntos en el comedor, ¿no es eso?

Ella asintió.

–¿Debería ofrecerte mi brazo? –le preguntó Luc.

–No es necesario –Juliet pensó que era mejor que no volviera a tocarla si no era imprescindible.

–Esto está un poco oscuro, ¿no te parece? –le preguntó Luc cuando entraron en el comedor.

Juliet encendió la luz, con lo que ambos pudieron ver los cuadros de Rembrandt allí colgados y la lujosísima mesa que dominaba la estancia.

Ella le hizo un gesto para que se sentara y, cuando lo hizo, se sentó a su lado.

–Normalmente los criados se habrían encargado de nuestras sillas. Las separarían un poco para dejarnos entrar y cuando nos hubiéramos sentado, las empujarían ligeramente hacia la mesa. Como puedes ver, he preparado la mesa como si fuéramos a cenar. Supongo que en Cambridge asistirías a alguna cena formal, ¿verdad?

–Pues la verdad es que no. En la universidad solía beber Guinness y comer cosas con curry. Ya sabes, cuanto más picante mejor.

–¿De veras? ¿Y por qué?

Él se encogió de hombros.

–Es una cosa de hombres.

Juliet se imaginó una forma mucho más sensual para que él le demostrara su hombría. Se lo imaginó dándole besos más ardientes que el curry. Pero luego trató de pensar en otra cosa.

–Pues los reyes no suelen comer cosas picantes. Tampoco podrás

comer moras, ni frambuesas, porque podría quedársete entre los dientes algún granito y eso sin duda estropearía tus sonrisas. En cuanto al pescado, se sirve sin raspas; y la carne, sin huesos. Así se evita que uno pueda atragantarse, como le pasó a la madre de la reina Elizabeth.

–¿Cómo lo sabes?

–Bueno, mi hermano Georges siempre me dice que soy una enciclopedia ambulante de trivialidades.

–Tú eres mucho más que una enciclopedia –dijo Luc.

Luc le dirigió una mirada que reflejaba cierto interés. Juliet se sintió desconcertada y apartó rápidamente la mirada.

–Bien –Juliet se aclaró la garganta–. Me has dicho que durante tu estancia en Cambridge no asististe a ningún acto oficial, ¿no es eso?

–Solo a uno, a la ceremonia de graduación. La gente iba con el traje tradicional y todo era bastante pomposo.

–Bueno, al menos asististe a uno.

–Pero de eso hace ya diez años.

–Pero es como montar en bicicleta. Una vez que aprendes, nunca se te olvida.

–¿No me vas a preguntar si sé montar en bicicleta?

–Montar en bicicleta no es una actividad frecuente entre las familias reales.

–Yo montaba mucho cuando iba a la universidad.

Ella trató de imaginarse a Luc en bicicleta, pero no fue capaz y lo imaginó en una moto. Le sentaría bien llevar una chaqueta de cuero negro.

«Basta», se dijo Juliet. «Deja de pensar en su cuerpo y concéntrate en el protocolo».

–Bueno –tocó un tenedor que había al lado del plato de porcelana, regalo de la familia real holandesa–, ¿sabes lo que es esto?

–Un tenedor –replicó Luc.

–¿Qué tipo de tenedor?

–¿De plata?

–Pero, ¿qué tipo de tenedor de plata?

–Un tenedor de plata real.

–Es un tenedor de pescado. Se distingue por los dientes.

Juliet continuó mostrándole y explicándole las ocho diferentes piezas y luego le hizo preguntas al respecto a Luc.

–Esa gente debe de tener mucho tiempo para obsesionarse con cuándo y con qué tiene que utilizar cada tipo de tenedor.

–¿Quieres que sigamos con esto o no?

Luc hizo un gesto de rendición.

–Está bien, sigamos. Me tiene fascinado. Cuéntame más cosas –la animó con un brillo burlón en los ojos.

Así que Luc pensaba que era muy gracioso, ¿no? Pues le enseñaría un par de cosas.

–El primer tenedor fue usado en el siglo XI, pero hasta ocho siglos después no se generalizó su uso en toda Europa –añadió Juliet–. ¿Se está aburriendo, Majestad? –él no dijo nada–. ¿Majestad?

–¿Eh? –contestó él con una expresión de sorpresa.

–Te he preguntado si te están aburriendo mis lecciones.

–Eres una profesora muy buena. Pero hay tantas cosas que aprender acerca de los dientes de un tenedor, que no puedo evitar desconcentrarme.

–Un rey no puede permitirse desconcentrarse, Majestad.

–Te he dicho que dejes de llamarme así.

–Y yo te he dicho que tienes que acostumbrarte a oírlo para que respondas cuando te llamen.

–¿Sabes? Creo que está empezando a gustarme ese tono remilgado que utilizas para hablarme.

Juliet se levantó y estiró los hombros.

–Ese comentario no es muy apropiado.

–Querías que te respondiera, ¿no? Pues ya lo he hecho. ¡Vamos, Juliet! Relájate.

De repente, Luc la agarró y la puso sobre su regazo.

Luego, sonriendo de una manera traviesa y completamente seductora, se dispuso a hacerle cosquillas donde sabía que Juliet era más vulnerable. Pero ella se retorció y la mano de él rozó sus senos.

Ambos se quedaron inmóviles.

Capítulo 4

Juliet lo miró sorprendida. Estaba tan cerca, que casi se ahogó en el azul de los ojos de Luc. Inclinada como estaba sobre su regazo, era demasiado consciente del magnetismo que fluía entre ambos cuerpos.

No podía moverse y le costaba respirar, pero tampoco podía apartar la mirada de él. Y Luc parecía tan bloqueado como ella. Los labios de Juliet estaban a pocos centímetros de los de él. Sentía su aliento cálido en la boca. ¿Se estaba acercando Luc?

El deseo y la excitación eran como una llama bailando sobre su sensibilizada piel.

Pero, de pronto, él la apartó.

¿Qué acababa de suceder? ¿Había estado Luc a punto de besarla o habían sido solo imaginaciones suyas?

Luc tenía en los labios una sonrisa bobalicona y Juliet sabía que la suya debía de serlo también. El aire parecía zumbar entre ellos. Ambos cambiaron de posición y se separaron el uno del otro, como temiendo lo que podía suceder si no lo hacían.

–Creo que hemos hecho bastante por hoy –declaró Juliet con brusquedad–. Nuestra próxima reunión será en las caballerizas.

–Muy bien –contestó Luc, algo nervioso.

«Tranquilo, relájate, Dumont», se dijo Luc. «Es Juliet con quien estás hablando, ¿por qué esos repentinos nervios? No te ponías así ni cuando tenías exámenes».

Pero es que rozar los senos de Juliet había sido tan peligroso como manejar una carga de explosivos.

En realidad, él no había planeado nada al tirar de ella para hacerle cosquillas. No había sido nada premeditado. Ella se había estado comportando de manera tan distante y educada, que simplemente había querido gastarle una broma para recordarle que, ante todo, eran amigos.

Pero en lugar de ello, había despertado algo totalmente nuevo entre ellos.

La reacción que había tenido frente al cuerpo de Juliet no había sido platónica precisamente. Le habían entrado ganas de besarla y lo habría hecho si no hubiera recuperado la sensatez a tiempo. Tal vez no tuviera memorizado del todo el manual del protocolo, pero estaba completamente seguro de que seducir a Juliet no sería nada correcto.

Seducir a Juliet, se repitió. ¿Por qué pensaba de repente una cosa así? Probablemente se debía a la tensión de aquellos días. Pero ¿y su reacción ante Juliet? Llevaba años tratándola y nunca se le habría ocurrido relacionar la palabra «seducción» con ella.

Quizá llevara demasiado tiempo sin una mujer. Eso debía de ser. Había estado buscando al heredero desaparecido durante meses y eso no le había dejado tiempo para nada más, incluyendo las relaciones con el otro sexo. El año anterior había salido con varias mujeres, pero no había sentido una atracción especial por ninguna de ellas.

Su trabajo y el tiempo que tenía que dedicarle siempre habían sido un obstáculo para poder tener relaciones duraderas con mujeres. Y suponía que lo de ser rey iba a dejarle menos tiempo libre aún.

–Entonces nos reuniremos mañana en las caballerizas –estaba diciéndole en esos momentos Juliet–. ¿Las tres te parece una hora razonable?

–Por supuesto –contestó él.

Aunque Luc tuvo la sensación de que en todo aquello no iba a haber nada razonable.

Juliet estaba enamorada. No tenía ninguna duda de ello. Y su amor se duplicaba, o quintuplicaba, con las cosas que más quería, como los gatitos de dos meses de su gata Rexie, que vivía en las caballerizas.

En ese momento, los tenía en su regazo y los animales parecían felices y confiados. ¡Qué maravilloso debía de ser poder confiar así en alguien! Ella no lo había vuelto a sentir desde la muerte de su padre. Su madre lo había amado con tanta intensidad, que nunca había llegado a recuperarse de su pérdida.

Uno de los gatitos se retorció y metió la cabeza bajo la pata del

hermano para estar más cómodo. Juliet había llamado Mittens al gatito blanco y gris; y Rascal al negro y blanco. En el palacio no le permitían tener animales, como tampoco se lo habían permitido en el internado, pero cuando había estado en la Sorbona, en París, en el primer semestre, había compartido un gato llamado Mignon con Cleo, su compañera de habitación. Al terminar el curso, su amiga se lo había llevado a su casa de la Provenza.

París era una ciudad preciosa, pero Juliet echaba mucho de menos su país y se había trasladado a la universidad de St. Michel para acabar la carrera. En ese momento, se hallaba realizando la tesis.

Por la mañana, había estado en su estudio leyendo, en teoría, los diarios y cartas privadas de la reina Regina, pero en lugar de ello había estado pensando todo el tiempo en Luc, recordando el momento en que él la había puesto sobre su regazo.

¿Por qué lo habría hecho? Pues porque estaba jugando con una amiga, volvió a repetirse. Con ello Luc no había querido hacer nada.

¿Y cuando sus labios habían estado a punto de unirse? ¿Cuando la mano de él había tocado sus senos? Uno de los gatitos se estiró y tocó con su cabeza el mismo seno que Luc había tocado. Todavía podía sentir el calor de su mano.

Bajó la vista y se sonrojó al ver que los pezones se le habían puesto duros bajo la tela blanca de su camisa. Se había quitado la chaqueta de montar para que no se llenara de pelos de los gatos.

Su presencia en los establos no había levantado sospechas porque ella era una asidua visitante desde que los gatos habían nacido. Los mozos que allí trabajaban ni siquiera habían reparado en ella, lo cual le venía bien. En cualquier caso, Juliet no había sido nunca el tipo de mujer cuya presencia notaran los hombres.

Aquello nunca le había importado en el pasado. Era inteligente y eso le había bastado. Pero entonces apareció Armand Killey, aturdiéndola con su atractivo y su forma de hablar.

Pero Armand solo la había utilizado. Cuando ella se lo había dicho, él había tratado de negarlo, pero luego, al verse atrapado, le había dicho cosas muy dolorosas. Como ningún hombre la amaría por sí misma, que le faltaba la elegancia y la clase de la verdadera realeza, que era la hermanastra fea y desgarbada.

La había golpeado donde más le dolía.

Juliet no tenía sangre real. El rey solo había sido su padrastro. Y no era elegante ni guapa como sus hermanastras, las princesas. Tampoco tenía el encanto de Jacqueline, hermana suya por parte de madre, de doce años.

En aquel momento, hacía ya tres años, pensó que se le había roto el corazón. Pero entonces Luc entró en palacio y en su vida. Y cuanto más lo conocía, más comenzó a sospechar que lo de Armand había sido solo un episodio triste y superficial en su vida. Armand en realidad nunca había llegado a su corazón, mientras que Luc parecía tener la llave de él. Y eso la hacía sentirse frágil.

Armand tuvo el poder de herirla profundamente, pero Luc tenía el poder de destrozarla. Aunque nunca lo había intentado. Pero el hecho de que se hubiera convertido en el príncipe heredero de St. Michel significaba que entre ellos habían surgido notables diferencias.

Mientras Mittens dormía sobre su pecho Rascal se despertó y comenzó a jugar. Al hacerlo, se caía una y otra vez para atrás. Una de las veces en que el animal estuvo a punto de caerse de su regazo, ella juntó las piernas y las estiró, para que el cachorro rodara entre sus muslos y sus rodillas. Sin embargo, el animalito volvió a la seguridad de su regazo. Luc no tuvo tanta suerte. Tropezó con las botas de ella y aterrizó sobre un montón de heno.

Juliet dejó rápidamente los gatos en su cesta y fue a ayudar a Luc.

–Lo siento. ¿Estás bien?

Luc se levantó y se sacudió el heno del cabello.

–Ha sido un accidente –le explicó ella–. Tenía los gatitos en el regazo y uno se iba a caer, así que yo…

–¿Me echaste la zancadilla?

–Estiré las piernas y te tropezaste con ellas. Deberías haber mirado dónde ponías los pies.

–¿Yo? Tú has sido la culpable del accidente.

–¿En la Interpol no te enseñaban a no tropezarte con los pies de la gente? –dijo ella, contestándole con humor, como tantas otras veces en el pasado.

Pero de pronto recordó quién era Luc.

Como si él le hubiera leído el pensamiento, se acercó a ella y le habló en voz baja.

–No se te ocurra llamarme aquí «majestad» o «alteza».

El aliento de Luc era cálido y olía a café. Juliet se preguntó si sus labios también sabrían a café. Incapaz de evitarlo, le quitó algunos trozos de heno del pelo.

–Pareces el Espantapájaros de *El Mago de Oz*.

Eso habría tal vez cierto si el Espantapájaros hubiera sido interpretado por un actor guapo como Pierce Brosnan.

–¿El espantapájaros era el que no tenía corazón?

–No, el espantapájaros era el que no tenía valor, cosa que tú tienes de sobra. El que no tenía corazón era el Hombre de Hojalata. Pero tú también tienes corazón.

–No todos piensan lo mismo.

–Pues están equivocados –susurró ella, poniéndole una mano sobre el pecho–. Yo noto su latido.

Sus ojos se encontraron y el tiempo se detuvo una vez más. Como había ocurrido la noche anterior, Juliet se vio atravesada por una oleada de deseo. El entorno se convirtió en algo borroso y en el universo solo existía ya aquel hombre que tenía delante.

Sintió el latido del corazón de Luc bajo la palma de su mano y también sintió el calor de su cuerpo a través de la camisa. Su corazón empezó a latir tan fuerte, que tuvo miedo de que Luc pudiera oírlo.

–Luc, no sabía que estabas aquí.

La voz los sorprendió a ambos. También Pierre, uno de los mozos, parecía desconcertado.

–¿Necesitas algo?

Lo que Luc necesitaba era que le examinaran el cerebro para averiguar por qué le estaba pasando aquello con Juliet. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Esa misma mañana se había convencido de que lo de la noche anterior había sido tan solo un episodio extraño que no volvería a suceder.

Y ahí estaba, unas horas después, deseando de nuevo a Juliet. Su vida ya era suficientemente complicada en ese momento como para complicársela más con un romance.

–No, Pierre, estoy bien –contestó, apartándose de Juliet.

O eso esperaba, al menos.

–Es solo que estaba pensando en dar un paseo a caballo –añadió.

–Monarch está hoy muy juguetón, ¿por qué no te lo llevas?

Luc sabía que era eso de sentirse juguetón.

–Eso haré, muchas gracias por la sugerencia.

–He preparado a Annabelle para usted, señorita –añadió Pierre, sonriendo a Juliet.

–Ya te he dicho que me llames Juliet –dijo ella, esbozando una sonrisa que iluminó todo su rostro–. Gracias, Pierre.

–De nada, señorita. Quiero decir, Juliet.

–Volveremos pronto –añadió ella.

Pierre asintió y se marchó.

–Ese muchacho está enamorado de ti –afirmó Luc.

–No digas tonterías –dijo ella, mirando a la cesta de los gatos.

–No estoy diciendo tonterías. ¿No te has dado cuenta de que se ha puesto colorado y se le ha trabado la lengua al hablarte?

–Pero eso es porque Pierre es muy tímido.

Luc acarició las orejas a Mittens. Al gatito era lo que más le gustaba. Eso y el pollo asado que le llevaba Juliet de la cocina de palacio.

Observó las enormes manos de Luc acariciando a los recién nacidos y se conmovió. La delicadeza con que los tocaba la hizo pensar que sería un buen padre. Era la primera vez que Juliet relacionaba a Luc con el hecho de tener hijos. Ella pensaba tenerlos. Hacía unos días, pensando en ello, se había dado cuenta de que a su edad, su madre ya se había casado y estaba embarazada.

–¿En qué estás pensando? –preguntó Luc.

–En nuestra siguiente lección –mintió.

–Pero si no hemos terminado esta… –replicó Luc.

–Es que sospecho que se te va a dar bien montar a caballo.

La verdad era que a Luc le sentaba muy bien el atuendo de montar. La camisa blanca no se le había ensuciado al caer sobre el heno y la chaqueta y los pantalones se ceñían a su cuerpo como un guante. Juliet apartó la mirada antes de que él la mirara a su vez y la atrapara con su magia.

–La siguiente lección será de baile –añadió.

Luc hizo una mueca.

No dijeron nada más. Se montaron en sus respectivos caballos y salieron de los establos. Luc esperó a que estuvieron a cierta distancia del palacio antes de ordenar a Monarch que se detuviera.

–¿Lección de baile? –repitió, volviéndose hacia Juliet.

–No me digas que no sabes bailar.

–La última vez que bailé fue en un concierto de Sting y dudo que los movimientos sean los mismos.

–No, a menos que en el concierto se bailara el vals.

–Me temo que no.

–Bien, pues en palacio hay que saber bailarlo. Así que nos veremos esta noche en el Salón de Cristal antes de las doce de la noche.

–¿Tendremos que vestirnos para la ocasión?

–Si me vieran por los pasillos con un vestido de fiesta, sospecharían algo –contestó ella.

–Pues ponte ese vestido sexy de color negro que llevaste la semana pasada a la gala.

–¿Sexy? No tengo ningún vestido sexy. ¿Ah! ¿Te refieres al de seda? Es mi favorito. Lo compré en una boutique de París.

–Si te lo pones, me harás un hombre feliz.

Quizá a él le hiciera feliz, pero ella debería tener mucho cuidado de no enamorarse aún más al enseñarle a bailar.

Juliet miró el reloj por décima vez en los últimos minutos. Incluso se acercó a la repisa de la chimenea para asegurarse de que funcionaba correctamente. Después de todo, el reloj en cuestión tenía más de cien años y la mayor parte de ellos había estado en el desván. Le faltaba el cristal, pero los querubines pintados en el borde exterior, en actitud danzante, eran una preciosidad.

Todo lo que había en las estancias que le habían asignado, un dormitorio con una salita al lado y un cuarto de baño, lo había rescatado del desván o del sótano.

«Baratijas», había dicho Celeste con desdén. Esta tenía sus habitaciones decoradas con muebles de marfil y armarios dorados. Pero a Juliet le encantaba su decoración, donde nada era perfecto, pero todo armonizaba de un modo maravilloso.

El azul era su color favorito y se notaba. Había tonos azules, tanto en un sillón tapizado de damasco, como en una serie de acuarelas de Venecia. El sillón tenía algunos muelles que sobresalían, pero ella se sentaba esquivándolos, y las acuarelas tenían algunas grietas en los bordes, pero eso les daba más encanto.

Igual que en el estudio, tenía en el suelo una enorme alfombra oriental y libros por todas partes. También tenía algunos adornos de figuras de porcelana que había comprado en París o en alguna tienda de antigüedades de St. Michel.

Sus amigas decían de su estilo decorativo que era el de un rastrillo de París y que estaba muy de moda.

Juliet examinó la imagen que le devolvía el espejo. El vestido negro que Luc le había dicho que se pusiera le sentaba bien a su piel clara y su cabello oscuro. Pero nunca había pensado que fuera sexy. ¿Lo era?

Se miró de lado y metió el vientre. Incluso trató de dar unos pasos con los tacones. Eran altos y no fue capaz de dar diez pasos sin tambalearse.

Nunca había sabido caminar sobre los malditos tacones. Estuvo tentada de ponerse zapatos planos, pero Luc tenía razón en que para dar bien la lección tenían que hacer todo lo posible por recrear al máximo el ambiente. Luc incluso iba a llevar la música. Juliet se preguntó si llevaría algo de Sting.

Esbozó una sonrisa y trató de caminar una vez más. En aquella ocasión, le fue mejor. De ninguna manera fue un caminar regio, pero tampoco fue especialmente torpe.

Desde luego, la parte sensata y práctica de su cerebro la avisaba continuamente de que no debería importarle tanto su aspecto ni cómo caminaba, ya que solo iba a dar una clase de baile a Luc. No habían quedado por ningún otro motivo.

«Protege tu corazón», le dijo a su reflejo, que no dio señales de escuchar sus palabras. Todo lo contrario, por su expresión de deleite, parecía que le acababan de dar una caja de bombones.

Su sonrisa se apagó cuando recordó el regalo que le había enviado a Celeste la tarde anterior con motivo del nacimiento de su hijo. Le había sido devuelto a través de Henri, uno de los criados con los que Juliet no se llevaba bien, junto con una nota.

No creo que una jirafa sea el regalo apropiado para el futuro rey de St. Michel, ya que las jirafas no son animales regios. Espero que no intentarás con ello insultar a mi hijo, Philippe II.

Juliet siempre había tratado de mantenerse alejada de Celeste.

Después de la muerte de su madre, el rey Philippe no había tardado mucho en buscar una sustituta. Celeste era una mujer muy guapa, con facciones clásicas y una melena rubia y hermosa. Pero su belleza era solo una fachada porque, al igual que ella, no tenía en sus venas sangre real. Su educación había sido la de cualquier persona normal.

Eso no quería decir que Celeste no pudiera ser dulce y encantadora cuando la ocasión lo requería. Podía serlo. Y eso ocultaba su verdadera naturaleza. Aunque no a ella.

Pero ya había pensado bastante en Celeste y era ya casi medianoche, la hora mágica. Tenía que darse prisa o llegaría tarde.

El Salón de Cristal estaba localizado en la planta baja, en la zona que daba a los jardines. La enorme sala rectangular debía su nombre a la serie de lámparas de cristal austriaco que colgaban del techo. Tres grandes en el centro y otras más pequeñas en los laterales de la estancia. La primera vez que Juliet las había visto, se había sentido como si estuviera en mitad de un arco iris formado por miles de gotas de cristal.

Las lámparas en cuestión no estaban iluminadas esa noche. En su lugar, Luc había encendido una serie de velas en los laterales.

No era la primera vez que Juliet veía a Luc con esmoquin, pero no pudo evitar que se le alterara la respiración al ver lo guapo que estaba con él. El atuendo resaltaba su cuerpo atlético, sus hombros anchos y su delgada cintura.

–¿Qué te parece? ¿Paso el examen? –preguntó él, haciendo una mueca.

–Lo pasas –replicó ella, todavía sin aliento–. Veo que has traído la música –añadió, observando el equipo que había sobre el suelo de mármol italiano–. ¿Has traído algún disco de Sting?

–No, de Strauss. Le he pedido algunos compactos al primer ministro. Tiene una colección increíble de música. Desde Mozart a Duke Ellington o los Beatles.

–Strauss está bien para bailar.

–También tu vestido está muy bien –puntualizó Luc con aprobación–. Me alegro de que hayas hecho caso de mi sugerencia y te lo hayas puesto.

–¿Sugerencia? Fue más bien una orden.

–¿Quiere eso decir que ya te voy pareciendo un rey?

–Te dije desde el principio que eras un profesional de dar órdenes.

–Sí, es verdad. Y te agradezco el voto de confianza.

–Para eso están los amigos –contestó Juliet.

El modo en que Luc la había mirado al hacerle el comentario sobre el vestido todavía la tenía un poco alterada. Desde luego, no había duda de que los nervios le estaban jugando una mala pasada, porque casi estaba dispuesta a jurar que había visto en los preciosos ojos de Luc un interés de tipo sexual.

«No te equivoques, Luc te mira solo como a una amiga», se dijo rápidamente.

«¡Ja!», le dijo una voz. «¿Y el beso que estuvo a punto de darte el otro día?».

«Vuelve a la realidad», se ordenó. «En este momento no puedes permitirte fantasear con cuentos de hadas. No hagas el ridículo como con Armand».

–De acuerdo, entonces –dijo con brusquedad–. Empecemos. Me gustaría que esta lección fuera más productiva que la de la cena. Hubo muchas cosas que no me dio tiempo a decirte, como por ejemplo lo de las aceitunas.

–¿Las aceitunas? –Luc enarcó una ceja de una manera que estaba empezando a encantarle.

–Sí, las aceitunas. Siempre hay que tomarlas con una cuchara, no con un tenedor. Mira, te he escrito una lista de cosas –explicó, ofreciéndole un papel doblado.

–Supongo que tampoco se debe sorber la sopa, ¿verdad? –bromeó Luc.

Ella se puso colorada.

–Me has pedido que te ayude, ¿no?

–Es verdad y te lo agradezco muchísimo. Estudiaré la lista antes de irme a dormir.

Juliet se lo imaginó en la cama con el pecho desnudo. La parte superior la tendría cubierta de un vello suave que le bajaría hasta el ombligo. Las sábanas le cubrirían apenas las estrechas caderas.

De repente, a Juliet le pareció que hacía mucho calor en el salón. Se habría abanicado con la hoja de papel, pero se la acababa de dar a Luc y no podía quitársela otra vez. Tendría que fingir que no estaba sucediendo nada, que sus hormonas estaban tranquilas.

–Sí, bueno… –se aclaró la garganta–… como te dije en las caballerizas esta mañana, creo que el vals te resultará muy útil. Empezaremos por la posición básica. Tú tienes que agarrarme por la cintura con una mano, y con la otra tienes que sujetar mi mano.

–¿Hay que llevar guantes blancos? –preguntó Luc de repente–. No tendré que ponérmelos, ¿verdad?

Juliet se imaginó a Luc bailando desnudo y con unos guantes blancos. Estuvo a punto de caerse al suelo.

–No te caigas –dijo él, agarrándola.

–No soy muy buena bailarina –dijo ella, avergonzada–. Será mejor que aprendas con otra persona.

–No quiero aprender con ninguna otra persona.

Si eso fuera verdad… Si la quisiera como algo más que una amiga…

–Y no se te ocurra decírselo al encargado de protocolo. ¿Me imaginas bailando con él?

Juliet tuvo que soltar una carcajada.

–No. Si no te gusta el encargado de protocolo, siempre puedes recurrir al Consejo de Estado.

–Ninguno baja de los setenta.

–Estoy segura de que el primer ministro es más joven.

–Sí, pero no creo que me gustara bailar con él. ¿*Capisce*?

Juliet sonrió, llena de felicidad.

–*Capisce*. Los idiomas te vendrán bien cuando…

Luc colocó un dedo en sus labios.

–Las paredes pueden oír –advirtió.

Ella le quitó la mano de su boca. Esa vez no iba a sucumbir a la tentación. Iba a ser práctica.

–No entiendo por qué quieres mantenerlo en secreto.

–¿Recuerdas lo que pasó con Sebastian? Los periódicos sensacionalistas dijeron que iba a ser el heredero y hablaban de él como si ya fuera el rey. No quiero que ocurra algo así de nuevo. Es uno de los motivos por los que quiero que se confirme la noticia antes de divulgarla.

–¿Y cuál es el otro?

–La situación con Rhineland es un verdadero problema, así que necesito tiempo para saber cómo se manejan las cuestiones de Estado.

–A propósito de ello, deberíamos abreviar nuestras lecciones de baile. No tenemos toda la noche.

–¿Por qué no? ¿Tienes que ir a algún sitio?

–Sí –replicó Juliet con ironía–. Tengo una cita romántica y van a venir a recogerme.

–Espero que no sea cierto –replicó Luc, sorprendiendo a Juliet con la intensidad de su tono de voz.

–¿Por qué no?

–Por esto…

Y sin más explicación, la besó.

Capítulo 5

Juliet no estaba segura de quién se sorprendió más si Luc o ella misma. No sabía que un beso de él pudiera ser algo tan maravilloso. Y eso que se lo había imaginado muchas veces.

Pero ninguna de sus fantasías la había preparado para aquel placer. Las luces de las velas parpadearon sobre las paredes. Juliet cerró los ojos y se concentró en la boca de Luc, devolviéndole el beso con fervor.

Los labios de Luc estaban calientes y sorprendentemente suaves, aunque también exigentes y firmes.

En un momento dado, Luc ladeó la cabeza y la obligó a separar los labios. Lo hizo con una sensualidad y delicadeza, que hizo que a Juliet comenzaran a temblarle las rodillas.

Luego la tomó en sus brazos y Juliet notó que tenía las manos ardiendo. La apretó contra su cuerpo y ella sintió la suave tela de su esmoquin bajo sus manos mientras olía la cera de las velas.

Juliet se sentía como si, al igual que las velas, fuera a arder en cualquier momento. Sabía, por intuición, que Luc era capaz de hacer perder el sentido a cualquier mujer, pero no tenía ni idea de hasta dónde llegaba su poder. Su forma de besarla borró de inmediato cualquier sensación de realidad, arrastrándola a un placer puro e irresistible.

Sintió que todo su cuerpo se encendía. Notó el corazón de Luc contra su pecho y fue consciente de que sus pezones se rozaban contra la tela fina de la chaqueta de él. Sabía que debería sentirse incómoda y avergonzada, pero no sintió ninguna de las dos cosas. Él la hacía temblar y arder de deseo al mismo tiempo de una manera que no era capaz de controlar.

La boca de Luc llevaba la promesa de un placer inimaginable mientras su lengua la tentaba en un juego erótico sin fin. Juliet abrió aún más los labios y Luc aceptó inmediatamente su invitación. Metió la lengua y exploró los recovecos de su boca al mismo tiempo que sus manos hacían lo propio con sus nalgas.

Juliet respiraba entrecortadamente cuando él separó su boca de la de ella y comenzó a mordisquearle la oreja.

Ese momento de respiro permitió a Juliet volver a la realidad.

–¿Qué estás haciendo? –susurró.

No estaba segura de si se lo estaba preguntando a sí misma o a él.

–Besándote.

–Pero no deberías hacerlo.

–¿Por qué no?

–Porque tú eres… tú, y yo soy…

–Tú eres Juliet –murmuró contra sus labios–. Y hueles a limón y sabes a ángel.

–¿Le dices eso a todas tus amigas?

Aquellas palabras fueron para Luc como un jarro de agua fría. Ella tenía razón. No tenía sentido que la besara de ese modo. Inmediatamente la soltó y se separó de ella.

–Lo siento –afirmó, girándose para que ella no pudiera ver el efecto que tenía sobre él–. No sé qué me ha pasado.

«Mentiroso», se dijo a sí mismo. Lo sabía perfectamente. Desde que unos días antes la había sentado en su regazo, se había dado cuenta de que se estaba enamorando de ella. No estaba seguro de por qué. ¿Por qué en ese momento? ¿Era el destino, que se reía de él? Un destino que estaba poniendo su vida del revés, incluyendo la amistad que tenía con Juliet. Una amistad en la que confiaba ciegamente. La idea de arruinar esa unión era una de las pocas cosas que lo asustaban de verdad.

Sabía que debía tener cuidado con la atracción sexual que sentía por Juliet, ya que ella era diez años más joven que él y mucho más inexperta. Tenía que haberse parado él, no ella.

Juliet había hecho muy bien en parar cuando lo había hecho, antes de que la situación se les fuera de las manos. ¡Y en mitad del salón de Cristal!

Seguro que había sido por la música y las velas, pensó, yendo hacia el equipo de música y apagándolo. Le dio al botón con tanta fuerza, que el equipo resbaló sobre el suelo de mármol.

Eso estaba mejor, se dijo, volviéndose hacia Juliet.

–Te repito que lo siento.

Juliet no era capaz de decir nada. ¿Qué podía decir? ¿Que no lo

sentía? ¿Que había disfrutado cada segundo de aquel beso?

–Tú simplemente estabas intentando ayudar a un amigo y yo me he aprovechado.

Amigo. Esa horrible palabra de nuevo. Juliet deseó poder borrarla del vocabulario. Pero si lo hacía, ¿por cuál debía sustituirla para definir su relación?

–¿Quieres que continuemos la lección o prefieres que lo dejemos por esta noche? –preguntó Luc.

–¿Tú qué quieres?

Luc la miró por un momento; su mirada indicaba que la deseaba a ella.

–Quiero volver a mi vida de siempre –dijo, dándose la vuelta–. Solo quiero eso.

–¡Exijo hablar con el Consejo de Estado! –informó enfadada Celeste al día siguiente.

–Con el Consejo de Estado solo puede hablar el rey y ya no está entre nosotros –contestó el primer ministro.

–El rey es mi hijo.

–El Consejo de Estado es quien tiene que decidir eso –replicó el primer ministro, tratando de no perder la paciencia.

–Por eso tengo que hablar con ellos. Hace casi una semana que ha nacido mi hijo Philippe y todavía se niegan a declararle rey.

–Y usted conoce los motivos. Sabe que el rey Philippe se casó con Katie Graham y que tuvieron un hijo, que, en caso de estar vivo, sería el heredero legítimo al trono.

–Sé que la reina madre ha estado contando esas tonterías. Pero solo son eso, tonterías. Imaginaciones suyas.

–Son algo más que imaginaciones. Tenemos documentos que demuestran que es cierto.

–Puedo traer expertos que les dirán que esos documentos son falsos –añadió Celeste, entornando los ojos–. También se dice que usted y la reina madre han inventado esa historia para que mi hijo no herede el trono. ¿Sabe eso el Consejo de Estado?

–Les informaré de sus preocupaciones.

–Sí, seguro que lo hará –dijo ella, burlándose.

–Si duda de mi palabra, solo tiene que leer la Constitución de St.

Michel, donde dice que, si hay dudas respecto a la sucesión, el Consejo de Estado será quien decida. Y cuando se reúna, no se permitirá la entrada a ningún miembro de la familia real. El Consejo de Estado incluye al primer ministro y a cuatro miembros de las familias cuya nobleza se remonte a más de cien años.

–También sé que la Constitución dice que, si no hay heredero, St. Michel volverá a ser parte de Rhineland.

–Eso no va a suceder.

–Y no va a suceder porque mi hijo es el legítimo heredero, el único hijo del rey Philippe.

–El Consejo de Estado me espera. Debo irme, señora.

–Claro que se irá –murmuró Celeste, observando cómo se alejaba–. Pero se irá para no volver en cuanto yo me encargue de todo. No lo necesito ni a él, ni al asqueroso Consejo de Estado. Tengo aliados muy poderosos que me ayudarán en mis propósitos.

Juliet se pasó toda la mañana leyendo acerca del siglo XIX. Era más fácil que pensar en su vida actual.

Los besos de Luc la habían tenido toda la noche dando vueltas en la cama. A pesar de que lo intentó, no fue capaz de olvidarse de ellos. No pudo sacarse de la cabeza la textura de los labios de Luc, ni el sabor de su boca, ni el roce de su lengua. Todas esas cosas y más se apoderaron de ella y casi la llevaron a perder la razón.

Aquella mañana, había ido a trabajar temprano, decidida a olvidarse de ello estudiando. Iba retrasada por culpa de Luc.

Había terminado una de las partes del diario de la reina Regina e iba a comenzar con el siguiente volumen cuando algo captó su atención. El sol brillaba en el cielo, como era habitual en esa época del año, e iluminaba suavemente las flores del jardín. Los lirios no estaban en su mejor momento, pero seguían dando un toque de color. Iban desde el amarillo pálido al rojo oscuro. Pero lo que llamó la atención de Juliet fue la mujer que acababa de entrar en el jardín. Era Yvette, la mujer del jardinero, y no tenía buen aspecto.

Quizá fuera solo que tenía prisa por volver a casa. Juliet sabía que Yvette acababa de tener un hijo. De hecho, tenía un regalo para el pequeño. Pero había estado tan ocupada últimamente con las clases de Luc o pensando en él, que no había tenido tiempo de

dárselo.

También vio algo por el rabillo del ojo. Se volvió y vio que era una caja grande envuelta con un papel de colores. La llevaba Luc. En realidad la llevaba como si fuera una bandera de la paz.

–He venido con un regalo –dijo Luc, quedándose en la entrada.

Como si estuviera decidiendo si podía entrar sin correr ningún riesgo. Finalmente, lo hizo y se acercó a la mesa donde estaba sentada Juliet.

–Son bombones para disculparme por mi comportamiento de anoche. Me sentía mal, pero no tengo derecho a desahogar mis frustraciones contigo.

–¿Por eso me besaste? ¿Para desahogar tus frustraciones? –preguntó ella.

–No, me refiero a cuando te dije que quería volver a mi vida de antes y di por terminada la clase.

–Y te marchaste prácticamente corriendo, no te olvides.

–Es verdad, me fui corriendo –admitió él.

Luc parecía tan incómodo, que Juliet buscó algo que decir.

–O sea, que me besaste para no dar clases de baile, ¿es eso?

–Sí, eso es –contestó Luc, esbozando una sonrisa.

Los dos sabían que no era cierto, pero ambos sintieron un gran alivio de poder volver a la antigua camaradería. Juliet tomó un bombón.

–Eres un diablo.

–Un diablo con bombones.

–Y eso te hace ser mucho más peligroso –contestó ella, metiéndose una trufa en la boca y cerrando los ojos con evidente placer–. ¿Cómo sabías que eran mis bombones favoritos?

–Sé muchas cosas de ti.

–¿Como cuáles?

–Por ejemplo, que pierdes tus lápices continuamente, que tienes debilidad por la ropa antigua y por los gatos. Y un talento especial para ver la belleza interna de las cosas.

Juliet se preguntó si también podría adivinar su verdadera personalidad bajo su aspecto de chica estudiosa y aburrida.

–Donde otras personas ven solo trastos, tú ves… posibilidades.

Juliet tenía la sensación de que Luc no estaba hablando tan solo de muebles.

–¿Porque he visto posibilidades en ti?

Luc asintió.

–No soy la única, Luc. La reina madre y el primer ministro también te admiran.

–Precisamente el Consejo de Estado está ahora reunido.

Ella asintió.

–Lo sé. Por cierto, te recuerdo que todavía tengo en mi poder la carta de tu madre. No sé si estás ya preparado para leerla.

–Todavía no.

Juliet sabía que algún día lo estaría. Y cuando así fuera, quería estar a su lado.

El Consejo de Estado no tenía fama de ser rápido. Los glaciares se movían a más velocidad que aquel grupo de ancianos. La reunión de aquel día duró hasta la tarde. En días como aquel, el primer ministro, René Davoine, pensaba en la jubilación con verdadero deleite.

Mientras el primer ministro había ido a su despacho para repasar los asuntos del día, el Consejo de Estado había hecho un descanso para tomar una comida ligera. Luego habían vuelto a la sala de reuniones a tomar coñac.

René abrió la puerta de madera tallada e hizo un gesto con la mano para apartar el humo de los puros que estaban fumando los miembros del Consejo. Era tan denso que ni siquiera podía ver los retratos que colgaban en las paredes. Afinó la vista y solo fue capaz de ver a los miembros del Consejo, con sus trajes de terciopelo rojo y sus pelucas blancas. Atuendo que databa del siglo XVIII.

El Consejo de Estado de St. Michel llevaba sin reunirse desde 1866, cuando se descubrió que la madre del primogénito del rey había sido la amante de este, por lo que se pasó el derecho al trono al segundo hijo. El Consejo de Estado se había reunido entonces para comprobar la documentación y tomar una decisión al respecto. Habían tardado cuatro años en decidirse.

Y al parecer, los miembros del consejo actual demostraban la misma inclinación a la rapidez en tomar decisiones que sus antecesores. Se habían reunido por primera vez al morir el rey Philippe y, desde entonces, se habían encontrado con varios

escollos, cuando era evidente que aquel grupo no sería capaz de superar muchos escollos.

El barón Severin era el mayor y por tanto el que tenía más poder. De pelo blanco y un poco sordo, tenía el porte estirado de un militar. Por contraste, el duque de Montreaux era patizambo, debido a su entusiasmo por montar a caballo. Sir André DeVallis y el conde Baptiste Rivaux se parecían mucho. Ambos eran calvos, con rostros sonrosados y gruesos de constitución. Ninguno de los dos hablaba demasiado.

–Caballeros –dijo René–. He venido para ver si han tomado alguna decisión acerca de Luc Dumont.

–¿Cómo? –preguntó el barón Severin, que se negaba a llevar su aparato en el oído porque no le quedaba bien con la peluca–. ¿Está Luc al teléfono?

–No, que dice que es el heredero –corrigió René, resumiendo y acercándose lo más posible a la oreja del anciano–. ¿Ha tomado el Consejo alguna decisión?

–Esas cosas llevan su tiempo, muchacho.

El barón Severin, a sus sesenta años, era el único que podía ver a René como un muchacho.

–Me temo que la reina Celeste está a punto de causarnos problemas.

–Esa condenada mujer ha estado dando problemas desde el día en que el rey Philippe se prometió a ella –repuso el duque de Montreaux.

–Es una pena que el Consejo de Estado ya no tenga opinión sobre el matrimonio de los reyes –dijo el barón Severin.

Los otros asintieron con solemnidad.

René trató de volver al asunto.

–Sea como sea, caballeros, les recuerdo que tienen que tomar cuanto antes una decisión respecto a Luc Dumont.

–Es un buen chico –dijo el barón Severin.

–Un excelente jefe de seguridad –agregó el duque de Montreaux–. Yo propongo que siga con nosotros.

René exhaló un suspiro de resignación.

–Tenemos el certificado de nacimiento que dice que él es el hijo del rey Philippe y de Katherine, conocida como Katie Graham.

–Bueno, no sería el primer certificado de nacimiento que nos

llega proclamando a alguien hijo de Philippe, ¿verdad? –le recordó el barón Severin–. Estamos esperando a que las autoridades francesas nos confirmen que la documentación es verdadera. No puede meternos prisa en esto, muchacho.

–St. Michel necesita un rey, caballeros. Llevamos sin monarca ya mucho tiempo –dijo René.

–¿Cree usted que Luc está diciendo la verdad? –preguntó el conde Rivaux, hablando por primera vez.

–Sí, lo creo –replicó René.

–¿Y cree que sabrá llevar el apellido Bergeron con dignidad y honor?

–No lo creo, lo afirmo. Luc es un hombre muy serio. No es una persona que se tome a la ligera sus deberes.

–¿Es eso verdad? –preguntó el duque de Montreaux, que estaba junto a la ventana–. En ese caso, ¿qué hace saliendo a hurtadillas por la puerta trasera de palacio junto con la joven Juliet?

Capítulo 6

DÓnde vamos? –le preguntó Juliet a Luc, que la llevaba apresuradamente por los jardines, alejándola de palacio.

–Al parque de atracciones. Hemos estado trabajando mucho y nos merecemos un descanso.

Luc iba vestido de manera informal, con unos vaqueros negros y una camiseta también negra. Se movía con suavidad y agilidad, como un gato. Ella, que iba detrás, tenía una vista estupenda de su cuerpo, de su cintura y sus caderas delgadas. Y de su trasero… el saber que era el trasero de un rey no impedía, al parecer, que su corazón comenzara a palpitar a toda velocidad.

Juliet pensó que tenía que decir algo rápidamente y dejar de pensar en Luc de ese modo. Así que se concentró en su ropa oscura.

–¿Vamos a algún tipo de misión secreta? –le preguntó ella.

–Digamos simplemente que prefiero no anunciar mi presencia a los *paparazzi*.

–Desde que Wilhelm vendió a esa revista sensacionalista la noticia del matrimonio del rey Philippe con Katie, no paran de rondar el palacio.

–Lo sé –contestó Luc, conduciéndola hasta el final de los jardines–. Por eso he aumentado la seguridad en los alrededores.

Juliet se detuvo y miró hacia el bosque que se extendía delante de ellos.

–Si estás pensando en cruzar el bosque para evitarlos, te advierto que no llevo la ropa más adecuada para andar a campo traviesa –al decirlo, señaló su vestido años cincuenta–. Tenías que haberme dicho que me pusiera unos pantalones.

–No hace falta –Luc no iba a admitir que le gustaba verle las piernas–. No vamos a cruzar el bosque.

Luc se detuvo delante de un roble enorme, en las lindes del bosque, y después de rodear el tronco, sacó… una Harley resplandeciente.

Juliet puso cara de disgusto.

–Tampoco voy vestida apropiadamente para montar en moto.

–Claro que sí. Venga, sube. No vamos lejos. Puedes recogerte el vestido.

–Para ti es muy fácil decirlo.

–¿Quieres que te ayude?

–No, tú te quedas donde estás –le ordenó, colocando la mano sobre su hombro y subiendo en la moto.

Luc la sintió moverse contra él mientras se recogía la falda del vestido. Sus pechos le rozaron la espalda y sus piernas tocaron las de él.

Un fuego ya conocido ardió dentro de él. No era el tipo de fuego que se encendía cuando la veía, sino una especie de llama cuya intensidad aumentaba cada vez que estaban juntos. El deseo momentáneo podía controlarlo, pero esa atracción sobrecogedora era algo totalmente diferente.

–Debería haberme puesto una chaqueta de cuero negro –oyó que decía ella y él estuvo a punto de gemir ante la imagen que tuvo de ella vestida toda de cuero negro.

La imaginó con una falda corta y las piernas enfundadas en medias negras. Sus pechos cubiertos por una camiseta ceñida. Su cuerpo reaccionó ante esas imágenes, obligándolo a cambiar de posición, cosa que hizo que los muslos de ella le rozaran aún más.

¿En qué momento su inocente amiga Juliet se había convertido en una mujer atractiva y seductora?

–Estoy lista –le informó Juliet.

Con un giro de su muñeca, Luc arrancó el motor.

–Agárrate fuerte –la avisó.

Ella obedeció y se apretó contra él.

Luc agradeció que la brisa nocturna refrescara su piel caliente. Pasaron los establos y llegaron a una carretera secundaria. Hizo una seña a los guardias que estaban de servicio y luego apretó el acelerador de la Harley.

Juliet apretó el rostro contra la espalda de Luc y cerró los ojos. No por miedo, sino por placer. En ese momento, podía dejarse llevar y disfrutar de estar cerca de él. Podía oler el olor de su jabón y sentir el calor de su piel a través de la camiseta que llevaba. Había puesto los brazos alrededor de su vientre plano y notaba su respiración.

Sin darse cuenta de lo que hacía, su boca hizo el gesto de darle un beso. Luego giró el rostro para que fuera su mejilla la que reposara contra la espalda de Luc y abrió los ojos, tratando de concentrarse en el paisaje. Pero iban a demasiada velocidad.

–Ya casi hemos llegado–gritó Luc, como si notara la repentina inquietud de Juliet.

Quizá la hubiera notado, pero no sabía la razón, pensó Juliet. Acababa de darse cuenta de que iba en una Harley con el rey de St. Michel. En el futuro, Luc podría hacer eso en muy contadas ocasiones e imaginaba que eso sería muy duro para un hombre como él, que amaba la independencia y la libertad.

Se prometió a sí misma estar a su lado y ayudarlo.

¿Y luego qué? La pregunta exigía una respuesta. «Y luego te comportas como una buena chica mientras él se casa con una princesa».

«Oh, cállate», se dijo. «Déjame disfrutar de esta noche tal como es. Una noche a solas con Luc».

Minutos después, Luc aparcaba la Harley en los alrededores del parque de atracciones. Las luces de colores que provenían de este iluminaron la motocicleta mientras Luc bajaba de ella con agilidad. Luego la ayudó a bajarse a ella. La falda se le había subido durante el trayecto y la llevaba por la mitad de los muslos. Antes de que Juliet pudiera hacer nada, Luc la agarró por la cintura y la levantó como a una pluma.

Cuando ella le había dado la primera lección en el comedor real y él le había contado que había montado mucho en bicicleta en Cambridge, ella se lo había imaginado en una moto resplandeciente. Y allí lo tenía. Sus fantasías se habían hecho realidad.

Luc la agarró de la mano y la condujo hasta la entrada del parque. Quizá hubiera payasos, en vez de querubines, pero para Juliet aquello era el paraíso.

Un gran arco iluminaba la entrada. Luc pensó que aquello no iba a ser una velada clásica en el ballet, pero confiaba en que le gustara a Juliet.

El lugar estaba abarrotado, sobre todo de gente joven. Había grupos de chicas con pantalones cortos y tops que se paraban a reírse y a hacer comentarios cada vez que veían un grupo de muchachos. Los adolescentes de St. Michel eran iguales a los de

otros países. Salían a divertirse.

Luc contaba con eso. Había salido con el mismo fin: pasárselo bien y no pensar en absoluto en el futuro.

La avenida central estaba llena de atracciones. Luc se detuvo ante la noria.

–Montemos aquí primero.

–No me gustan mucho las alturas –le advirtió Juliet mirando la noria.

–Tú agárrate a mí –replicó él.

Eso era fácil, era lo que había hecho en la moto, pensó Juliet. Y también pensó en cuántas fantasías más se harían realidad aquella noche.

La noria empezó a moverse muy suavemente. Pero a medida que iban subiendo, Juliet se iba poniendo cada vez más nerviosa.

–No mires abajo –le avisó Luc, agarrándola de la barbilla para que mirara el cielo–. Mira para arriba. Mira las estrellas.

Era una noche preciosa de primavera y el cielo estaba lleno de lucecitas blancas. Y justo en el horizonte, había una luna llena enorme que iba subiendo poco a poco. Era una imagen espectacular.

–Es mágico –dijo ella, casi sin voz.

–Sí, es mágico –repitió Luc, mirándola a ella en lugar de al cielo.

El viaje acabó en seguida y Juliet suplicó que montaran otra vez, pero Luc se negó, echándose a reír, y la llevó a otra atracción.

Una hora después, se detuvieron a comer algo. Pidieron salchichas y patatas fritas, y lo acompañaron con un buen vino tinto de los alrededores. St. Michel era conocido por sus vinos. De postre, pidieron algodón dulce.

Cuando se marcharon de la zona de restaurantes, Luc se quedó mirando a un padre que iba con su hijo pequeño. El hombre llevaba al niño de la mano y el pequeño lo miraba con adoración.

La imagen le recordó a él a su misma edad. ¿Habría él mirado a Albert así alguna vez? ¿Era por eso por lo que sentía ese peso en el corazón?

¿O era porque el hombre al que había considerado su padre todos aquellos años había resultado no serlo?

Por otra parte, no había pasado mucho tiempo con Albert. Cuando cumplió los ocho años, su hogar había pasado a ser los

internados. Primero en Eton y luego en Cambridge. Después, ya en la universidad, conoció a Jeremy Landing, el hijo de un oficial de la Interpol. Se hicieron muy buenos amigos y Luc pasaba con ellos las vacaciones de verano. Prefería pasarlas con Jeremy y su familia a tener que ir a su casa y sentirse como un extraño con Albert y su segunda esposa.

El padre de Jeremy, Spencer, se había quedado muy impresionado con Luc, que hablaba cinco idiomas perfectamente y había obtenido unas excelentes calificaciones en Cambridge. Spencer fue quien sugirió que después de terminar la carrera considerara la posibilidad de trabajar para la Interpol.

A Luc le pareció una buena idea. La Interpol, una organización internacional, era el hogar apropiado para alguien como él.

Así seguiría sintiéndose como si su hogar no estuviera en ningún país en particular.

Pero todo eso había cambiado al descubrir que su familia verdadera era otra. De pronto, se había encontrado con que tenía una abuela, varias hermanastras y un hermanastro.

Pero parecía incómodo ante la perspectiva de un futuro limitado por los códigos y las tradiciones de la realeza.

Y todo porque su madre y el rey Philippe no habían sido capaces de controlar sus sentimientos y habían destrozado su vida y la de los demás.

Luc miró al padre y al hijo con ansiedad, enfadado por el peso que sentía en el corazón. El peso de un niño que había tenido un padre y luego lo había perdido. Como le había dicho a Juliet, él había tratado de evitar el amor porque le hacía a uno vulnerable. Él quería ser más sensato que sus padres.

Miró entonces a Juliet y descubrió que le resultaba imposible pensar en ella de manera sensata. Aunque a veces le parecía que ella era la única cosa sensata y sólida en su vida. Durante la última semana, ella había sido su único refugio. Siempre que pensaba que su vida entera se había vuelto del revés, la miraba a ella y se sentía mejor.

El problema era que mirarla no solo le hacía sentirse mejor, sino que también hacía que la deseara. Por eso, de algún modo, hasta su relación con Juliet había cambiado. Porque durante sus tres años de amistad, ella había sido solo eso, una amiga. Nunca se había sentido

atraído por ella. Pero durante los últimos días no había dejado de pensar en ella mientras daba vueltas inquieto por la noche en la cama. Soñaba con ella, con el beso que le había dado en el salón de Cristal hacía pocas noches.

Se sentía como si estuviera escapando de su propio destino, un destino que no había elegido. Por eso estaba allí esa noche, como un niño que se había escapado de su casa para irse con el circo.

–¿Va todo bien? –le preguntó Juliet.

–Sí. Venga, vamos a probar suerte en una de las barracas.

–¡Gane una tiara para su novia! –estaba gritando un hombre calvo–. Venga, señor, gane una joya para su guapa acompañante.

–¿Qué dices? –preguntó Luc, volviéndose hacia Juliet–. ¿Te gustaría tener una tiara?

–¿No es lo que desean todas las chicas?

Juliet lo había dicho en broma, pero Luc la miró muy serio.

–Tenga.

Luc le dio el dinero al vendedor y este lo contó rápidamente.

–Eso le dará diez oportunidades para dar en el centro de la diana con las pelotas –le explicó el feriante.

–No voy a necesitar tantas –replicó Luc.

Y estaba en lo cierto. Dio en la diana al quinto intento. El feriante le dio de mala gana el premio antes de irse a atender a otros clientes.

Luc condujo entonces a Juliet hacia un grupo de árboles donde no había mucha gente.

–Su tiara, señorita –le dijo, colocándosela sobre la cabeza y retrocediendo para admirarla–. Te queda estupendamente.

Ella se echó a reír y movió la cabeza, haciendo que la tiara se le ladeara.

–Me resulta difícil de creer.

–¿Por qué?

–No creo que tenga el porte que se espera de la realeza.

–Yo tampoco lo tengo –dijo él en voz baja.

–Luc, lo siento –replicó ella inmediatamente, poniendo una mano sobre su brazo–. No quería recordártelo. Sé que esta noche quieres olvidarte de ello.

–Pero no es tan fácil como creía.

–Lo siento –repitió ella, disponiéndose a quitarse la tiara.

–No –protestó él, deteniéndola–. Te queda muy bien. Estás muy guapa.

Ella soltó una carcajada.

–Estoy segura de que tengo manchada la barbilla de mostaza y algodón dulce en las mejillas.

Luc le agarró la barbilla y estudió su rostro cuidadosamente.

–No tienes mostaza. Sin embargo, creo que hay que inspeccionar mejor el algodón dulce.

Y completó la investigación con los labios. Comenzó en la mejilla izquierda, pasó por los labios para llegar a la otra y volvió donde había comenzado.

–Mmm. Muy dulce.

Era dulce… y excitante y tentador. Y cuando Luc se apartó y esbozó una sonrisa, Juliet deseó que no estuvieran ocultándose. Deseó que fueran un hombre y una mujer normales, que habían salido a divertirse. Pero en vez de ello, se preocupaba por si Luc se metía en problemas por ser visto con ella.

«Él es el rey. Así que ¿quién puede meterse con él?».

Sí, Luc sería el rey y mandaría sobre el país, pero también se esperaría de él que se comportara adecuadamente. Y besarla en un parque de atracciones no sería apropiado. Ella no era una aristócrata, no tenía sangre real. Era una mujer corriente que se había enamorado del rey, a pesar de que estaba segura de que no era nada inteligente por su parte.

–Vamos –dijo Luc, agarrándola de la mano–. Todavía hay muchas cosas que no hemos visto.

La condujo hacia el otro lado del parque y pasaron por la barraca de una echadora de cartas.

–Veamos si ve una corona en mi futuro –dijo Luc con una sonrisa contagiosa.

El interior del recinto estaba tan oscuro, que Juliet tuvo que detenerse para orientarse. En el centro había una mujer sentada delante de una mesa, sobre la que había una bola de cristal iluminada y unas cartas de tarot. La mujer llevaba un turbante en la cabeza y unos pendientes largos.

–Bienvenidos, entren y siéntense. Les voy a hablar del futuro. Yo soy Magda, y les puedo leer la mano o las hojas de té. También les puedo echar las cartas o ver su futuro en la bola de cristal. ¿Qué

prefieren?

–¿Qué es lo mejor? –preguntó Luc, señalando una silla para que se sentara Juliet y sentándose luego él.

–Creo que para usted lo mejor será leerle la mano –dijo Magda, agarrando la mano de Luc y dándole la vuelta–. Hummm, muy interesante. Aquí tiene una línea que dice que va a llevar dos vidas paralelas. Las dos muy diferentes. Y la línea del amor es muy interesante también. Veo que hay problemas y confusión.

La mujer hizo una pausa.

–La línea de la salud es buena –continuó diciendo–, aunque veo fracturas porque ha corrido peligro. Veo que tiene que tener cuidado, va a pasar una época difícil. También le va a llegar mucha riqueza. Pero no sé si eso le dará la felicidad.

Luc apartó la mano.

–Lea ahora la mano de mi amiga.

Juliet trató de ignorar lo que le había dolido que la llamara amiga mientras Magda le agarraba la mano. La mujer estuvo un rato largo sin decir nada.

–Es usted muy inteligente y más observadora que la mayoría de las personas. Tiene un gran amor. Es alto, moreno…

–Y guapo –añadió Luc.

–Y está en peligro –lo corrigió Magda–. El resultado es incierto en este punto –miró a Juliet a los ojos–. Pero siento que es suficientemente fuerte como para luchar por su futuro. Le deseo suerte, señorita, y me temo que la va a necesitar.

Después de pagar a Magda y salir fuera, Luc se volvió hacia ella.

–Lo que esperaba.

–¿Sabías que te iba a decir que estás en peligro? –quiso saber Juliet.

–Sabía que iba a salir el hombre alto moreno y guapo. Y esperaba que saliera en tu mano, no en la mía –añadió sonriendo Luc.

Pero Juliet no sonrió. Las palabras de la echadora de cartas la habían inquietado.

–Dijo que estabas en peligro, ¿no te importa?

–No mucho. No sería la primera vez –aseguró Luc–. Este calor me está dando mucha sed. Vamos a tomar algo.

La agarró de la mano de nuevo y la llevó hacia una pequeña

carpa en la que servían bebidas. Estaba pintada de rojo y blanco y era fácil de ver. Además, era el único lugar donde había bebida a ese lado del parque.

Luc dejó sentada a Juliet en un banco cercano mientras él hacía cola. Cuando finalmente le tocó, solo quedaban cervezas. Este señaló un recipiente con hielo y le dijo que sacara de allí las botellas. Luc obedeció, pero al acercarse, cayó sobre él la barra de metal que sostenía la carpa.

Capítulo 7

Luc! –gritó Juliet levantándose y corriendo hacia la carpa, que acababa de caerse.

La tela cubría todo y no le dejaba ver a Luc.

–Estoy bien –dijo la voz de Luc, amortiguada por la gruesa lona.

El camarero, que no había quedado atrapado, salió desde alguna parte.

–Lo siento mucho –repitió varias veces mientras pedía a la gente que pasaba que lo ayudara a levantar la pesada lona para liberar a Luc.

Cuando finalmente este apareció, Juliet estuvo a punto de gritar de alegría.

–¿Estás bien? –preguntó, tocándole los brazos como para asegurarse.

–Estoy bien. Para herirme a mí hace falta más que una carpa.

–Luc, ese poste de metal ha estado a punto de caer encima y créeme que, si te hubiera dado en la cabeza o en la espalda, te habría hecho bastante daño.

–Pero no me ha dado. Ha sido solo un accidente estúpido, como el otro día en palacio; estuvo a punto de caerme encima un trozo de mampostería.

Juliet se quedó muy quieta.

–¿Qué?

–Sabes que en la zona sur del palacio han puesto unos andamios porque van a restaurar la fachada de esa zona, ¿no? Bueno, pues el otro día pasé por allí y se cayó media gárgola. Estuvo a punto de darme. Debía de pesar una tonelada y se rompió en mil pedazos en el suelo.

–¿Por qué no me dijiste nada? –preguntó ella, preocupada.

Luc la miró, sorprendiéndose ante lo seria que se había puesto.

–Porque no le di mayor importancia.

–Claro que tiene importancia. Y hoy has sufrido otro accidente.

–Oh, por favor –exclamó él, alzando sus preciosos ojos azules–.

Lo que ha pasado hoy no es nada. Seguramente la tienda se ha caído por un golpe de viento.

Pero Juliet no se quedó tranquila.

–Esta noche no hay nada de viento.

–Es imposible que alguien supiera que iba a estar aquí justo esta noche.

–Pueden haberte seguido.

–Tienes demasiada imaginación.

Ella odiaba que no tomara en serio sus advertencias.

–Deja de hacerte el indiferente. De verdad que esto y lo que me acabas de contar del otro día, me parece preocupante.

–Ya me doy cuenta. Y es la primera vez desde hace mucho tiempo que alguien se preocupa por mí, pero te aseguro que no hace falta.

Ella se puso triste al oír que nadie se había preocupado por él en mucho tiempo. Su madre había muerto cuando él era pequeño, su madrastra no lo quería en absoluto y su padre parecía haberse olvidado de él después de dejarlo en el internado.

Juliet había tenido al menos a su hermano Georges y a su hermana Jacqueline. Pero Luc se había criado solo, sin nadie que se preocupara por su bienestar.

Los pensamientos de ella se vieron interrumpidos por la voz del propietario del quiosco, que se ofreció a invitarlos a una cerveza, sin darse cuenta de que la barra que había estado a punto de golpear a Luc había destrozado el barril donde estaban las cervezas.

–Imagínate que te hubiera dado –comentó ella, señalando los escombros.

–Pero no ha sido así y no puedo estar preocupándome todo el tiempo por lo que podría haber pasado. Especialmente ahora.

–Pues, dada tu nueva posición, es ahora cuando deberás tener más cuidado, Luc. Hay gente a la que no le sentará nada bien tu nombramiento como rey. Por ejemplo a una parte de Rhineland; a la parte que tiene la esperanza de anexionarse nuestro país en caso de no haber heredero.

–Te aseguro que no va a pasarme nada –prometió él.

–¿Lo hiciste? –le preguntó Celeste a Claude Guignard, su

amante, al recibirlo en el apartamento que ella tenía alquilado en el centro de St. Michel y cuya existencia era desconocida para todo el mundo en palacio–. ¿Lo has matado?

–No es tan fácil; ya sabes que tiene que parecer un accidente.

Ella se apartó de él, mirándolo con desaprobación.

–La gárgola estuvo a punto de darle, y esta noche también ha faltado muy poco para que le alcanzara un poste de hierro –se excusó él.

La dura expresión de ella se suavizó y se transformó en una sonrisa.

–Quizá exista alguna solución mejor que matarlo.

–¿Como cuál?

–He invitado a alguien muy importante a que se reúna conmigo aquí.

–¿A quién?

En ese momento, llamaron a la puerta.

–Debe de ser él –dijo Celeste–. Abre.

Claude la obedeció, como siempre.

–Me alegro mucho de tenerte aquí esta noche –le dijo ella a su invitado, con la mejor de sus sonrisas.

–Su invitación era tan fascinante que no podía rechazarla, Majestad –contestó Berg Dekker, agarrando la mano de ella y haciendo una reverencia antes de besársela.

Lo hizo con un gesto evidentemente seductor, que despertó los celos en Claude.

Berg era un hombre alto y frío; un empresario que se había ganado el sobrenombre de Iceberg por el modo desapasionado con el que conseguía todo lo que se proponía. Los ecologistas lo acusaban de que sus plantas químicas y sus refinadoras de petróleo no cumplían la normativa en relación al medio ambiente. Pero eso a Celeste le daba igual. Lo único que le importaba era que se trataba de un hombre rico y con muchas influencias. Y también por su fama de donar grandes cantidades de dinero para fundaciones culturales y actos de caridad. Su poder unido al de ella sería una formidable alianza.

–Claude, ya conoces a Berg Dekker, uno de los hombres de negocios más poderosos de toda Europa. Y como bien sabes, Berg, Claude es el ministro de Energía de St. Michel.

–Si se trata de ese dinero que cambió de manos hace unos meses –comenzó a decir Claude.

–Tranquilo, Claude –le dijo Celeste–. Esta reunión no tiene nada que ver con los sobornos que has estado aceptando durante años por parte de Berg.

–Ah, ¿no? –Claude pareció aliviado.

–Por supuesto que no. Os admiro a ti y a Berg por haber hecho un trato del que ambos salís beneficiados. Y ahora, sírvele a nuestro invitado una copa de vino.

Claude hizo lo que ella le había ordenado.

–Brindo por un próspero futuro para todos nosotros –dijo entonces Celeste, levantando su copa.

Al chocar Berg su copa, Celeste vio cómo sus ojos azules brillaban, interesados. Entonces ella se hundió en el sofá y adoptó una pose elegante. Llevaba un vestido de Valentino que dejaba al descubierto sus largas piernas.

–Sentaos –dijo ella, señalando los extremos del sofá.

Berg se situó a la derecha de ella y Claude se sentó a su izquierda.

–Berg, he oído que te gustaría que Rhineland se anexionara St. Michel. Sé que para tu negocio te vendría bien acceder a nuestro río sin tener que pagar ningún impuesto. ¿Es eso cierto?

–Sí.

–Pues entonces tengo para ti una propuesta que creo que te va a parecer irresistible.

–Todo en vuestra Majestad es irresistible –murmuró Berg.

–Eres muy amable –dijo ella, cruzando las piernas de un modo que dejaba una generosa porción de muslo al descubierto–. Porque me temo que no debo tener muy buen aspecto después de haber dado a luz al heredero al trono la semana pasada.

–Tiene el brillo que solo una madre puede tener –Berg se llevó la mano de ella a los labios–. Los mejores retratos de Rafael y Rembrandt palidecen al lado de su belleza. Y sé lo que me digo, ya que tengo una colección de pintura que pondría en ridículo a la colección de la casa real de St. Michel.

–¡Qué pena que St. Michel se separase de Rhineland! –murmuró Celeste.

–Lo mismo opino yo –aseguró Berg–. Hemos gobernado esta

zona durante cientos de años y no entiendo por qué unos cuantos alborotadores se empeñaron en independizarse.

–Eso fue en el siglo XVI –remarcó Claude, visiblemente ofendido–. Y también hay gente que opina que las personas en Rhineland que quieren ahora anexionarse de nuevo St. Michel no son más que un grupo de alborotadores –añadió, evidentemente disgustado por el modo en que Berg seguía sosteniendo la mano de Celeste.

–Pero están claramente equivocados –dijo Celeste, lanzándole a Claude una mirada de advertencia–. En cualquier caso, tengo una proposición que nos beneficiaría a todos. Por lo que tengo entendido, Berg, tú eres de las personas que más dinero está donando al grupo de Rhineland que quiere anexionarse St. Michel.

–No hay nada ilegal en ello.

–Por supuesto que no. Pero creo que tú y yo podríamos colaborar para conseguir lo que ambos queremos.

–¿Y por qué querría pactar con nosotros? –le preguntó Berg–. Usted acaba de tener un hijo que será el heredero al trono de St. Michel.

–El problema es que no es el único heredero –replicó Celeste–. Confío en que todo lo que aquí se diga se mantendrá en secreto.

–Tiene mi palabra –aseguró Berg.

–Y la mía también –añadió Claude.

–Bien –Celeste sonrió, complacida–. No nos beneficiaría en absoluto que todo esto saliera a la luz.

–¿Y se puede saber quién es el otro heredero? –preguntó Berg.

–Supongo que habrás oído la ridícula historia de que el rey Philippe se casó de joven con una americana, llamada Katie Graham.

Berg asintió.

–Sí, y también sé que Luc Dumont ha estado buscando al hijo que se rumorea que tuvieron.

Celeste parecía sorprendida.

–No sabía que eso fuera de dominio público.

–No lo es, pero yo tengo mis fuentes.

–Todo eso es mentira, por supuesto –dijo Celeste–. Sin duda, una invención del primer ministro para mantenerse en el poder. Davoine sabe que en cuanto mi hijo sea coronado, lo despediré por

incompetente y lo reemplazaré por alguien como Claude, que sea leal a mí.

–¿Ha encontrado entonces Luc a ese supuesto heredero? –preguntó Berg.

–Sí, pero eso carece de importancia. Como ya he dicho, toda esa historia no es más que una invención. Sin embargo, mucha gente creerá esa mentira, así que necesito encontrar un modo de unir a la gente de St. Michel. Si me presentara al pueblo con una solución para el problema con Rhineland, habría mucha gente que me secundaría por agradecimiento.

Berg entornó los ojos con suspicacia.

–¿Y qué solución sería esa?

–Te propongo que compartamos los derechos sobre el río. De ese modo, tú te ahorrarías muchos millones en tasas. También eliminaríamos las restricciones del calado de tus barcos y del número de embarcaciones que pueden atravesar nuestras aguas.

–¿Y qué es lo que queréis que yo haga a cambio?

–Quiero tu apoyo a mi plan como líder de los anexionadores.

–No soy su líder –protestó Berg–. Soy solo uno de los patriotas que pensamos que nuestro país tiene derechos sobre St. Michel.

Celeste sonrió.

–Venga, no tienes por qué ser tan modesto. Sabemos que tú eres quien más poder tiene en la organización.

–¿Y cómo lo sabe? –en los fríos ojos de Berg hubo un destello de admiración.

–Al igual que tú, tengo mis fuentes –Celeste se apretó sutilmente contra él–. Y entonces, ¿qué dices? ¿Trato hecho?

–Sí, Majestad –afirmó Berg, sonriendo–. Trato hecho.

–Calla –le dijo Juliet a Luc, riéndose–. Vas a despertar a todo el mundo.

–No soy el único que está haciendo ruido. ¿Cuántas cervezas te has tomado?

Al final, el dueño del quiosco del parque le había pedido a su hijo que fuera a buscar otra caja de cervezas para invitarlos. Evidentemente quería compensarlos por el accidente.

–Ninguna. No es por la bebida por lo que estoy contenta –

aseguró Juliet, sonriendo mientras se dirigían a palacio, que tenía un aspecto muy romántico bajo la luz de la luna.

Había pocas luces encendidas en el edificio, pero la fuente del Caballo del Rey estaba profusamente iluminada y sus tres caballos parecían flotar sobre el agua.

–Espera –suplicó Juliet.

–¿Para qué?

–Quiero formular un deseo –metió la mano en el bolso–. ¿Sabes que se dice que esta fuente es mágica?

–Yo creo que con la adivinadora del parque de atracciones ya hemos tenido bastante magia por hoy.

–No, esto es diferente –aseguró Juliet–. He estado leyendo los diarios de la reina Regina y en uno de ellos habla de la fuente. Al parecer, el caballo de en medio representa al semental del bisabuelo del rey Philippe. Las dos yeguas que lo flanquean representan a su mujer y a su amante.

–¿Del semental? –bromeó Luc.

–No, del rey. Y desde que se erigió la fuente, ningún caballo de las cuadras reales ha perdido nunca una carrera. Por eso se empezó a decir que traía suerte y que si le pedías un deseo, se cumplía. Aunque hay una condición: cuando pidas tu deseo, no debes mirar los caballos, sino que debes darles la espalda.

–Me parece una historia fascinante.

–¿A que sí? Por eso es por lo que voy a pedir un deseo ahora mismo –Juliet sacó una moneda del bolso y, de espaldas a la fuente, la arrojó por encima del hombro.

La moneda cayó dentro del agua.

–Toma, aquí tienes una moneda –le ofreció a Luc a continuación.

–No quiero pedir ningún de… –comenzó a decir Luc, pero Juliet no le dejó terminar.

–¡Oh, no!

–¿Qué sucede?

–¡La moneda! Era mi moneda de la suerte. Una que mi madre me dio para que llevara siempre conmigo. Así que tengo que recuperarla.

–Pero no puedes recuperarla.

–Sí que puedo. Tú limítate a hacer guardia y asegúrate de que nadie de seguridad se acerque.

–El problema es que yo soy de seguridad.

–Pues entonces cierra los ojos –dijo ella, quitándose los zapatos y entrando al agua–. Santo cielo, este semental estaba muy bien dotado –añadió cuando se metió debajo de él para acceder al centro de la fuente.

–Deja de mirarle sus partes al caballo y vuelve aquí ahora mismo –le ordenó Luc.

–No hasta que recupere mi moneda de la suerte –ella empezó a andar por el agua, subiéndose la falda para no mojársela.

–Oh, pero si está muy oscuro –protestó él–. No vas a poder encontrarla.

–Sí que podré. La fuente está iluminada. ¡Oh, creo que la he visto!

Pero al inclinarse para agarrarla, perdió el equilibrio y cayó al agua.

–No sabía que pensaras hacer ballet acuático –bromeó Luc, soltando una carcajada–. ¿O quizá es natación sincronizada? En cualquier caso, creo que te ha faltado un poco de elegancia en el ejercicio.

–Deja de burlarte de mí –Juliet golpeó el agua para mojar a Luc.

Él, cuando fue alcanzado por el agua, miró a Juliet con ojos brillantes.

–Has empezado tú, Luc. ¿Qué estás haciendo? ¿Para qué te estás quitando los zapatos?

–Porque no quiero estropearlos.

–No hace falta que te mojes. Ya he recuperado la moneda –aseguró ella, enseñándosela, con el vestido de algodón completamente pegado a la piel–. Te aseguro que, si te apartas, saldré.

Pero él, haciendo caso omiso, se dirigió hacia la fuente.

–Luc, sé sensato.

–Estoy siendo sensato. Como jefe de seguridad, es mi obligación sacar de la fuente cualquier objeto sospechoso.

Juliet se puso en jarras.

–Luc Dumont, sal ahora mismo de la fuente.

–Juliet, sabes que no me gusta que utilices ese tono de voz conmigo.

–Sí, lo sé –dijo ella, retrocediendo hasta que su espalda chocó

con uno de los caballos.

–Claro.

–Te he mojado porque te estabas burlando de mí y ya sabes que no me gusta.

–Sí, lo sé. Y también sé lo mucho que deseas esto –la agarró por la cintura y se inclinó sobre ella, besándola.

–Mmm, la verdad es que sí –murmuró ella.

Entonces él la besó aún más apasionadamente y Juliet abrió los labios para que él pudiera meter la lengua. Cuando la apretó aún más contra él, notó su erección.

Inmediatamente, se le pusieron duros los pezones. Luc levantó entonces sus manos para acariciarle ambos pechos.

Desde la ventana de la segunda planta de palacio, el barón Severin hizo un gesto de desaprobación y se volvió hacia el primer ministro.

–René, me temo que la pequeña Juliet no ejerce una buena influencia sobre el futuro rey. Así que creo que ya es hora de que la reina madre tenga una pequeña charla con los dos.

Luc se encontró con la citación cuando llegó a su despacho poco después de amanecer. Después de haber besado a Juliet en la fuente, no había podido dormir mucho. Se excitaba solo con recordarlo y todavía no podía entender que Juliet lo hubiera hecho comportarse como un adolescente.

Afortunadamente, un guardia que estaba haciendo la ronda, les había devuelto a la realidad y habían salido rápidamente de la fuente. Luego ella había agarrado sus zapatos y había echado a correr descalza hacia palacio.

Y en esos momentos, acababa de encontrar sobre su despacho un mensaje de la reina madre, indicándole que quería verlo cuanto antes.

Imaginándose que estaría desayunando en el salón Esmeralda, se dirigió allí.

–Ah, Luc, me alegro de verte –dijo, sonriéndole y haciendo un gesto para que se sentara a su lado–. Siéntate a desayunar conmigo.

–Tomaré una taza de café solo, por favor –le dijo al criado que estaba sirviendo el desayuno.

La reina madre le dejó tomar un par de tragos antes de empezar el interrogatorio.

–Me he enterado de que Juliet y tú os metisteis en la fuente anoche.

Él se atragantó al oír aquello y la reina madre le dio varias palmadas en la espalda.

–No te vayas a morir asfixiado ahora, después de todo el trabajo que nos ha llevado encontrarte –dijo, girándose hacia el criado y haciéndole una seña para que se marchara.

–Alteza… –comenzó a decir Luc.

–Puedes llamarme abuela –lo interrumpió ella–. Bueno, al parecer, el barón Severin se escandalizó cuando os vio anoche a los dos en la fuente. Ese hombre no es nada romántico.

–¿Y qué hacía espiándome?

–Bueno, estaba mirando por la ventana cuando os vio montando ese espectáculo salvaje.

–Lo dice como si hubiera sido una especie de orgía.

–¿Y no lo fue?

–Por supuesto que no. Juliet no es de esa clase de mujeres.

–¿Y de qué clase es?

–Usted la conoce mejor que yo.

–La conozco desde hace más tiempo, pero no hemos tenido mucho trato. En cualquier caso, siempre me ha parecido una muchacha estudiosa que prefería estar leyendo cosas del pasado a vivir el presente.

–Pues anoche sí parecía estar viviendo el presente.

–Eso parece –comentó la reina madre, mirándolo de un modo penetrante–. Te propongo un trato. Si me llamas «abuela» y prometes tomar el té conmigo a diario esta semana, le diré al barón Severin que no debe preocuparse por nada, que tú y Juliet solo estabais divirtiéndoos un poco.

Él dejó la taza de café sobre la mesa.

–Eso es chantaje.

–¿Y cómo si no voy a poder conocer mejor a mi nieto?

–Pues sencillamente pidiéndomelo, aunque quizá ese sea un concepto extraño para la realeza –comentó él, algo enfadado.

–¿Pidiéndotelo? Hmmm –Simone bebió un trago de té–. Puede que lleves razón. Luc, ¿te apetece tomar el té conmigo esta semana?

–No –respondió él sin dudarlo–. Al menos, no todos los días, pero sí charlaremos algún día. A condición de que no me vuelva a interrogar sobre mi vida privada.

–Si hubiera querido interrogarte, hijo, te aseguro que habría utilizado otros métodos.

–Lo sé. A mí también se me dan muy bien los interrogatorios –aseguró Luc sin dejarse intimidar.

Ella sonrió.

–Creo que me va a gustar tenerte como nieto, Luc.

Capítulo 8

Juliet se dio cuenta de que Yvette, la mujer del jefe de jardineros, la estaba mirando furtivamente. Esperaba que no fuera porque la hubiera visto en la fuente con Luc la noche anterior.

Había sido una experiencia increíble besarse a la luz de la luna y sentir cómo Luc la deseaba. Pero, ¿sería solo eso: deseo? ¿O la querría de verdad?

Porque, desde luego, ella a él sí que lo amaba. Lo intuía desde hacía tiempo y desde la noche anterior estaba segura.

Se le revolvía el estómago solo de pensar en que a él podía haberle pasado algo en esos dos accidentes que había tenido. Pero ella lo protegería. Se aseguraría de que nadie le hiciera daño.

Y para ello, había decidido reunir a todo el personal aquella mañana en el comedor de los empleados, junto a las cocinas.

Todavía olía a la canela que echaban a las pastas que preparaban cada mañana.

–Gracias a todos por haber venido –dijo Juliet, que conocía a casi todos personalmente–. Como ya sabéis, la situación no ha sido fácil desde que ha muerto el rey. Supongo que estaréis al corriente de que en Rhineland hay un grupo de personas que quieren anexionarse St. Michel.

Juliet hizo una breve pausa.

–Pero no tenemos que preocuparnos, ya que nuestra seguridad está en muy buenas manos. Luc Dumont es un hombre muy competente y que se preocupa mucho por el bien de nuestro país. Y lo que quería pediros es que mientras dure esta situación algo difícil, tratemos de ayudarlo en su cometido.

–¿Y cómo podemos ayudarlo, señorita? –preguntó Andrea, una de las doncellas.

–Manteniendo los ojos abiertos e informándole de cualquier movimiento sospechoso.

–A todos nos gusta ese hombre –afirmó el jefe de cocina–. Es sencillo y nos trata con educación.

–Donó una buena suma cuando mi hija tuvo que operarse el año pasado –añadió uno de los criados.

–Y a mi hijo le dio una buena reprimenda cuando se enteró de que se estaba metiendo en líos –dijo otro–. Desde entonces, mi hijo se enderezó y ahora es un buen muchacho.

–Por supuesto que lo ayudaremos –dijo también Alistair, uno de los camareros de palacio.

Juliet se puso muy contenta al oír todo aquello. No sabía que Luc fuera tan altruista. A ella nunca le había dicho nada al respecto. Pero, claro, él no era el tipo de persona que se va vanagloriando de su generosidad.

Aquello confirmaba lo que ya suponía. Luc iba a ser un rey magnífico y se alegraba mucho por el pueblo de St. Michel. Aunque no por ella.

De todos modos, y si era sincera consigo misma, tenía que admitir que la esperanza había empezado a renacer en ella. No era lógico, pero… El modo de mirarla últimamente y aquellos besos habían dejado claro que su relación había cambiado. Sin embargo, seguía siendo consciente de los muchos peligros que los acechaban.

En primer lugar, estaba su ascendencia, en la que no había sangre real y contra lo no se podía hacer nada. El rey tenía que casarse con una mujer que fuera compatible con su cargo. Por otro lado, a ella nunca le había gustado ser el centro de atención y, si se convertía en reina, no tendría más opción que serlo.

–Señorita, la reina madre me ha pedido que le dé esto –dijo entonces uno de los criados, dándole un sobre.

Ella lo abrió con impaciencia y leyó la nota que contenía.

La reina madre reclama su presencia esta tarde para acompañarla a tomar el té. La reina madre quiere ser incluida en su tesis sobre el papel de las mujeres en la familia real de St. Michel.

Juliet se quedó extrañada, ya que nunca había tenido mucho trato con Simone. Es más, normalmente, trataba de mantenerse alejada de ella. Igual que había hecho con Celeste. Aunque por motivos muy diferentes.

La reina Celeste la había despreciado por el simple hecho de ser hija de la anterior mujer del rey. Aunque sabía que Celeste no la

veía como una amenaza. Así que ella, sencillamente, la había ignorado.

En cuanto a la reina madre, siempre se había sentido intimidada por ella. Era una mujer de fuerte personalidad y de la que Celeste decía que había perdido el juicio. Juliet no creía eso último.

La reina Simone era una mujer que recordaba a la reina Victoria de Inglaterra por su incontestable autoridad. La reina Victoria incluso prohibía a los sirvientes que la mirasen a la cara.

A Juliet, desde luego, no le importaría no poder mirar a la cara a la reina madre. Así no tendría que enfrentarse a sus penetrantes ojos azules. Unos ojos que no eran cálidos como los de Luc, sino que te diseccionaban por completo, tratando de encontrar tus defectos.

Pero la mujer nunca expresaba sus críticas en voz alta. No hacía falta. Una simple mirada de ella era suficientemente expresiva.

Juliet se preguntó de qué querría hablar con ella.

A la hora del té, Juliet fue a reunirse con la reina madre. Se había puesto un bonito vestido que había comprado en Londres y que le parecía ideal para tomar el té. Esperaba que Simone opinara lo mismo.

Una de sus doncellas la había ayudado a recogerse el pelo en un moño y se había maquillado cuidadosamente.

Llevaba una libreta y un bolígrafo para tomar notas.

Las habitaciones de Simone estaban en el ala sur y sus ventanas daban a los jardines y a la fuente. La reina madre solía tomar el té en el salón Blanco, una habitación muy elegante, decorada con varias estatuas de mármol.

–Ah, aquí estás, niña –le dijo Simone, que ya la estaba esperando–. No te quedes ahí. Pasa.

Juliet hizo una breve reverencia tal como su madre le había enseñado a hacer cuando llegaron a palacio.

La reina madre sonrió, complacida.

–Tu madre te enseñó muy bien. Hoy día nadie sabe hacer reverencias. Ya no se enseñan estas cosas en el colegio y es una pena. ¿Qué sería del mundo sin los buenos modales? –aseveró la anciana–. Pero siéntate. ¿Cómo quieres el té? ¿Con leche y azúcar?

–Con un poco de leche, pero sin azúcar, gracias.

Simone sirvió el té y le tendió a Juliet una taza de porcelana. Ella dejó el cuaderno de notas y el bolígrafo sobre su regazo y agarró la taza.

–Creo que Jacqueline volverá pronto de Suiza, ¿no es así?

–Sí, la próxima semana.

–Es una muchacha adorable.

–Sí que lo es –afirmó Juliet, que quería mucho a su hermanastra.

La reina madre le hizo una seña al criado que las estaba atendiendo para que ofreciera a Juliet algún dulce o algún sándwich del carrito de servir.

Juliet se quedó mirando las fresas con chocolate.

–Come fresas, este año están deliciosas –la animó Simone.

Juliet obedeció.

–Así que estás haciendo una tesis sobre las mujeres de la familia de Bergeron, ¿no es así?

Juliet dejó su plato sobre la mesa. No podía hablar y comer al mismo tiempo delante de una mujer tan impresionante como la reina madre. Además, era la primera vez que estaba a solas con ella.

–Sí, señora. Precisamente acabo de terminar de leer los diarios de la reina Regina, contemporánea de la reina Victoria. Al parecer, fue una mujer muy inteligente y compasiva, que ejerció muy bien sus papel de reina cuando murió su marido.

–Una mujer que supo reinar, ¿verdad? Celeste también estaría encantada de gobernar el país.

–Sí, pero yo no la definiría como inteligente o compasiva –dijo Juliet impulsivamente.

La reina madre soltó una carcajada.

–Bien dicho. Veo que no eres tan callada y dulce como pareces, ¿verdad? Pues me alegro. Me gustan las personas que dicen lo que piensan.

–Pues entonces voy a atreverme a preguntar por qué me ha invitado a tomar el té.

–Te he invitado porque quería conocerte mejor. Tengo entendido que te llevas muy bien con Luc.

–Sí, somos buenos amigos.

–¿Solo buenos amigos?

–Sí –Juliet rezó por que no la atravesara un rayo por mentir a la reina madre.

–Hmmm –Simone le dirigió una de sus penetrantes miradas–. Como ya sabes, la vida de Luc va a cambiar de un modo radical.

–Soy consciente de ello, señora.

–Lo sé. Luc me dijo que te lo había contado incluso antes de hablar conmigo y el primer ministro.

–Lo hizo solo porque…

Simone la interrumpió con un elegante gesto.

–No tienes que defenderlo. De hecho, no es mi intención interrogarte acerca de tu relación con él. Simplemente, como abuela suya, quiero saber más de mi nieto.

–Pues entonces debería hablar con él.

–Lo he intentado, pero el muy imprudente me ha contestado que no tiene tiempo para tomar el té conmigo.

–Estoy segura de que no pretendía ser irrespetuoso, señora.

–Ayer por la mañana estuve hablando con él. Qué hombre tan guapo y qué ojos tan bonitos tiene, ¿verdad?

–Sí, señora, es cierto –respondió Juliet, sonriendo.

–Pero es muy testarudo. ¿Cómo consigues tratarlo?

–Aceptándolo tal como es –contestó Juliet.

–Sí, yo también estoy empezando a conocerlo. Y aunque Luc insiste en que esperemos a corroborar la veracidad de su partida de nacimiento, yo estoy segura de que es mi nieto. En cualquier caso, los investigadores privados que ha contratado nos darán el resultado de la prueba del ADN en menos de cuarenta y ocho horas.

–¿Tan pronto?

A Juliet se le encogió el estómago.

–St. Michel ha estado sin rey ya demasiado tiempo y Celeste no deja de proclamar que su hijo es el heredero al trono. ¡Qué mujer tan imprudente! Y más con los rumores que corren acerca de que tenía un amante, quizá incluso desde antes de que mi pobre hijo muriera.

La reina hizo un breve pausa.

–Así que ni siquiera podemos estar seguros de que el niño sea de Philippe. Y ella se niega a hacerle la prueba del ADN al bebé. Pero juro que esa mujer nunca gobernará St. Michel mientras yo viva.

Juliet se preocupó al ver las mejillas encendidas de la anciana y su respiración dificultosa.

–No debe de ser bueno que se disguste usted tanto, señora.

¿Quiere que llame a alguien? –le preguntó Juliet al ver que el criado que las estaba atendiendo se había marchado.

–No, estoy bien –la reina madre le dio una palmadita en la mano para tranquilizarla–. No hay por qué preocuparse. No voy a morirme tan pronto.

–Eso espero, señora.

–Me gustaría vivir todavía un tiempo. Al fin y al cabo, tengo un nuevo nieto y quiero verlo coronado. Y también me gustaría verlo casado y con hijos.

–Luc será un padre excelente –comentó Juliet, recordando lo cariñoso que había sido con los gatitos recién nacidos.

–He oído que te llevó al parque de atracciones. No me mires tan sorprendida. Yo me entero de casi todo lo que pasa en palacio.

–Es que necesitaba salir a relajarse.

–Me duele que le esté costando tanto aceptar su nueva posición.

–Necesita algo de tiempo. Ha sido un cambio demasiado radical –le recordó Juliet.

–Lo entiendo. Pero lo que no sé es por qué no habla de ello conmigo.

–Luc nunca ha sido muy hablador. Le cuesta expresar su sentimientos. Pero eso no significa que no sea sensible. Usted no intentará cambiarlo, ¿verdad? No me gustaría verlo convertirse en un hombre distante y frío.

–¿Y qué te gustaría para él?

–Que sea feliz –respondió Juliet–. Lo único que quiero es que sea feliz.

–Eso puede ser más difícil de lo que te imaginas.

–Yo haría cualquier cosa para hacerle feliz.

–¿De veras, pequeña? Es admirable por tu parte –dijo la reina madre con una sonrisa melancólica–. Pero me temo que no está en nuestra mano hacerle feliz.

Juliet se dejó caer sobre la cama. Había sobrevivido a su reunión con la reina madre. Y no solo eso, sino que había conseguido un montón de notas. Simone le había hablado de su madre y de su estancia de joven en Londres, a donde tuvieron que exiliarse.

De repente, llamaron a la puerta. Era Luc, que parecía agitado.

Entró en la habitación sin esperar a que ella le diera permiso.

–He oído que la reina madre te mandó llamar.

–Sí, hemos estado tomando el té juntas.

–¿Qué quería? ¿Trató de sacarte información sobre mí? ¿Qué le dijiste?

Ella posó un dedo sobre los labios de él.

–Me estás interrogando. ¿No te acuerdas que en la clase que dimos en el comedor la otra noche te dije que no debías interrogar a las personas, sino conversar con ellas?

Él pareció relajarse y comenzó a mordisquear seductoramente el dedo de ella.

–Es que quiero saber qué te dijo.

Juliet no podía hablar mientras él estaba tratando de seducirla, así que se echó hacia atrás para evitar la tentación.

–Quería conocerme mejor.

–Pero si te conoce desde hace años. Viniste a vivir a palacio cuando tenías… ¿cuatro años?

–Sí, pero mi hermano y yo pasábamos los veranos con la familia de mi padre para que mi madre pudiera concentrarse en su tarea de darle un hijo a Philippe. Así que cuando estaba aquí, trataba de portarme bien con el fin de que no nos volvieran a enviar fuera. No es que no lo pasáramos bien con la familia de mi padre, pero yo echaba mucho de menos a mi madre cuando nos íbamos.

–Por supuesto. No es justo separar a un niño de sus padres.

–Y tú sabes de lo que estás hablando, ¿verdad? Te mandaron al internado siendo todavía un crío.

–Sí, parece que tenemos algo en común –dijo Luc, acariciándole el cabello–. Nuestras madres querían conseguir sus objetivos sin pensar en las consecuencias.

–Yo creo que mi madre hizo lo creía mejor para nosotros. Y quizá la tuya también –respondió ella, agarrando la mano de él cariñosamente–. ¿Has pensado en si vas a leer la carta?

–Sí.

–¿Y?

–No voy a leerla. No me mires así. Nada de lo que me diga en ella cambiará lo que me hizo.

–Pero quizá te explique por qué lo hizo.

–Siempre tienes respuesta para todo, ¿verdad?

Luc se inclinó sobre ella y la besó. Juliet sintió un escalofrío en la espalda mientras el beso se iba haciendo más y más apasionado.

El vestido de flores que se había puesto para tomar el té con la reina resultó ideal para sentir con más intensidad las caricias de Luc, dado que estaba hecho de un algodón muy fino.

Al mismo tiempo que metió la lengua en su boca, Luc empezó a acariciarle los senos. Cuando empezó a frotarle un pezón con el dedo pulgar, ella comenzó a sentirse débil, así que agradeció que él la tumbara sobre la cama.

Luego se tumbó a su lado y la abrazó. Sus dedos hábiles no tardaron en encontrar el cierre de su sujetador. Y ella se estremeció cuando notó el aliento de él sobre su carne desnuda. Comenzó a besarla y a mordisquear despacio sus senos. Pasó la lengua por su piel cremosa, sobre la que resaltaban pequeñas venas azules, y finalmente llegó al pezón.

Juliet gimió y se arqueó de placer. Entonces se apretó más contra él y sintió el bulto que había bajo sus pantalones. Aquello fue la experiencia más excitante de su vida.

La tentación de sentirlo dentro de ella, de ser enteramente suya, era irresistible. El sentir su poderoso cuerpo contra el de ella la hacía desear más.

Luc metió la mano bajo el vestido y comenzó a acariciarle la parte posterior de las rodillas. Luego fue subiendo lentamente por los muslos, acercándose a su sexo.

Juliet se abrió entonces a él, pero justo antes de que sus dedos penetraran en su femineidad, sintieron cómo unas garras afiladas comenzaban a caminar sobre sus cuerpos semidesnudos.

–¿Qué sucede? –preguntó Luc.

–Ten cuidado, son los gatitos –le advirtió ella–. No les vayas a hacer daño.

–Nunca les haría daño, pero creo que ellos no opinan lo mismo –dijo, apartando el brazo, donde se veía un arañazo.

–Lo siento. Sé que no debería tener aquí los gatitos, pero tenía miedo de que los caballos los pisaran sin darse cuenta. Así que me los traje ayer. Siento mucho que te hayan hecho daño. ¿Quieres que te bese la herida?

Sus ojos se encontraron y la mirada de él hizo que el corazón de ella comenzara a latir a toda velocidad.

Pero justo en ese momento se abrió la puerta de la habitación. Era Jacqueline.

–¿Qué estáis haciendo los dos en… o quizá no debería preguntar? –la precoz adolescente los miró con una sonrisa malévola

Capítulo 9

Jacqueline! –Juliet se incorporó como un resorte–. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y por qué tienes el pelo de color púrpura?

–¿Y qué estáis haciendo Luc y tú en la cama?

–Nada –respondió Juliet, arreglándose el cabello, ya que se le había soltado el moño–. Solo le estaba enseñando mis gatos.

–No creo que le estuvieras enseñando solo eso –dijo Jacqueline.

Juliet frunció el ceño.

–Creía que no tenías pensado volver hasta la semana que viene.

–Es que os echaba mucho de menos.

–Bueno, creo que será mejor que vuelva al trabajo –dijo Luc, que decidió dejar solas a las dos hermanas.

–Será mejor que te borres las marcas de carmín de la mejilla antes de salir –le advirtió Jacqueline.

–Está bromeando –dijo Juliet–. No tienes ninguna marca de carmín.

–Porque mi hermana no lleva los labios pintados…

–Me alegro de que hayas vuelto, Mocosa –le dijo Luc con una sonrisa.

–Yo también me alegro de verte, Superespía –aseguró la muchacha, que al ver la cara de sorpresa de Juliet trató de explicarse–. Es el mote que le he puesto. ¿No se lo has contado, Luc?

–No –respondió él–, hay cosas que es mejor mantenerlas en secreto, Mocosa.

–Entendido, Superespía. Hasta luego.

Juliet esperó hasta que salió Luc antes de volverse hacia su hermana.

–Jacqueline, no puedes llamarle a Luc Superespía.

–¿Por qué no?

–Porque… bueno… –Juliet se quedó pensativa, ya que sabía que Luc no quería que se enterara nadie más de que iba a ser el futuro rey de St. Michel–. Ahora, no puedo explicártelo, pero te aseguro

que existen buenas razones.

–¿Te refieres a lo de que va a ser nuestro rey?

–¿Cómo te has enterado?

Jacqueline se encogió de hombros y se sentó en un sillón.

–Me lo dijo la abuela. He estado un rato con ella antes de venir a verte.

–¿Y has ido a verla así vestida? Si hasta tienes agujereados los vaqueros… Y esa camiseta es demasiado corta –Juliet la hizo ponerse en pie–. Supongo que te quitarás en seguida ese tinte púrpura, ¿no? ¿Y qué es eso que tienes en el ombligo?

–Es una joya. Así que no te gusta mi forma de vestir, ¿eh? Pues las chicas de mi clase dicen que me parezco a Britney Spears.

–Me da igual y no deberías querer parecerte a ella. Britney Spears es una cantante y tú eres…

–La hija de un rey –la cortó Jacqueline–. Sí, ya lo sé. Pero también es cierto que a la abuela le ha encantado cómo voy vestida. Me ha dicho que si fuera más joven, ella también se pondría una joya en el ombligo.

Juliet soltó una carcajada al imaginarse a la reina madre con el ombligo al aire.

–Tú eres la que deberías vestirte de un modo más moderno, que a veces parece que eres tú mi abuela –dijo su hermana pequeña.

–Gracias por tus amables palabras.

–No estaba tratando de insultarte. Solo estoy diciendo la verdad. ¿Y no me insistes siempre en que debo decir la verdad?

–Pero solo cuando es apropiado.

–¿Y cuando no lo sea? –preguntó Jacqueline.

–Pues no digas nada.

–Bueno, pues cuéntame qué estabais haciendo Luc y tú.

–¡Jacqueline!

–¿Qué pasa? –preguntó ella, parpadeando.

Juliet se dio cuenta entonces de que su hermana se había puesto una sombra de ojos que hacía juego con el color de su pelo.

–Que no deberías preguntarme algo así. Además, no estaba pasando nada.

–No mientas.

–No tengo por qué darte explicaciones.

–¿Por qué no? Yo, sin embargo, siempre tengo que contarte todo

a ti. No es justo –protestó la adolescente.

En esos momentos, Juliet siempre echaba de menos a su madre, que sin duda sabría tratar mejor con su hermana.

–La vida no es siempre justa –remarcó Juliet–. Y creo que ya es hora de que las dos nos vayamos acostumbrando.

–Ah, Luc, me alegro de que hayas venido a verme –le dijo la reina madre, dándole la bienvenida en el salón Blanco.

Luc sabía que aquella era la habitación donde Juliet poco antes había estado tomando el té.

Todavía no se había recuperado del encuentro que había tenido con ella en su dormitorio. A Luc le gustaba mucho el orden y últimamente su vida se había convertido en un verdadero caos. Pero aquel no era momento para pensar en eso.

–He venido porque usted me lo ha ordenado.

–Tú eres el rey –señaló ella, arqueando una ceja–, así que nadie puede ordenarte nada.

–Alguna cosa buena debía tener este trabajo –replicó él–. ¿Y para qué me ha llamado entonces?

–Veo que eres un hombre al que le gusta ir directamente al grano –dijo ella en un tono duro.

–Eso suelen decir de mí.

–¿Quién, Juliet?

–Creo que acordamos que no hablaríamos de mi vida privada, ¿recuerda?

–Pero también acordamos que tú me llamarías abuela, ¿recuerdas? Y también me prometiste que vendrías a verme de vez en cuando.

Luc soltó un suspiro.

–Estuve contigo ayer por la mañana, abuela. Y fue entonces cuando prometiste no entrometerte en mi vida privada, ¿recuerdas?

–Bueno, ahora no es momento para discutir sobre eso. Te he llamado para hablar contigo acerca de la seguridad de nuestro país.

–Entonces, ¿por qué no está aquí también el primer ministro?

–El pobre hombre está en cama, creo que a causa de una gripe.

–¿Y qué es exactamente lo que quieres discutir acerca de la seguridad de St. Michel?

–Creo que deberían decírtelo Ariane y Etienne personalmente. Mira, aquí llegan, justo a tiempo.

El príncipe Etienne de Rhineland era un hombre seguro de sí mismo y con un aire majestuoso.

En cuanto a la princesa, Ariane, era una mujer bajita, rubia y de ojos azules, que tenía cierta debilidad por el riesgo, motivo por el cual se había prestado a ir a Rhineland a espiar a la familia real, tratando de averiguar algo sobre los rumores acerca de que el país vecino quería anexionarse St. Michel. De ese modo, se había enterado de que la familia real no estaba implicada en aquel asunto y, de paso, se había enamorado del príncipe Etienne.

Luc se sorprendió cuando la princesa se acercó y le dio un abrazo.

–Me alegro de volver a verte, Luc. Por cierto, siempre había querido tener un hermano mayor.

Luc se volvió hacia la reina madre, que sonrió ligeramente.

–Creía que habíamos acordado no decírselo a nadie.

–Pero es que Ariane es mi nieta.

Luc miró a Etienne, que se limitó a entornar los ojos, como diciéndole que era mejor no discutir con ellas.

–¿Es este entonces el motivo por el que me has hecho venir? –le preguntó Luc a la reina madre–. ¿Porque Ariane ha venido a visitarnos?

–No. Etienne y ella tienen que decirte algo importante.

–Tenemos que contarte algo acerca del grupo extremista, que se hace llamar Rhinelandeses por la Anexión o RA –le informó Etienne.

Luc asintió.

–Estoy al tanto de la existencia de esa organización.

–Hace tiempo que sospechamos que están planeando derrocar al gobierno de St. Michel. Pero como ya sabéis, mi familia no lo aprueba y así lo ha anunciado públicamente. Sin embargo, los del RA han sido hábiles y han sabido jugar con los sentimientos nacionalistas de nuestro pueblo.

–Entiendo –dijo Luc.

–Hace varias semanas, arrestamos a dos de sus líderes, pero sospechamos que solo eran la cabeza visible de la organización. Todavía no sabemos quién está detrás de todo esto.

–No tenemos ni idea de quien financia la organización –remarcó Ariane.

–Sí, alguien está gastando muchísimo dinero en ella –añadió Etienne–. Esta mañana temprano, hemos arrestado a Berg Dekker a su regreso a Rhineland.

–¿Berg Dekker? –Luc sacudió la cabeza, asombrado–. Lo conozco porque los ecologistas siempre lo están acusando por la contaminación que producen sus compañías.

De hecho, Luc llevaba tiempo preguntándose por qué St. Michel dejaba usar el río a sus petroleros para acceder al mar del Norte. En otros países europeos, a Dekker le habían puesto serias restricciones.

–¿Y por qué ha sido arrestado? –preguntó Luc.

–Porque hemos descubierto que ha estado dando dinero encubiertamente al RA. También le hemos desenmascarado como el cabecilla de un complot para desestabilizar la economía de Rhineland. Eso le serviría para derrocar al rey y aparecer él como salvador de la patria.

–¿Y en qué afecta esto a St. Michel? –preguntó Luc.

–Ya veis que Luc es un hombre muy directo –dijo la reina madre, excusándose.

–Eso le convertirá en un gran rey –aseguró Ariane–. Es bueno saber separar lo esencial de lo secundario.

–En cualquier caso, Etienne –dijo entonces la reina madre–, ¿en qué afecta ese tal Dekker a St. Michel?

–Después de desestabilizar Rhineland, planea anexionarse St. Michel. Al menos, ese era su plan antes de reunirse con la reina Celeste.

–¿Se ha visto con Celeste?

–Eso pretende. No tenemos pruebas de que esté diciendo la verdad, pero Dekker jura que Celeste le llamó para hacerle una propuesta –explicó Etienne–. Al parecer, ella le prometió usar el río St. Michel libremente a cambio de que ayudara a su hijo a acceder al trono.

–¡Por todos los demonios! –exclamó la reina madre.

–Tranquila, abuela –trató de tranquilizarla su nieta Ariane.

–Pero no tenemos pruebas de que sea cierto –insistió Etienne–. Celeste niega que esa reunión tuviera lugar y asegura que Dekker

solo está tratando de desestabilizar St. Michel, igual que quería hacer con Rhineland.

–Pero no la creemos –dijo Ariane–. Luc, escucha, Etienne y yo hemos venido a advertirte contra Celeste. Esa mujer esta dispuesta a lo que sea con tal de que su hijo sea proclamado rey. Así que quizá sea el momento de decirle que tú eres el legítimo heredero.

–Seguramente ya lo sabe. Quizá por eso…

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Ariane.

–Nada –respondió Luc–. Es solo que Juliet sospecha que hay algo raro en un par de incidentes en los que me he visto envuelto.

–¿Qué clase de incidentes? –quiso saber Ariane.

Luc les contó lo de la gárgola y lo del puesto de bebidas en el parque de atracciones.

–Pero no parece el trabajo de un profesional. Si Celeste quería eliminarme, hay formas mucho más efectivas de hacerlo.

–No la subestimes –le advirtió Ariane–. Esa mujer es muy peligrosa.

–¡Han arrestado a Dekker! –anunció Claude, muy excitado, entrando en el apartamento de Celeste.

–Tranquilízate, Claude.

–¿Es que no me has oído? Dekker ha sido arrestado esta mañana a su regreso a Rhineland. Ha salido en todos los periódicos. Dicen que tenía la intención de derrocar al gobierno de su país.

–Bueno, nosotros no tenemos nada que ver con eso.

–No, pero hicimos un trato con él hace unos días. Seguro que nos delatará.

–Ya lo ha hecho. Pero yo lo he negado –dijo ella, mirándose las uñas, perfectamente arregladas–. Así que no te pongas nervioso.

–Pero, ¿cómo no voy a ponerme nervioso si acaban de arrestar al hombre con el que hicimos un trato ilegal?

–No hay nada ilegal en ese trato. Y en cualquier caso, no tiene tanta importancia. Nuestro principal problema sigue siendo Luc.

–¿Luc? –preguntó Claude, perplejo.

–No podemos dejar que lo coronen.

–¿Quieres decir que volvemos al plan original de matarlo?

–No tenemos más remedio.

–¿Y cómo es entonces esto de la realeza? –preguntó Luc desde la silla de su despacho.

–A mí me gusta –contestó Etienne, sentado enfrente de él.

Habían estado revisando el caso contra Dekker. Etienne le había enseñado a Luc todos los informes que tenían al respecto. Luego este último había sacado una botella de brandy y habían pasado a hablar de temas más personales.

–A mí también me gusta mi trabajo –se lamentó Luc–. Me va a costar dejarlo.

Luc se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

–Luego está lo de la vida privada –siguió hablando–. Tú al fin y al cabo te has casado con una princesa, pero, ¿y si quieres tener una relación con alguien que no sea de la realeza?

–¿Quieres casarte con una mujer sin ningún título?

–Yo no he hablado de casarme.

–Entonces, ¿de qué estás hablando?

–La verdad es que no lo sé exactamente –murmuró Luc, dirigiéndose a la ventana y observando la fuente en la que había besado a Juliet.

–¿Estás pensando en alguna mujer en concreto?

–Sí, no puedo quitármela de la cabeza.

–¿Y piensas que es una mujer adecuada? –le preguntó Etienne.

–Para mí sí, pero para el rey de St. Michel no lo sé.

–¿Y no puedes tener una relación con ella sin casarte?

–No lo sé –Luc se mesó el cabello antes de beber un trago de brandy–. Últimamente no consigo pensar con claridad.

–Yo he tenido casi treinta años para acostumbrarme a mi porvenir, pero tú solo has tenido unas pocas semanas. Es normal que estés confuso.

–Y la reina madre me ha asegurado que esta noche el consejo aceptará mi petición y me proclamará rey en cuarenta y ocho horas como máximo.

–Eso no te va a dejar mucho tiempo para aclarar las ideas.

Cuando Etienne se retiró poco después, Luc volvió a sentarse

frente a su escritorio para tratar de terminar el papeleo que tenía pendiente. Si iba a tener que dejarle su puesto a otra persona, quería dejarlo todo en orden. Y eso a pesar de que le fastidiaba pensar que iba a tener un sustituto.

Estaba pensando en eso cuando, al cerrar un informe, algo cayó al suelo. Era la carta de su madre. Juliet debía haberla dejado allí cuando había ido a verlo la otra mañana.

«Léela, Luc», casi podía oír la voz de Juliet. «Lee la carta».

Finalmente abrió el sobre.

Querido hijo:

Si estás leyendo esta carta es porque Albert ya te ha contado quién es tu verdadero padre. Así que quiero explicarte las razones por las que me vi obligada a engañarte.

Imagino que estarás enfadado conmigo por haberte ocultado quién era tu padre biológico, pero no quería que sufrieras al enterarte de que eras hijo ilegítimo. Cuando los padres de Philippe me dijeron que el matrimonio no era válido porque yo era menor de edad, algo dentro de mí se rompió para siempre. Quizá debería haber sido más fuerte y haber obrado de un modo diferente.

Solo te puedo decir que siempre te he querido. Siempre has sido y siempre serás mi hijo querido, la luz de mi vida. Por favor, perdóname.

Tu madre, que tanto te quiere.

Las últimas palabras estaban ligeramente emborronadas. ¿Habría llorado su madre?

Luc se quedó mirando la carta con gesto tenso. Su madre había muerto sin saber que su matrimonio con Philippe sí era legal. Le dolió mucho la injusticia que habían cometido con ellos.

–¿Luc?

Por un momento, creyó que le estaba hablando su madre, pero en seguida se dio cuenta de que era la reina madre.

–¿Estás bien? –dijo, entrando al despacho.

–¿Por qué? –le preguntó, lanzándole una mirada furiosa–. ¿Por qué le dijisteis a mi madre que el matrimonio no era válido?

–Ah –la reina madre se sentó en una silla y por primera vez le pareció a Luc que representaba su edad–. Me estaba preguntando cuándo saldría eso a la luz.

–Me escribió una carta.

–Entiendo. ¿Y me maldice en ella?

–No. Me la escribió para pedirme perdón.

–¿Y la has perdonado?

Él dudó un momento y finalmente asintió. Después de leer aquella carta, sí podía perdonarla.

–Bien. Pero ahora no estás seguro de poderme perdonar a mí, ¿no es eso?

–Así es.

–Ah, Luc, ponte en mi situación. El padre de Katie era un simple empleado de una empresa americana. Y en aquella época era muy importante la posición social. Pero te lo voy a contar todo más despacio.

La reina madre hizo una pausa.

–Katie vino a Europa con su padre y aquí conoció a Philippe. Después de quedarse embarazada de él, se fueron a París y se casaron sin decirle nada a nadie. Al enterarse, el rey Antoine, mi marido, le dijo a Katie que el matrimonio no era legal porque ella tenía solo diecisiete años.

–¿Cómo pudisteis? –Luc seguía muy enfadado.

–Yo no sabía si aquello era cierto, pero en cualquier caso el rey Antoine siempre tenía la última palabra en todo. Así que si él decía que no era legal, pues no lo era. Por otra parte, el rey le dijo al padre de Katie que si aquella noticia se hacía pública, se encargaría de que lo despidieran. Luego le dio una generosa suma de dinero y el hombre se llevó a su hija con él.

La reina madre soltó un suspiro.

–Yo me arrepentí más adelante, al ver que Philippe pasó el resto de su vida intentando volver a encontrar el tipo de amor que había compartido con tu madre –la voz le tembló de emoción–. Muchas veces pensé que Katie debería haberse venido a vivir a palacio. Así te habrías criado con nosotros. Pero eso ya es pasado y ahora solo podemos pensar en el futuro.

La mujer tendió la mano hacia él y Luc se dio cuenta de que no llevaba el diamante que el rey Antoine le había regalado.

–¿Dónde está el anillo?

–Lo he guardado en la cámara acorazada, como símbolo de que debemos olvidar el pasado. Yo, a mis setenta y tantos años, quizá

sea algo vieja para empezar de cero, pero te aseguro que estoy dispuesta. ¿Y tú, Luc? Como me dijiste, tengo que aprender a dejar de dar órdenes y a pedir las cosas. Por eso he venido.

La mano que había extendido hacia él comenzó a temblar; sus ojos estaban llenos de incertidumbre.

–Para pedirte… no… para rogarte que me perdones y me des la oportunidad de redimirme.

Luc agarró la mano de ella y luego se arrodilló y abrazó su cuerpo, sorprendentemente frágil.

–Bienvenido a casa, hijo.

Capítulo 10

Juliet se levantó al día siguiente al amanecer y salió a dar un paseo por los jardines de palacio para tratar de ordenar sus ideas. Apenas había podido dormir la noche anterior, pensando en lo que había pasado con Luc.

A pesar de que siempre había creído que debía esperar a después de casarse para entregarle la virginidad a su marido, Luc había estado a punto de hacerla suya. Aquel hombre tenía el poder de hacerle perder todo el sentido común cuando estaba a su lado.

¿Qué habría pasado si su hermana no los hubiera interrumpido? ¿Habrían llegado a hacer el amor? ¿Se habría dado cuenta él de que era virgen? ¿Le habría importado?

Juliet suponía que Luc estaba acostumbrado a tratar con mujeres mucho más experimentadas que ella. Pero eso no parecía haberle importado a juzgar por cómo se había excitado el día anterior.

Solo el recordarlo le hacía sentirse débil. Así que trató de concentrarse en el estupendo día primaveral. Las rosas del jardín estaban empezando a florecer, los pájaros cantaban saltando de rama en rama, y se respiraba una gran paz.

Pero de repente oyó el llanto de alguien. Cuando se acercó hasta el lugar de donde procedían los sollozos, vio que se trataba de Yvette, la mujer del jardinero jefe. Estaba sentada en un banco y tenía la cesta de su hija a su lado.

–¿Qué sucede, Yvette? –Juliet le pasó un brazo por detrás de los hombros.

La otra mujer no dijo nada.

–¿Es el bebé?

Yvette comenzó a llorar con más fuerza.

–Iré a buscar al médico de palacio –dijo Juliet, alarmada.

–¡No! –Yvette agarró a Juliet.

–Pero si la niña está enferma es mejor que la vea el médico.

–No está enferma.

–¿Y qué es lo que pasa entonces? Llevas unos días muy rara.

Yvette se secó las lágrimas y miró a Juliet con una expresión llena de dolor.

–No sé que hacer. Juré que no se lo contaría a nadie, pero no puedo vivir después de lo que hice.

–¿Es algo relacionado con tu marido? –le preguntó Juliet.

–No quería hacerlo –Yvette se puso de nuevo a llorar–. Le dije a mi marido que estaba mal, que por mucho dinero que ganara con ello, no había justificación ninguna.

Juliet le dio un golpecito cariñoso en la espalda.

–Sigue.

–La madre de mi marido está enferma y necesitaba un tratamiento muy caro. Las deudas comenzaron a aumentar y estábamos muy preocupados. Fue entonces cuando ella vino a nosotros con su oferta.

–¿Quién vino?

–Celeste, o mejor dicho, un representante suyo.

–¿Un hombre o una mujer?

–Un hombre. El doctor Mellion.

A Juliet nunca le había caído bien el médico de Celeste. Era un hombre muy arrogante.

Yvette continuó hablando.

–Vino a nosotros y nos ofreció el dinero suficiente para pagar todas las facturas del tratamiento de mi suegra y mucho más.

–¿A cambio de qué?

–De mi hijo –contestó en voz baja Yvette.

–Pero si tuviste una niña, ¿no?

Yvette miró nerviosamente hacia atrás.

–Quizá no debería haberle contado nada de esto.

–Yo creo que sí, que debes contármelo todo –afirmó Juliet–. ¿Te dijo el doctor para qué quería a tu hijo?

–Era solo en el caso de que Celeste tuviera una niña.

–Entonces ella tuvo un niño y tú una niña, y el trato quedó anulado, ¿es así?

Yvette sacudió la cabeza, agitando su cabello rizado.

–No, no quedó anulado. Ojalá hubiera sido así. De verdad que daría lo que fuera por que se hubiera anulado. Pero no fue así.

–¿Qué quieres decir? No te entiendo, Yvette.

–Vendí a mi hijo a la reina.

–¿Y la niña que tuviste?

–Es de la reina –confesó finalmente Yvette con voz trémula.

–Pero, ¿cómo… ?

–El doctor Mellion cambió los niños poco después de que nacieran. Cuando se descubrió que la reina Celeste había dado a luz a una niña, su doctor y su ayudante vinieron por mi hijo. Yo había dado a luz pocas horas antes. Apenas tuve tiempo de ver a mi hijo, de tenerlo a mi lado. Me lo quitaron de los brazos. Les supliqué que no se lo llevaran –recordó Yvette, cuyo rostro estaba mojado por las lágrimas–. Pero se lo llevaron y me trajeron a la niña.

Juliet estaba sorprendida por lo que acababa de descubrir. Siempre había sabido que la reina Celeste no era una mujer de fiar, pero nunca se le habría ocurrido que pudiera llegar tan lejos como para robar el hijo de otra mujer y darle el suyo a cambio. Había sospechas de que no fuera el hijo del rey, sino de algún amante, pero nadie había sospechado que Celeste no fuera la madre.

–Oh, Yvette –Juliet la abrazó–. Siento mucho lo que Celeste os ha hecho pasar.

–Hicimos un trato con el diablo y teníamos que pagarlo. Pero no es justo que paguen también dos criaturas inocentes. Yo quiero a mi hijo.

–Ya lo sé. No te preocupes, te lo devolveremos. Y ahora, sécate las lágrimas. Hablaremos con Luc y se lo contaremos todo.

–Nos mandarán a la cárcel –exclamó Yvette, temblorosa.

–No, a vosotros no. Quizá al doctor sí, pero no a vosotros.

–Pero nosotros vendimos a nuestro hijo.

–No fue idea vuestra y tu marido aceptó porque necesitaba el dinero para su pobre madre. Nadie puede culparlo por ello, aunque tengan que hacerle algunas preguntas. Los únicos culpables son Celeste y el doctor.

–¿De verdad cree que podremos recuperar a nuestro hijo sin ir a la cárcel? –por primera vez, un brillo débil apareció en los ojos sombríos de Yvette.

–Estoy segura de ello. Vamos, sécate las lágrimas –repitió Juliet.

De repente, alguien llamó a Juliet con urgencia desde fuera.

–Estoy aquí –contestó ella.

Henri, uno de los lacayos, llegó corriendo.

–La hemos estado buscando por todas partes, señorita Juliet.

Debe venir ahora mismo. Ha habido un accidente.

–¿Un accidente? –preguntó, notando que se le erizaba el vello de la nuca.

–Sí, se trata de Luc Dumont. Ha preguntado por usted y me han dicho que la lleve con él. Venga, no podemos esperar. ¡Cada segundo cuenta!

–¿Qué ha pasado? ¿Está herido?

–Sí, las heridas son graves. Su vida corre peligro.

El corazón de Juliet se detuvo un instante. Luc estaba herido de gravedad. La peor de sus pesadillas se había hecho realidad. Se quedó bloqueada y no pudo respirar ni decir nada.

–Y tú, acompáñanos –le ordenó Henri a Yvette–. Me temo que la señorita Juliet va a necesitar consuelo cuando vea a Luc. Acompáñanos.

–Pero no puedo dejar sola a mi hija.

–Pues tráela con nosotros –contestó Henri–, pero date prisa. O cuando lleguemos será demasiado tarde. Hay un coche esperándonos.

Aterrorizada, Juliet asintió y miró a Yvette, para que esta hiciera lo que Henri le había ordenado. Momentos después, estaban en el coche negro. Fue entonces cuando Juliet se dio cuenta de que no estaban solos. Claude Guignard, el ministro de Energía de St. Michel iba con ellos en el coche.

–Parece grave. Lo siento mucho –dijo, agarrándole con delicadeza la mano.

–¿Estaba usted con Luc? ¿Qué sabe del accidente?

–Hubo una explosión. Me dijeron que viniera a buscarla.

«Por favor, señor, que siga vivo. ¡No permitas que muera!».

Juliet repitió esa oración una y otra vez mientras iban a toda velocidad hacia el centro de St. Michel.

–No ha girado hacia el hospital –aseguró inquieta Juliet.

–Luc no está en el hospital.

–¿Por qué no?

–Ha sido herido en los almacenes que hay cerca del río y no se atreven a moverlo hasta que su estado se estabilice. Si lo movemos, quizá muera.

¿Qué estaría haciendo Luc en esos almacenes? ¿Habría estado siguiendo la pista del grupo rebelde de los Rhinelandeses por la

Anexión? ¿Estarían ellos detrás de ese accidente? En St. Michel nunca había habido terrorismo en el pasado, pero el mundo estaba cambiando mucho. Y si el ministro de Energía estaba al tanto, quizá era porque el accidente guardaba alguna relación con el petróleo. ¿Quizá por eso había sucedido en el río, donde llegaban y salían barcos de carga con frecuencia?

–Llegaremos en un minuto o dos –le aseguró Claude.

Efectivamente, el vehículo se detuvo poco después frente a uno de los almacenes. Juliet salió del coche sin pensarlo.

–¡Henri, llévame donde está Luc!

–Síganme –le ordenó Claude.

Claude los llevó al interior del almacén. La diferencia entre la brillante iluminación exterior y la oscuridad del almacén los obligó a detenerse un momento. Juliet trató de orientarse.

–No lo veo. ¿Dónde está?

–En el pequeño almacén que hay un poco más allá –le explicó, apartándose para que ella fuera delante.

En cuanto Juliet e Yvette entraron en la pequeña estancia, la puerta se cerró de golpe.

Allí la luz era incluso menor, ya que provenía únicamente de un pequeño ventanuco que había cerca del techo. No había allí señales de Luc ni de nadie.

Juliet empezó a tener una sensación extraña. Se volvió hacia la puerta cerrada.

–Claude, abre la puerta –le ordenó–. ¡Ábrela inmediatamente!

–Me temo que no puedo hacer eso, Juliet.

El bebé comenzó a llorar.

Juliet se dio cuenta de que había sido todo un ardid.

–Luc no está aquí, ¿verdad? Me lo has dicho solo para traerme aquí. Pero, ¿por qué?

–Porque escuché cómo Yvette te lo confesaba todo, la pobre idiota, y tenía que hacer algo antes de que se lo contaras a Luc.

–Claude, no me creo seas capaz de esto –replicó Juliet con un tono de voz más firme todavía–. No puedes encerrarnos aquí.

–Puedo y lo haré hasta que se me ocurra qué podemos hacer con vosotras. No os molestéis en chillar, los almacenes de al lado están desiertos en esta época del año. Nadie os oirá.

–Luc vendrá a buscarme. Nos encontrará.

–No, no os encontrará. Ya me aseguraré yo.

La puerta del salón Blanco se abrió y golpeó contra la pared. Luc, automáticamente, se puso en actitud defensiva. Sabía que nunca debía quedarse de espaldas a una puerta. Era parte de su entrenamiento. Cuando vio que era solo Jacqueline, se relajó. Luego se puso nervioso otra vez al pensar que la adolescente podía haber ido a contarle a su abuela que el día anterior lo había encontrado con Juliet en la cama.

Trató de leer su expresión y le pareció asustada. ¿Por qué?

–Una princesa no puede entrar en una habitación como si hubiera un incendio –la regañó la reina madre–. Ya te lo he dicho anteriormente.

–¿Has visto a Juliet? –preguntó la muchacha, respirando entrecortadamente.

–No –contestó la reina madre, totalmente relajada, a pesar del aspecto alterado de su nieta.

–¡Ha desaparecido! –gritó Jacqueline.

La reina madre siguió sin inmutarse.

–¿De qué estás hablando? No debes ser tan dramática, Jacqueline.

Pero Luc se tomó aquello muy en serio.

–¿Cuándo la has visto por última vez?

–Anoche. Y esta mañana dejó una nota en mi puerta, en la que me decía que se iba a dar un paseo por los jardines de palacio. Pero de eso hace ya varias horas.

–¿Has dicho a los vigilantes que la busquen por los jardines?

Jacqueline asintió.

–Sí, y también la he buscado por todo el palacio. No está ni en su estudio, ni en su dormitorio. Y ninguno de los criados la ha visto tampoco. Alistair ya ha preguntado a todo el mundo.

–¿Has ido a las caballerizas? Allí están sus gatos…

–Sí, he estado allí también. Pero nadie la ha visto en todo el día.

–Estoy segura de que no le ha pasado nada –dijo la reina madre.

–Entonces, ¿dónde está?

–Vamos, te ayudaré a buscarla –se ofreció Luc.

–Pero, Luc, ¿y qué me dices de Celeste? –protestó la reina

madre–. Tienes una reunión con el primer ministro para hablar de la situación.

La respuesta de Luc fue muy corta.

–Celeste y el primer ministro pueden esperar. Juliet es más importante que todo eso.

–¿Qué otras canciones te sabes, Yvette? –le preguntó Juliet.

Se había subido a una de las cajas de madera que había por allí, intentando alcanzar el ventanuco. Unos pocos centímetros más y conseguiría ver el exterior. Y así vería si había alguien fuera. Mientras tanto, necesitaba que Yvette siguiera haciendo ruido como fuera. Había cantado ya todo tipo de canciones, desde nanas, hasta canciones de Madonna. Siempre había la posibilidad de que alguien que pasara por allí las oyera. Habían estado gritando y pidiendo auxilio durante casi una hora, pero eso solo las había hecho asustarse más y quedarse roncas. Entonces fue cuando a Juliet se le ocurrió lo de las canciones.

–No puedo seguir cantando, señorita.

–Sí que puedes. No puedes rendirte, Yvette.

–¡No vamos a conseguir nada! –gritó la mujer–. ¿No has oído lo que ha dicho ese hombre? Seguro que están planeando meternos en un barco de carga, camino de Sudáfrica. ¡No volveré a ver a mi hijo!

–Yvette…

–¡Van a salirse con la suya! Van a matar a Luc y a poner de heredero a mi hijo. La reina Celeste va a ganar.

–No sigas diciendo eso –Juliet saltó de la caja y agarró a Yvette por los hombros–. Mírame y escúchame bien. Nadie va a hacer daño a Luc. Él lleva muchos años trabajando como jefe de seguridad y está bien entrenado. Él nos encontrará, y hasta que eso suceda, nosotras tenemos que estar tranquilas y no hacer tonterías. ¿Me entiendes?

Yvette asintió.

–Bien. ¿Te sabes canciones de Britney Spears? –le preguntó Juliet, subiéndose de nuevo a la caja–. Al parecer, es la cantante favorita de mi hermana.

–¿Me crees ahora cuando te digo que Juliet ha desaparecido? –le preguntó Jacqueline a Luc, después de haber buscado de nuevo por los jardines sin resultado.

Luc trataba de mantener la calma.

–Uno de los jardineros me dijo que la había visto entrar esta mañana en la casa del jardinero jefe.

–Sí, ya lo he oído, pero ahora no hay nadie en esa casa. Hemos estado llamando un buen rato e incluso te has metido por una de las ventanas para ver si encontrabas algo sospechoso, ¿no?

–Es cierto.

Luc no había visto nada dentro que indicara que hubieran forzado la puerta. Luego se habían encontrado con un niño que vivía en la casa de al lado y se habían acercado a preguntarle.

–¿Conoces a Juliet Beaudreau?

El chico, que parecía más interesado en el ombligo de Jacqueline que en la pregunta de Luc, simplemente asintió y tragó saliva.

–¿La has visto hoy?

El muchacho volvió a asentir.

–¿Sabes dónde está?

–Un hombre vino y se las llevó –contestó el chico–. Se llevó a la mujer del jardinero y a Juliet.

–¿Quién era ese hombre?

–Henri, el criado.

–El criado favorito de Celeste –comentó Jacqueline–. Vamos a ver si lo vemos.

–Tú vete con tu abuela. Iré a buscar a Henri yo solo.

–Seguro que ya se ha marchado del palacio –le avisó Jacqueline–. Si se ha ido, busca a Celeste.

Luc iba a decirle a Jacqueline que no necesitaba los consejos de una niña de doce años, pero vio en sus ojos, ojos muy similares a los de Juliet, tal miedo, que la miró con cariño.

–No te preocupes, Mocosa. La encontraré.

–Espero que así sea, Superespía –contestó Juliet con una fingida alegría–. Juliet es especial. No podemos perderla.

Luc dejó a Jacqueline al cuidado de la reina madre antes de llamar a Alistair, uno de los camareros de palacio, y preguntarle por

Henri. Como Jacqueline había sospechado, este se había marchado, así que Luc se dirigió a toda prisa a las habitaciones de Celeste.

Llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, la abrió.

–¿Cómo te atreves a entrar en mis aposentos sin permiso? –Celeste iba vestida elegantemente–. ¿Quién te crees que eres?

–Soy el rey de St. Michel y quiero saber qué has hecho con Juliet.

–Todavía no eres el rey –dijo ella, sonriendo.

–¿Es una amenaza? Amenazar al monarca es un ofensa que puede ser castigada con la cárcel, Celeste. Y no creo que quieras pasarte el resto de tus días en prisión, ¿o sí?

Celeste se quedó pensativa al oír el tono de voz de Luc.

–No sé de qué me estás hablando. No te he amenazado. Soy solo una mujer que está todavía débil por haber dado a luz al hijo del rey.

–Tú nunca has estado débil.

Celeste se enorgulleció por el comentario de él y colocó una mano conciliadora sobre su brazo.

–Quizá deberíamos trabajar juntos, Luc. Para unir St. Michel. Si te casaras conmigo, la gente te aceptaría como rey.

Luc se apartó de ella con desdén.

–No me casaría contigo aunque fueras la última mujer que quedara sobre la faz de la Tierra. Así que deja tus miraditas y tus manos quietas. No me gustan las mujeres como tú.

Celeste lo miró, por primera vez, con miedo. ¡Dios! Luc tenía un aspecto terrible. Tenía la expresión que utilizaba con los criminales más duros y los terroristas. Y su voz era tan amenazadora como su expresión.

–Tienes diez segundos para decirme qué has hecho con Juliet. Y te juro que si le haces algún daño, lo pagarás con tu vida.

Celeste abrió los ojos de par en par.

–No fue idea mía. Claude tiene la culpa.

–¿Claude?

–Claude Guignard. Se asustó y se llevó a Juliet.

–¿Dónde? –preguntó Luc, inclinándose sobre Celeste, que se había sentado en el sofá de la lujosa salita.

–No lo sé.

–No me lo creo. Tus diez segundos se están acabando. No me

obligues a utilizar la fuerza.

–En los almacenes –balbució Celeste–. La llevó a los almacenes del río… la encontrarás en uno de ellos.

–Será mejor que reces para que la encuentre sana y salva.

Un segundo después, Luc cerró la puerta y oyó el ruido de algo que chocaba contra la pared, acompañado de una maldición.

–No dejéis salir ni entrar a nadie –ordenó Luc a los vigilantes que estaban a cada lado de la entrada–. Bajo ninguna circunstancia.

Capítulo 11

Luc oyÓ a Juliet antes de verla. La oyó cantando una canción de Sting. Con todas sus fuerzas.

Los miembros del equipo de seguridad que lo acompañaban abrieron el almacén y luego la habitación donde estaban encerradas. Nada más verla, la tomó en sus brazos.

Ella insistió en contarle lo del hijo de Celeste, pero a él no le importaba nada de aquello en esos momentos. Solo le importaba ella.

–¿Estás bien? –agarró el rostro de ella entre sus manos–. ¿Te han hecho daño?

–Estoy bien. Y feliz de que estés aquí.

Luc la abrazó y la besó por toda la cara.

–Luc, estoy intentado decirte algo muy importante. Celeste cambió a su bebé por el de Yvette –dijo, señalando la cesta.

–Sí, y parece que tiene unos pulmones casi tan buenos como los de Celeste –apuntó Luc.

Juliet soltó una carcajada.

–Hay que cambiarle el pañal. Al bebé, digo, no a Celeste. Estoy diciendo tonterías, ¿verdad? Sabía que vendrías. He estado todo el rato repitiéndomelo. Tengo mucha sed –añadió.

Luc le dio una botella de agua e hizo una señal a sus hombres para que les dieran también agua a Yvette y al bebé.

–Salgamos de aquí y volvamos a palacio –dijo Luc, conduciendo a Juliet del brazo hasta el coche.

–¿Me has oído lo que te he dicho sobre Celeste y el cambio de los niños? –le preguntó Juliet mientras el coche se deslizaba a toda velocidad por las calles del centro de St. Michel.

–Sí, lo he oído –contestó Luc, que seguía agarrado a Juliet, como si tuviera miedo de que pudiera desaparecer en cualquier momento.

–He prometido a Yvette que le devolverías a su hijo.

–Y eso haré –contestó Luc, pasándose la mano por el pelo.

–No pareces sorprendido por lo que te he contado.

–De Celeste ya no me sorprende nada.

–Ya te dije que estaba tramando algo.

–Aparte de cambiar a su hija, también ha estado conspirando con Berg Dekker para derrocar los gobiernos de St. Michel y Rhineland.

–¡Caramba! Sí que ha debido estar ocupada. ¿Y dónde está en estos momentos?

–Bajo arresto domiciliario, en palacio.

–¿Entonces todo ha acabado?

–Un capítulo, al menos, sí ha acabado, pero está empezando otro –contestó él, agarrándola de la barbilla y mirándola a los ojos.

Juliet tragó saliva y sintió un nudo en el estómago. Cuando pensaba en el futuro, se ponía muy nerviosa.

–La reina madre me ha dicho que el Consejo se va a reunir pronto para declararte rey. Imagino que esto acelerará las cosas.

Luc asintió y su expresión se hizo más solemne. Quizá fuera a decir algo, pero habían llegado a palacio y el primer ministro comenzó a hacerle preguntas nada más bajar del coche.

Juliet y Luc tuvieron que separarse, debido a todas las personas que estaban esperándolos en la entrada de palacio.

–¡Juliet! –gritó Luc.

–Estará bien con la reina madre –le aseguró el primer ministro–. No se preocupe, Majestad. Hoy por la mañana queremos anunciar a todo el país su coronación.

«Majestad», repitió en silencio Luc. El primer ministro le acababa de llamar «majestad» y por primera vez fue verdaderamente consciente de su situación. Ya estaba. No tenía más tiempo para asumirlo. No más lecciones de protocolo ni ensayos de ningún tipo. Se había acabado.

–¿Estás preparado para el baile de esta noche? –le preguntó la reina madre dos días después mientras tomaban té en el salón Blanco.

–Sí, señora –contestó Juliet.

–Ya te he dicho que me llames Simone. O abuela, como hace Jacqueline.

–Sí, señora… digo abuela –contestó Juliet con las mejillas

encendidas, dejando su taza de té sobre la mesa.

Le temblaban las manos y sentía que su vida estaba cambiando hacia algo desconocido. No había visto a Luc desde que el primer ministro lo había apartado de ella, casi cuarenta y ocho horas antes. O por lo menos, no en persona. Lo había visto en la televisión, cuando Luc dio un discurso a la nación. La reina madre había salido a su lado y también las tres princesas. Pero ella no. Como siempre, la habían dejado fuera.

–Está nerviosa por la fiesta de esta noche –dijo su hermana Jacqueline.

El tinte rojizo se le había ido y tenía el pelo castaño, que era su color natural.

La reina madre pareció sorprenderse.

–¿Por qué te pones nerviosa, Juliet? No es la primera fiesta real a la que asistes.

–La de esta noche es diferente.

–Quiere estar muy guapa para Luc.

–¡Jacqueline!

Juliet estuvo tentada de tirarle la bandeja de pastas a su hermana.

Luego comenzó a pensar de nuevo en Luc. Tal como le había prometido, él había devuelto a Yvette a su hijo. Yvette había ido a ver a Juliet para decírselo y también para informarle de que Celeste había escapado de palacio con Claude, su amante.

La hija de Celeste se había quedado en palacio con una niñera para que le hicieran las pruebas del ADN y confirmar así su paternidad. Si se demostraba que Claude era el padre biológico, Yvette se había ofrecido a criarla junto con su hijo. Pero si resultaba que era hija de Philippe, Luc había prometido hacerse cargo de ella.

Juliet comprendía que Luc debía estar muy ocupado con todo lo que estaba sucediendo, pero al menos podría haberla llamado. Luc se había mudado ya a los aposentos reales. Lo sabía por los empleados, a los que se sentía más unida que a la familia real.

–¿Pensando en Luc? –bromeó Jacqueline.

Juliet agarró una pasta para tirársela a su hermana, pero de nuevo se contuvo.

–No, estaba pensando en la fiesta de esta noche. Hace mucho que no hay una fiesta así de importante. La reina Regina una vez

hizo una fiesta en los jardines e invitó a todo el pueblo de St. Michel. Creo que asistieron cuatrocientas personas.

–Bueno, nosotros no hemos ido tan lejos, pero todas las personas importantes vendrán esta noche. No solo la aristocracia, sino también los hombres de negocios y la gente de la cultura –dijo la reina madre, dando un pequeño sorbo a su té–. La fiesta es para presentar en sociedad al nuevo rey. Como sabes, la coronación tendrá lugar a finales de esta semana.

–Dentro de dos días. No sabía que se podía preparar todo con tal rapidez –comentó Juliet.

–El proceso es el mismo de hace cien años y estábamos esperando desde el fallecimiento de mi hijo.

–Juliet, ¿qué te vas a poner? ¿El vestido de Versace que llevó Jennifer López en los Grammy? –los ojos de Jacqueline brillaron maliciosamente.

–No, la que va a llevar ese vestido soy yo –replicó la reina madre sin pestañear.

Juliet y Jacqueline se echaron a reír. Jacqueline, con verdadera alegría, Juliet con culpabilidad. Luego se llevó la mano a los labios y miró a la reina madre de reojo. Pero al ver la sonrisa de la anciana se relajó.

–Estoy segura de que estarás muy guapa con él… abuela –dijo Juliet.

–Gracias, Juliet. ¿Y tú? ¿Qué te vas a poner esta noche?

–Probablemente algo que la cubra desde la cabeza a los pies –replicó Jacqueline.

–Como no puedo ponerme el famoso vestido de Versace… –respondió Juliet, sonriendo–… tendré que ponerme otra cosa.

–Algo que te cubra de la cabeza a los pies –repitió Jacqueline, tomando una pasta de la bandeja.

–No hace falta que busques nada –dijo la reina madre, haciendo un gesto al empleado que estaba al lado de la puerta para que la abriera.

Entonces entró una mujer que llevaba puesto un precioso vestido de color verde.

–Esta es Madame Chantille, la mejor diseñadora de Europa.

–Es muy amable, alteza.

–Y estas son mis nietas. ¿Cree que podrá prepararlas para la

fiesta de esta noche?

Madame Chantille observó a ambas durante unos instantes y luego asintió.

–Déjelo en mis manos, señora, y las convertiré en el centro de atención de todas las miradas.

Luc trató de no impacientarse mientras su ayuda de cámara le ponía la chaqueta. Llevaba más de veinte años vistiéndose él solo, pero como era el rey, ya no se le permitían tales lujos.

El atuendo real era azul oscuro y rojo, los colores de la bandera de St. Michel. La chaqueta, de estilo militar, llevaba colgadas varias medallas en el bolsillo superior. Cada una pertenecía a un episodio de la historia del país. Luc no había tenido tiempo de aprender de dónde venían todas, ya que había estado ocupado memorizando lo que tenía que decir en la ceremonia de coronación que tendría lugar el domingo.

El Consejo había preparado una ceremonia privada de presentación para que Luc asumiera su posición inmediatamente. ¡Y qué cantidad de trabajo le esperaba! Había tenido reuniones constantes con los miembros del gabinete de gobierno y había dormido poco desde que se había mudado a palacio, pero lo que más le dolía era no haber visto a Juliet.

Le había enviado un ramillete de flores y un mensaje para que le reservara el primer baile de la noche. También había asignado a un miembro de seguridad para que la vigilara. Quería asegurarse de que no corría peligro, a pesar de que Celeste y Claude estaban de camino a Sudamérica, a un país donde no hubiera tratados de extradición con St. Michel. Se había alegrado mucho al enterarse de que las joyas que se había llevado Celeste eran falsas, ya que la reina madre había sustituido las verdaderas cuando su hijo había hecho público su matrimonio con Celeste.

A Luc le era más fácil pensar en el rey Philippe como el hijo de la reina madre que como su propio padre. Porque en el fondo de su corazón, su padre seguiría siendo siempre Albert. Este le había mandado una carta diciéndole que sentía mucho no poder asistir a la fiesta, pero que sí que iría a la ceremonia de coronación.

En cuanto a él, el saber que iba a ver a Juliet aquella noche era

una de las cosas que más lo animaba a ir. Su ayudante le puso la banda real en el pecho y luego prendió en ella la Cruz de St. Michel. Luc, al mirarse al espejo, vio al nuevo rey.

Veinte minutos después, llegó al salón de Cristal y… vio a Juliet.

A Juliet nunca le había parecido tan bonito el salón de Cristal. Excepto quizá la noche que había estado allí con Luc, dándole lecciones de baile. Aquella noche él había encendido velas y había puesto música de Strauss. Fue la primera vez que la besó. Esa noche se encargaba de la música un cuarteto de cuerda. Las valiosas lámparas de cristal austriaco estaban encendidas e iluminaban la habitación provocando estallidos multicolores.

Las paredes de espejo reflejaban a los elegantes invitados. Los camareros, con sus chaquetas y pantalones rojos, estaban colocados alrededor de la sala, llevando bandejas de plata. Estas contenían copas de cristal de Bohemia con el mejor champán de St. Michel.

Juliet vio en seguida a las tres hermanas de la familia real. La romántica Marie-Claire con Sebastian, su marido, un elegante hombre de negocios tan atractivo como George Clooney. Un tiempo antes, cuando estaban buscando al heredero desaparecido, la manipuladora madre de Sebastian había asegurado que este era hijo de Katie. Juliet se imaginaba lo mal que lo debía haber pasado Marie-Claire, que ya estaba enamorada de él por aquel entonces. La verdad salió poco después a la luz y Sebastian pudo casarse con Marie-Claire en una bonita ceremonia.

Ariane, la hermana mediana, se estaba riendo de algo que decía su marido, el príncipe Etienne de Rhineland.

La mayor de las tres, Lise, miraba con adoración a Charles Rodin, su marido. Lise, embarazada de varios meses, tenía un aspecto estupendo. Juliet no la había visto nunca tan guapa.

Las tres eran muy guapas, con su pelo rubio y sus ojos luminosos. Juliet estaba segura de que la reina madre no había tenido que llamar a ninguna diseñadora o maquilladora para ayudarlas. Las tres sabían siempre qué ponerse y cómo estar guapas con total naturalidad. Ella, en cambio, había necesitado un equipo de cinco personas para arreglarse esa noche.

Lo cierto era que habían hecho un buen trabajo. Sí, casi habían

conseguido que estuviera guapa, se dijo.

Miró de reojo al espejo y estuvo a punto de no reconocerse. Madame Chantille había elegido un vestido blanco y plateado que brillaba con el movimiento. El cuerpo, sin mangas ni tirantes, le dejaba los hombros al descubierto y tenía un rico bordado hasta la cintura. El vestido caía suavemente hasta el suelo. Su cabello, por una vez bien arreglado, estaba recogido en la nuca y de ahí caía en cascada hasta los hombros.

Confiaba en que Luc la reconociera.

Las enormes puertas de doble hoja que daban a la gran terraza estaban abiertas y dejaban entrar el perfume de las rosas de los jardines. Juliet se detuvo a saludar a uno de los camareros que hacía poco se había prometido.

Su hermana la tiró del brazo.

–¿Has visto a Luc?

Juliet no se molestó en regañarla por su descaro.

–¿Dónde está?

–Viene para acá. Pero como le para todo el mundo, tardará un rato en llegar –dijo, volviéndose–. Ah, pues no. Ya está aquí. Hola, Superespía, ¿cómo estás?

Luc esbozó una sonrisa.

–Todavía no he derramado nada, Mocosa, así que puedo decir que estoy bien. Y ahora que tu hermana está a mi lado, mejor todavía. Estás preciosa, Juliet.

Ella levantó tímidamente los ojos.

–Gracias.

Los ojos azules de Luc buscaron su rostro y luego recorrieron su cuerpo de una manera tan seductora como una caricia. La gente de alrededor pareció desaparecer y solo quedó él a su lado.

Estaba increíblemente guapo con su traje de rey. Aunque a Juliet le parecía que estaba muy guapo con sus vaqueros negros y sus camisetas, tenía que reconocer que la ropa elegante le sentaba muy bien. Aquella noche tenía un aspecto real que se acomodaba perfectamente a su posición.

–Veo que llevas el ramillete que te he enviado –dijo él con voz emocionada.

–Sí.

–Tenéis una conversación de lo más interesante. Creo que voy a

buscar algo de beber –dijo Jacqueline con una mueca burlona–. Un refresco, así que puedes estar tranquila, hermana mayor. ¿Sabías que podía estar tan guapa, Superespía?

–A mí siempre me ha parecido guapa.

La sonrisa de Luc hizo sentirse a Juliet como Cenicienta en el baile. Pero no tuvo mucho tiempo de disfrutar de ello porque justo en ese momento el primer ministro los interrumpió.

–Majestad, es hora de que diga unas palabras a los invitados. En realidad, vamos con diez minutos de retraso según el horario previsto –dijo el hombre de pelo y bigote canos–. No podemos retrasarlo más.

–Espérame –le pidió a Juliet–. Ahora vuelvo.

Los dos hombres fueron hacia el estrado que había en una de las esquinas del salón. Juliet oía los comentarios de algunas mujeres que estaban a su lado. Hablaban de lo guapo que era Luc y comentaban que a la mañana siguiente saldría en todos los periódicos como el soltero más guapo y codiciado de Europa.

La gente se acercó al estrado para escuchar las palabras de Luc, pero Juliet se quedó al lado de las puertas de la terraza para disfrutar de la brisa. Desde allí también oía a Luc. Estaba disfrutando de lo bien que hablaba cuando una voz de hombre la sobresaltó.

–¿Todavía sigues siendo igual de fantasiosa, Juliet?

–¡Armand! ¿Qué estás haciendo aquí?

–Me han invitado, como a ti.

Le había dicho las palabras justas para hacerla sentirse como una marginada dentro del palacio. Juliet lo observó durante unos minutos y no entendió cómo en el pasado le había parecido guapo. Y eso que él no había cambiado nada. Pero ella sí.

Era mayor y tenía más experiencia. Así que podía ver perfectamente que los rasgos del rostro bronceado de aquel hombre escondían cierta debilidad. También se fijó en lo hipócrita que era su sonrisa y en lo arrogante que resultaba su actitud. Su cabello, de color castaño, estaba perfectamente cortado y tenía la mandíbula cuadrada de un modelo, pero detrás de aquella bonita fachada no había nada.

Luc tenía mucho más atractivo en su dedo meñique, que Armand en todo su cuerpo. Juliet había tenido suerte de haber descubierto

lo poco que valía aquel hombre antes de que hubiera sido demasiado tarde.

–Llevas un vestido muy bonito –comentó Armand con ligereza–. Seguramente, te habrán ayudado a elegirlo. Siempre te dije que necesitabas un asesor de imagen.

«Justo en el clavo», pensó Juliet. Justo donde más daño podía hacerle. Pero se lo había dicho también con una sonrisa encantadora.

–¡Vaya historia! –añadió mirando a Luc–. Todos buscando al heredero y lo teníamos delante de nuestras narices. La prensa va a tener bastante trabajo. Y para dar credibilidad al trono va a necesitar una verdadera princesa que le enseñe los entresijos de la realeza. Pero, al parecer, en Europa hay bastantes candidatas. Sin ir más lejos, Wilmena de Sajonia ya ha hablado con él, aunque la princesa de Liechtenstein figura también entre las favoritas. Mis socios me han confesado que ya se han empezado a hacer apuestas sobre la futura reina. Hasta ahora, Wilmena es la favorita. Procede de una familia de alcurnia.

Cuanto más hablaba Armand, más incómoda se sentía Juliet. Tenía que alejarse de él cuanto antes.

–Discúlpame, pero tengo que ir a buscar a mi hermana.

–A tu hermanastra, querrás decir. No te entretengo más entonces –replicó Armand, esbozando una sonrisa.

Ese hombre parecía saber que había necesitado un equipo de cinco personas para convertirse en Cenicienta y que a medianoche, volvería a convertirse en lo que siempre había sido: una mujer morena y vulgar entre sus hermanas rubias y guapas.

Juliet se alejó y salió a la terraza. Necesitaba aire fresco. Bajó las escaleras y llegó a los jardines, donde siempre había encontrado un poco de paz. Se acababa de sentar en un banco cuando alguien se sentó a su lado.

–Oh, señorita Beaudreau, justo la persona que estaba buscando.

El hombre era el mismísimo barón Severin, el jefe del Consejo que había nombrado rey a Luc. Aquella noche, no iba vestido de ceremonia, pero su aspecto era imponente.

Ella no entendía para qué la estaría buscando, pero pensaba que no era una buena señal. De todos modos, trató de ser positiva.

–No me voy a andar con rodeos, jovencita. Te he visto

jugueteando en la fuente con Luc. Y ese comportamiento no conviene a nuestro nuevo rey. Las cosas han cambiado. Ahora se espera más de él. Cada uno de sus pasos será seguido y controlado por la prensa y las gentes de St. Michel. Aunque tú puedes comportarte como una persona normal, él no. Así que debemos asegurarnos de que no se vuelva a cometer el mismo error. Sus compañías tienen que ser seleccionadas. Entiendes a qué me refiero, ¿verdad?

Ella asintió. El barón le estaba diciendo que ella no era una compañía adecuada para Luc.

–Se espera de él que tome una esposa de sangre real para unir el apellido de Bergeron al de la aristocracia europea.

–Entiendo.

–Eso esperaba. Sabía que una persona inteligente como tú tenía que darse cuenta del daño que estaba haciendo a su país.

Las palabras del hombre fueron para ella como puñales envenenados que se clavaron en su alma. Los comentarios de Armand habían abierto el camino a la duda, pero el barón había hecho el resto y había matado cualquier esperanza.

Y lo peor era que todo lo que le había dicho era cierto. A diferencia de Armand, el barón no estaba tratando de herirla ni de causarle problemas. Le estaba simplemente explicando una situación objetiva.

Ella se había convertido en un obstáculo para Luc. Solo podía hacer una cosa. Marcharse. Y debía hacerlo inmediatamente.

Capítulo 12

Ya en su dormitorio, Juliet, sin molestarse en cambiarse de ropa, comenzó a meter cosas en una bolsa de viaje. Le temblaban las manos y lo hizo sin orden ni lógica. Se detuvo al llegar al vestido negro con que Luc la había llevado al parque de atracciones.

Al recordar aquella noche, no pudo evitar derrumbarse en la cama y llorar. Con su dolor, aumentaron también las ganas de escapar cuanto antes. Finalmente dejó el vestido negro y otras cosas que no le cabían. Siempre podía pedir que se las mandaran después, cuando decidiera dónde ir.

Dejó una nota a Jacqueline, diciendo que tenía que marcharse y disculpándose por perderse la ceremonia de la coronación. Estaba segura de que todos se arreglarían sin ella.

Incluyendo a Luc.

Sabía que Luc sentía algo especial por ella, amistad o quizá algo más profundo. Pero, como lo amaba tanto, no podía entorpecer su camino.

Tenía que dejarle libre. Y tenía que hacerlo cuanto antes, en ese momento, mientras le quedaba coraje para hacerlo. Mientras las palabras del barón seguían consumiendo su alma.

Si veía a Luc otra vez, no sería capaz de irse. No le diría adiós, ni siquiera le dejaría una nota. Lo mejor sería cortar bruscamente.

Tomó sus cosas y bajó rápidamente las escaleras hasta el vestíbulo de mármol. El sonido de la música y la risa de los invitados eran para ella como una burla. Corrió a la entrada y pasó al lado del sorprendido Alistair. Tenía el coche donde lo había dejado, fuera del garaje de palacio, donde estaban el elegante Mercedes y el BMW.

Tardó muy poco en meter su equipaje. Al recogerse la falda para sentarse al volante, se prometió devolverle el traje a la reina madre al día siguiente. Se lo enviaría por correo. Tenía que hacer una lista de tareas, pensó.

Eso la impidió llorar. Sentía como si tuvieran arena en los ojos, y

era de aguantar las lágrimas. Pero al menos su visión no era borrosa y podía marcharse lejos de palacio sin más demora.

Tenía que ser fuerte. Sabía que ese momento iba a llegar. Siempre había sabido que ella no podía estar a la altura de las circunstancias. Estaba cerca, pero no lo suficiente. Siempre ese pero. Siempre le faltaba algo. Las cosas no cambiaban.

Había sido una tonta por creer lo contrario. Los cuentos de hadas no se hacían realidad para chicas como ella. Las privilegiadas, las chicas como las hermanas Bergeron, eran las que tenían finales felices.

Ella debía quedarse con sus libros. Ese era su mundo. Quizá llegara algún día a convertirse en profesora de historia.

Añadiría eso a su lista. Primero debía encontrar un lugar donde vivir lejos de St. Michel; y segundo, tenía que devolver a la reina madre el vestido. En realidad dudaba de que la anciana quisiera de verdad que la llamara «abuela».

* * *

–Has hablado muy bien, Luc –dijo la reina madre, felicitándola.

–Gracias –dijo, mirando en seguida hacia los invitados–. ¿Has visto a Juliet? Le pedí que me esperara aquí.

–¿Ya le estás dando órdenes?

Luc sonrió tímidamente.

–Ya me ha acusado ella de ser un poco autoritario.

–Es una buena chica.

–Mucho más que eso.

Luc no estaba seguro de cuándo se había dado cuenta de que la amaba. ¿La noche que la había besado en ese mismo salón? ¿La noche que la había llevado a la feria? ¿Cuando había estado a punto de hacerle el amor? ¿O cuando había estado a punto de perderla por las intrigas de Celeste?

Pero el descubrimiento de lo que sentía no había sido como un estallido, sino como una brisa ligera que se le había ido metiendo dentro, invadiendo su alma hasta saber con certeza que su vida no tenía sentido si Juliet no estaba a su lado.

–¿Entonces sientes algo especial por ella? –preguntó la anciana–. ¿Más que amistad?

Luc asintió.

–¿Y tus intenciones hacia ella son honorables? –añadió, clavándole la mirada.

–Sí. Pero no sé si ella me quiere. No sé si me la merezco.

–¡Eres un rey!

–Un obstáculo para ella –respondió Luc con amargura–. Juliet no tiene ningún deseo de vivir siendo el centro de atención. Y si se casa conmigo, se convertirá en un personaje público.

La mujer le puso una mano en el brazo.

–Juliet es más fuerte de lo que piensas.

–Sé que es fuerte. También sé que nada de esto –hizo una señal hacia los invitados–… es para ella su idea de pasárselo bien. Prefiere leer un buen libro.

–Lo que prefiere es estar en tus brazos –dijo la reina madre con un brillo travieso en los ojos–. Venga, ve a buscarla y dile lo que sientes. La vida es demasiado corta para esperar. Haz lo que te diga tu corazón. Yo te apoyo, Luc. No cometeré el mismo error que cometí con mi hijo. Te lo prometo.

–Gracias, abuela –dijo él, besándola en la mejilla–. En el fondo tienes un corazón de oro.

–Pero no se lo digas a nadie. Tengo una reputación que mantener, ya lo sabes –replicó la mujer, dándole con el abanico que usaba para refrescarse–. ¡Y ahora vete!

Juliet se había llevado a los gatos. Los tenía en una cesta en el asiento del pasajero. Los maullidos la hacían sentirse culpable por habérselos llevado, pero los necesitaba. Había dejado atrás todo lo que amaba, seguro que podían perdonarla por llevarse a los gatitos.

Las lágrimas pugnaron por salir una vez más, pero apretó los labios para alejarlas. No podía ser débil en ese momento. Pensaría en todo después, cuando estuviera lejos y a salvo. Se dirigía a Francia y pararía cuando se notara cansada. Siempre había querido hacer un viaje en carretera, tener la libertad de poder hacerlo a su antojo. ¡Pues ahí estaba su oportunidad!

Encendió la radio. No la puso muy alta para no despertar a los gatitos. Pero cuando oyó una canción de Sting, la apagó de nuevo. A Luc le gustaba la música de Sting.

Había conducido varios kilómetros cuando oyó un coche de

policía detrás. Miró al cuentakilómetros y vio que estaba excediendo el límite de velocidad. El coche de policía le hizo una seña y ella, dando un suspiro, se detuvo en el arcén y buscó en el bolso su carnet de conducir.

–Lo siento. Sé que iba demasiado rápido –comenzó a disculparse.

Entonces miró al oficial que estaba de pie en la ventanilla y vio que no era un policía normal.

Era Luc. Y llevaba su uniforme real.

–¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo te has enterado de que me había ido?

–La reina madre te vio salir en el coche y yo he pedido un coche a seguridad para encargarme yo mismo del asunto. Estás en un grave aprieto. Has sido acusado de robar el corazón del rey de St. Michel –el tono de voz era serio, pero sus ojos…–. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

–Sí. No soy la reina que necesitas –dijo ella, armándose de valor.

–Eres la mujer que necesito –la interrumpió Luc, abriendo la puerta del coche y tomándola en sus brazos–. Eres la mujer que amo. No soy nada sin ti.

Ella se secó las lágrimas.

–Eres el rey de St. Michel.

–Soy Luc y te amo. Cásate conmigo. Ayúdame. Ríe conmigo. Ámame.

–Luc, ¡pero si te amo! Por eso tengo que irme. ¿No lo ves?

–Solo te veo a ti.

–Ese es el problema. Estás demasiado cerca y no ves la situación con objetividad. El barón Severin sí, porque lo ve desde fuera.

Luc frunció el ceño.

–¿Qué tiene que ver él con esto?

–Esta noche me dijo algunas cosas que yo ya sabía.

–¿Qué cosas?

–Por ejemplo que necesitas casarte con alguien de sangre real, como tú.

–El barón está totalmente confundido. La reina madre ya me ha dado su bendición.

–El barón me dijo que te había hecho mucho daño al jugar en la fuente contigo –explicó ella con voz temblorosa.

–Lo único que puede hacerme daño es que me dejes –aseguró.

Al ver la tensión de su mandíbula y la angustia en sus ojos azules, ella comprendió que hablaba con sinceridad.

–Prométeme que no volverás a marcharte. Prométeme que te casarás conmigo.

–Luc, no lo has pensado bien…

–Claro que lo he pensado –protestó él, ladeando la cabeza y mirándola a los ojos–. Siempre lo pienso todo, ya me conoces.

–Pensé que no creías en el amor, que era algo que hacía débiles a los hombres.

–Sí, en realidad me hace débil –colocó su mano en el pecho y la miró con los ojos brillantes por el deseo, la pasión y, sobre todo, por el amor–. ¿Lo sientes? Mi corazón palpita por ti. Si ser rey significa que no puedo tenerte, entonces me negaré a serlo.

–¡No puedes hacer eso!

–Claro que puedo. Y lo haré si no te casas conmigo. No voy a aceptar ser rey sin ti a mi lado como reina –aseguró.

–Oh, Luc –levantó la mano al rostro de él y se puso de puntillas para darle un beso–. Te quiero tanto… Solo estaba intentando hacer lo más conveniente.

–Lo más conveniente es que te cases conmigo. ¿Serás mi esposa?

Otra vez ese cruce de caminos; la necesidad de elección. ¿Cuál debería tomar, el camino tranquilo y seguro, o el arriesgado al lado de Luc? Al final, la decisión era inevitable. La clave era saber que él la amaba. No podía abandonarlo.

–Sí, sí, me casaré contigo.

–Gracias a Dios –Luc tomó sus labios y le dio un beso que llevaba pasión y un compromiso eterno.

–Lo único que tenemos que hacer es añadir la boda a la ceremonia de la coronación –murmuró contra los labios de ella–. Ya los tendremos a todos reunidos, así que mataremos dos pájaros de un tiro.

–Dos pájaros, ¿eh? Qué romántico –dijo, echándose a reír–. ¿Es eso lo que voy a recibir en los próximos cincuenta años de convivencia contigo?

–En los próximos setenta; y ya te enseñaré lo que vas a recibir –la besó de nuevo, esa vez incorporando la felicidad y la risa al beso.

Poco después, pasaron el equipaje de ella y los gatos al coche de

policía, y dejaron el coche de ella en el arcén, con la idea de que fuera un miembro de seguridad a recogerlo. En el trayecto de vuelta, Juliet no dejó de expresar su preocupación.

–¿Estás seguro? ¿Y nos vamos a casar dentro de dos días?

–Estoy totalmente seguro –respondió Luc, esbozando una sonrisa–. No hay ningún problema.

–¿Queréis hacer eso? –preguntó su abuela, mirando a Luc y a Juliet con los ojos como platos.

–Ya me has oído. Quiero casarme con Juliet justo antes de la coronación. Me dijiste que lo aprobabas –le recordó Luc.

–Casarte con ella sí, pero hacerlo el domingo no. Nunca te dije que fuera una buena idea.

–Quizá deberíamos esperar –comentó Juliet dubitativa.

–No quiero que me coronen sin ella a mi lado –respondió seca y decididamente Luc.

La anciana dio con el pie en el suelo para calmarse, luego, miró a Luc a los ojos.

–Luc, estás presionando a la muchacha. ¿Le has preguntado a Juliet qué es lo que quiere ella?

–No me está presionando, señora. No dejaría que me presionara. Está simplemente siendo un poco mandón, como es él.

–Te he dicho que me llames «abuela» –dijo ella, sonriendo a Juliet–. Y ahora cuéntame, ¿por qué te fuiste así de la fiesta?

Luc contestó por Juliet.

–Ese viejo cascarrabias del barón Severin le dijo que no tenía que estar tanto conmigo porque no tiene sangre real. Quiero que desaparezca del país.

Juliet no pudo evitar soltar una carcajada.

–¿Qué? –Luc se volvió con el ceño fruncido–. Ese hombre te insultó y te obligó a que me abandonaras. Tiene suerte de que no lo meta en el calabozo.

–No me insultó, solo estaba preocupado por si no era la mujer adecuada para ti. Y no me obligó a hacer nada. Fue mi inseguridad la que me hizo marcharme. Pero eso fue antes de saber que tú me amabas –añadió, apretándole la mano, que no había soltado la suya desde que habían llegado a palacio–. Ahora nada conseguirá

apartarme de ti.

–¿Ni siquiera si el Consejo de Estado te lo dice?

–Ni eso.

–Ya te dije que era una buena chica –replicó la reina madre con orgullo–. Y ahora, en cuanto a la fecha de boda…

–Nos vamos a casar el domingo –insistió Luc.

–¿Te parece bien, Juliet? Es también tu boda. La mayoría de las novias quieren tiempo para planear ese día especial… –añadió Simone.

–Ya tengo el vestido –confesó Juliet.

–¿El negro? –preguntó Luc esperanzado.

La reina madre puso cara de horror.

–¡Me niego a que se case de negro!

–No, es un vestido que está inspirado en el vestido de boda de la reina Regina –explicó Juliet–. Una amiga mía de París me lo hizo hace varios años. Estaba estudiando moda y tenía que hacer un vestido de novia… así que me lo hizo a mí. Siempre pensé que era demasiado bonito para ponérmelo.

–¿Lo tienes en palacio?

Juliet asintió.

–Me lo iba a poner en la presentación de la tesis.

–Pues creo que le vas a dar un uso mucho mejor –dijo la reina madre.

–Yo pienso lo mismo –replicó Luc, abrazando a Juliet.

La reina madre los miró a ambos pensativamente.

–Pero de todos modos, tenemos menos de cuarenta y ocho horas…

–Si no hay boda, no hay coronación –afirmó tajantemente Luc.

La reina madre alzó las manos.

–De acuerdo, está bien. No dije que fuera imposible, solo difícil.

Luc se inclinó y le dio un beso.

–Tú puedes resolver cualquier dificultad con las manos atadas a la espalda.

–Eres un embaucador. De acuerdo, yo me encargaré de ello. Os casaréis el domingo.

–En realidad no necesito hacer una despedida de soltera –estaba

diciendo Juliet a la reina madre a la mañana siguiente.

–Tonterías, es la tradición. Mis nietas te han preparado una velada especial. Venga, abre los regalos. Lo haremos todas juntas.

–Antes de empezar, quería deciros una cosa –Ariane se volvió hacia Juliet–. Sé que en todos estos años no lo has dicho, pero nunca te has sentido de la familia y yo me siento mal por no haber sido más cariñosa contigo.

–A mí me pasa igual –dijo Marie-Claire.

–Y a mí –dijo Lise.

Juliet contuvo las lágrimas.

–Gracias. Sois muy amables. Ahora me doy cuenta de que era sobre todo por mi inseguridad, y no porque vosotras hicierais nada para marginarme.

–Puede que no, pero podríamos haber hecho más; hacerte participar más en todo. Hemos estado demasiado centradas en nosotras mismas –insistió Ariane.

–De todos modos, como ha dicho la abuela, nos hemos reunido para hacerte los regalos –continuó Jacqueline–, aunque no nos has dado mucho tiempo. Pero como nos gustan los riesgos… o por lo menos eso dice la abuela. Ya sabes que tenía que ser algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul.

–Abre este primero –dijo Ariane, dándole una caja grande, forrada de un bonito papel.

Dentro, Juliet se encontró un maravilloso velo antiguo.

–Es el velo que llevé en mi boda –explicó la reina madre.

–Y yo me lo puse en la mía –puntualizó Marie-Claire.

–Luego lo utilicé yo –continuó Ariane–, y ahora nos encantaría que te lo pusieras tú.

Era un gesto que indicaba claramente que de verdad querían incluirla en la familia y eso la emocionó. Por primera vez en su vida, le parecía que estaba en su hogar y con su familia. Parpadeó y las lágrimas que había estado conteniendo rodaron por las mejillas.

–No sé qué decir –susurró–, excepto que muchas gracias.

–Yo tengo que llevar el velo después que tú –dijo Jacqueline–, como lo prestado.

Juliet soltó una carcajada.

–Espero que falten unos años para eso.

Los regalos continuaron.

Lo nuevo fue un collar precioso de perlas de Ariane. Unos pendientes antiguos de Lise. Marie-Claire le regaló un conjunto de ropa interior de color azul claro. Finalmente, y como algo azul, la reina madre le regaló una pulsera de zafiros de las arcas reales. La pulsera hacía juego con el anillo que Luc y ella habían elegido de la colección real.

Y Jacqueline le regaló un anillo.

–No es de zafiros ni de ninguna piedra preciosa –le advirtió–, es el anillo de nuestra madre. Es muy sencillo, pero pensé que te gustaría llevarlo después de que te casaras. ¿Te gusta?

Juliet respondió dándole un abrazo. La madre de ellas no había tenido apenas joyas, ya que al casarse con el rey Philippe, este había insistido en que las diera todas y comenzara de nuevo. El anillo fue la única joya que conservó.

–Gracias –dijo a su hermana. Luego, sin soltarla, miró a las demás–. Gracias a todas.

Entonces miró a la reina madre y habría jurado que tenía los ojos húmedos.

–Bueno, y ahora ya son más de las nueve y me temo que Jacqueline y yo deberíamos irnos a la cama. Necesitamos dormir para estar mañana guapas –añadió.

–Yo también. Una mujer embarazada necesita descansar –dijo Lise.

–Tú te puedes ir, Lise, y tú también, Jacqueline, pero tú te vas a quedar un rato más –dijo la reina madre, mirando a Juliet–. Ariane y Marie-Claire tienen algo para ti.

Ariane esperó a que Jacqueline, Simone y Lise se fueran, antes de volverse a Juliet.

–He preparado un pequeño entretenimiento para esta noche.

–¿Has contratado al Cuarteto de Dauberville? –preguntó Juliet.

Ariane negó con la cabeza.

–No, no estaban libres. Alistair, ¿todo listo?

–Sí, su alteza.

–Bien, entonces diles que procedan. Siéntate aquí, Juliet, en este sofá. Así tendrás una buena vista.

Juliet no sabía qué pensar, pero no tuvo mucho tiempo, porque unos segundos después, se abrió la puerta del salón Rubí y aparecieron cuatro hombres.

–Te dije que eligieras hombres guapos –susurró Marie-Claire a su hermana.

Ariane se encogió de hombros.

–Los mejores trabajaban hoy. Joe me dijo que solo le quedaban estos. Con tan poco tiempo de anticipación…

Juliet miró sorprendida a los hombres de mediana edad y cuerpo blando que se movían al ritmo de la canción de *Soy demasiado sexy*. Entonces se abrieron las camisas y mostraron sus vientres abultados. Juliet se hundió en el sofá como queriendo desaparecer por un agujero.

Justo cuando creía que el espectáculo no podía ponerse peor, los hombres se quedaron en tanga y mostraron sus nalgas fofas. Fue cuando entró Luc.

Juliet le miró suplicándole en silencio que la rescatara de aquel horror, pero él simplemente le dirigió una sonrisa.

–Siento interrumpir. Veo que estáis muy ocupadas. Volveré luego.

–¡No, Luc, espera! –gritó Juliet, pero él ya había salido.

Diez minutos después, los bailarines exóticos, como se llamaban a sí mismos, se marcharon. Ariane y Marie-Claire tardaron un buen rato en calmarse, después de tanto reírse disimuladamente. Juliet también se había reído alguna que otra vez al ver los extraños movimientos de los hombres.

–¿Ahora puedo irme a la cama? –preguntó Juliet a sus hermanas.

–Todavía no –contestó Alistair, sorprendiendo a todo el mundo. Nos queda un asunto en la agenda de hoy.

–¿Lo preparaste tú? –preguntó Ariane a Marie-Claire.

Esta negó con la cabeza.

La música esta vez era una canción clásica de Carly Simon. Alistair salió de la sala y entonces la puerta se abrió. Juliet, Ariane y Marie-Claire dieron un grito de sorpresa.

Y fue porque entraron tres hombres increíbles con camisas blancas y vaqueros ceñidos. Y no se trataba de tres hombres corrientes sino de Sebastian, marido de Marie-Claire; el príncipe Etienne, marido de Ariane, y Luc, el prometido de Juliet.

Por supuesto que Juliet solo tenía ojos para Luc.

–Nos han dicho que querían un poco de diversión para esta

noche –dijo Luc, mirando a Juliet con sus ojos azules.

Un momento después, se quitaron las camisas y las dejaron en el suelo. El corazón de Juliet palpitó a toda velocidad al ver a Luc vestido solo con su sonrisa y unos vaqueros que le quedaban bajos de caderas y mostraban su seductor ombligo.

Luc se acercó a ella y la animó a unirse a él para bailar una salsa en versión real. Más que bailar, se movieron muy juntos, siguiendo el compás.

–¡Que no se diga que las hermanas Bergeron no saben hacer una despedida de soltera! –gritaron Ariane y Marie-Claire mientras salían de la habitación bailando.

–Y que no se diga que los hombres Bergeron no saben cómo hacerlas felices –añadió Luc con una sonrisa traviesa.

La única cosa que Juliet recordó del día siguiente fue lo guapo que estaba Luc mientras decía el «sí, quiero». El vestido de novia de estilo victoriano que su amiga le había hecho en París era precioso y quedaba muy bien con el velo de la reina madre y las joyas que sus hermanas le habían regalado.

Juliet se sintió muy unida a sus hermanastras. Las miró sonriente y ellas, que eran las damas de honor, le devolvieron la sonrisa. Todas iban con vestidos de color marfil. Una vez más la diseñadora favorita de la reina madre, Madame Chantille, había ido a salvarlas. Georges, el hermano de Juliet, había volado desde Sudamérica, donde estaba esquiando, para asistir a la boda.

Fue un día perfecto.

La ceremonia de la coronación comenzó nada más terminar la boda. La catedral de St. Michel estaba totalmente abarrotada. Habían asistido las personas más importantes del país y de Europa. Las cámaras de televisión cubrieron el acontecimiento y los periodistas esperaron fuera.

Pero, al igual que la noche anterior, Juliet solo tenía ojos para Luc.

Ella había dicho sus votos con la confianza de la mujer que va a casarse con el hombre que ama.

Epílogo

Un año después…

Juliet movió la cabeza con tristeza, mirando a Luc, el rey de St. Michel.

–Nunca pensé que me abandonarías por otra mujer.

–No te abandono –negó Luc, metiéndose en la cama con ella–. Solo he ido a cambiar el pañal a Michelle.

Juliet exhaló un suspiro.

–Es una niña preciosa, ¿verdad? Y no lo digo porque sea mi hija.

–Claro que no.

Juliet lo miró con devoción.

–Quiero decir que otros niños también son guapos. Por ejemplo los de Yvette, Anise y Paul, son preciosos.

Las pruebas de ADN habían demostrado que la hija de Celeste no era del rey Philippe, sino de su amante Claude. Así que Yvette, como había prometido, estaba criando a su hijo Paul y a la niña, con ayuda de palacio. Luc había sido quien había dicho que no era justo que Yvette se hiciera cargo de un bebé sin ayuda económica.

–Sí, son preciosos y muy traviesos, ahora que tienen más de un año.

–Y la niña de Lise es adorable, al igual que el niño de Ariane. Ah, y Marie-Claire me dijo ayer que estaba embarazada.

–Primero os casasteis todas con pocos meses de diferencia, y ahora vais a tener hijos también casi al mismo tiempo.

–Somos una familia muy unida –dijo Juliet con una sonrisa–. Pero nuestra Michelle es especial.

–Por supuesto que lo es. Estoy seguro de que mientras le cambiaba el pañal, me sonreía.

–Seguro que te estaba dando las gracias no solo por cambiarle el pañal, sino también por el cambio en la constitución que va a permitir que el trono puedan heredarlo las mujeres.

Luc se encogió de hombros.

–No es para tanto. Ya era hora de que St. Michel llegara al siglo XXI.

–Ha sido algo maravilloso, Luc.

–¿Quieres que te enseñe otra cosa maravillosa? –murmuró con voz seductora, abrazándola.

–Eres un demonio –dijo ella apretándose contra él.

–Me refería a mi sonrisa. ¿Qué pensabas que te decía?

–Te quiero mucho, Luc –contestó Juliet.

–Demuéstramelo.

Y ella lo hizo con entusiasmo. Por fin había encontrado al hombre de su vida, y era el rey de su corazón.